



Universidad Nacional Autónoma de México

Programa de Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales

Maestría en Estudios Políticos y Sociales

A mi compa lo conocí por puro Facebook: la construcción de identidades en adolescentes-varones basadas en la narcocultura y expresadas en el ámbito digital

T E S I S

Que para optar por el grado de Maestra en Estudios Políticos y Sociales

P r e s e n t a

Valeria Ramírez Valle

Tutora:

Dra. María Lucero Jiménez Guzmán
(CRIM-UNAM)

Lectores:

Dra. Karina Bárcenas Barajas (IIS-UNAM)
Dr. Juan Guillermo Figueroa Perea (COLMEX)
Dra. Marcela Meneses Reyes (IIS-UNAM)
Dra. Úrsula Oswald Spring (CRIM-UNAM)

Ciudad Universitaria, Ciudad de México

Enero 2023



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

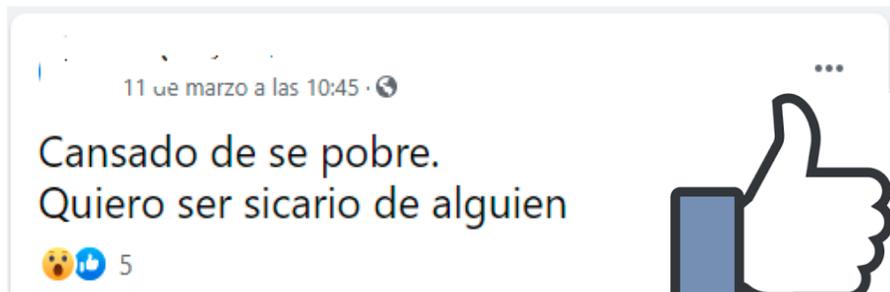
Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi mamá
Guadalupe Norma Valle Soletto

La imagen común destaca al narcotráfico como un camino fácil para obtener dinero. Los ejemplos de narcotraficantes poseedores de enormes fortunas, obtenidas “de la noche a la mañana”, se propalan y fortalecen la opinión de que las cosas son sumamente sencillas. Hacer dinero desde el narcotráfico parece como un juego de niños. Ser narco deviene enriquecimiento súbito; sin embargo, resulta importante confrontar esta imagen de “dinero fácil”, con la perspectiva de quienes realizan, desde el otro lado, estas actividades.

(José Manuel Valenzuela Arce. Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México).



Agradecimientos

Estoy convencida que los procesos de investigación son resultado de un esfuerzo colectivo, entre la familia, profesores, interlocutores, amigos, asociaciones, redes de apoyo, compañeros y todo aquel que esté dispuesto a escuchar, dialogar y reflexionar. En ese sentido, agradezco a mi querida tutora, la Dra. Lucero Jiménez, quien desde el primer momento me brindó su apoyo, mediante análisis, observaciones y correcciones, siempre fue una guía en momentos de incertidumbre, además de sus muchas recomendaciones de libros, autores, artículos, dieron cimientos a esta investigación; por otro lado, su constante soporte emocional facilitó las herramientas necesarias para dar dirección a mi pensamientos e ideas.

Al profe (llamarlo Dr. no está en su lista de cosas predilectas) Juan Guillermo Figueroa por su amable dedicación, tiempo y paciencia para leer una y otra vez, por sus puntuales correcciones y sus anotaciones con pluma mismas que contribuyeron a estructurar la investigación, por las risas y mensajes virtuales que siempre dieron ánimo, así como las clases que me permitieron conocer otra perspectiva sobre la masculinidad desde diferentes enfoques. Por responder el primer mensaje enviado hace unos cuatro años, gracias a eso, pude entregar un primer protocolo de investigación y postularme para la maestría.

A la Dra. Karina Bárcenas por sus excepcionales clases de metodología, esta investigación tiene mucho de su conocimiento transmitido por sus comentarios, sus lecturas, sus propuestas, además de brindarme las herramientas necesarias para introducirme al universo de la etnografía digital y sus maravillas, conjuntamente me abrió las puertas para exponer mis ideas en clase y escucharme en todo momento por zoom y correos electrónicos.

A la Dra. Úrsula Oswald por acompañar mis avances y proponer nuevas ideas desde perspectivas diferentes, por abrir canales de diálogo, fomentar el debate y darme la oportunidad de conocer distintas aristas, particularmente sobre este tema de investigación.

A la Dra. Marcela Meneses por su retroalimentación constante en el proceso de trabajo, por presentarme autores que facilitaron la construcción histórica y contextual, así como sus propuestas, sus críticas, pero sobre todo su invariable apoyo con artículos y libros, sin dejar

de lado, sus correos electrónicos con material de trabajo y su interés dentro y fuera de clase, por la fortuna de conocernos después de dos largos años de pandemia.

A mi papá, Fernando Ramírez por ser parte de esta historia, cuando pensé que entrar a la maestría se quedaría en un sueño, su ayuda y dedicación para estudiar cimentaron los comienzos de esta nueva meta académica.

A mis amigas, hermanas y confidentes, Macrina Cid y Nayeli García, por nuestras interminables charlas, por su acompañamiento en momentos de “crisis tesisista”, por las videollamadas en los momentos caóticos y los audios de media hora. Gracias por estos últimos catorce años en compañía. “El amor sí existe, son las amigas”.

A ti Nan, por mantenerte cerca después de veinte años. ¡Sigamos aprendiendo y desaprendiendo juntos!

A todos los miembros del grupo “Fiesta en la madriguera” porque sin saberlo, ayudaron a conocer y entender un poco de lo que se vive en el mundo digital y sus prácticas en relación con el narcotráfico.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por la beca otorgada, sin ella esta investigación no hubiera sido posible.

Y finalmente, quiero agradecer de manera especial, con mucho cariño y amor a mi mamá, **Guadalupe Valle**, por estar conmigo y apoyarme en mis metas y sueños, por cuidarme cuando de nueva cuenta me encontré en cama, por tus abrazos y besos en momentos difíciles, por los impulsos constantes, por las motivaciones diarias para creer en mí, por enseñarme todos los días que siempre se pueden hacer mejor las cosas, por los desayunos y comidas juntas, por estar y ser conmigo, siempre vamos juntas ¡Te amo infinitamente!

Índice

Introducción	7
Capítulo 1. Antecedentes, conceptos y teorías. ¿Es mejor vivir tres años como rey que toda la vida como buey!	21
1.1 ¡Quiero dejar de ser pobre!	23
1.2 ¡Sálvese quien pueda!	25
1.3 ¡Tengo 15 años y estoy dispuesto a lo que sea!.....	28
1.4 Soy joven, soy hombre, soy violento y vivo en Santa María del Río	32
1.5 Nací hombre, simplemente por eso, no le tengo miedo a nada	35
1.6 Mi hombría nunca estará en duda.....	39
1.7 Yo no conozco el miedo, yo doy la vida por el cártel	43
1.8 <i>Masculinidades narco</i>	51
Capítulo 2. A mí compa lo conocí por puro Facebook	54
2.1 Etnografía digital ¿para qué?.....	57
2.2 Facebook como espacio de sociabilidad	63
2.3 Mis primeras inmersiones al campo etnográfico	68
2.4 Consideraciones éticas	70
2.5 Mis decisiones metodológicas dentro del campo etnográfico	72
2.6 Construcción de categorías analíticas.....	76
2.7 Descripciones densas	79
Capítulo 3. ¡Cállese y mejor póngase a estudiar que un cuerno de chivo pesa más que un lápiz!	87
3.1 Género/Masculinidad.....	88
3.2 Narcocultura	98
3.3 Redes sociales	103
Conclusiones	120
Bibliografía	126

Introducción

De lo que sí estoy seguro, es que soy macho. Por ejemplo, no me la paso llorando por no tener mamá. Se supone que si no tienes mamá debes llorar mucho, litros de lágrimas, diez o doce al día. Pero no lloro, porque los que lloran son los maricas. Cuando estoy triste Yolcaut me dice que no llore, él es mi papá...

(Fiesta en la madriguera, Juan Pablo Villalobos)

Hace más de una década, comenzamos a escuchar de manera cotidiana en nuestro país y por diversos medios de comunicación, incluidas las redes sociales, las palabras “narcotráfico”, “narco”, “cártel” y “crimen organizado”, como sinónimos de un fenómeno complejo relacionado con el tráfico ilegal de drogas, su distribución, venta y consumo. Mediante imágenes o videos presentados por televisión, periódicos, redes sociales y otras fuentes informativas, se han dado a conocer las peripecias por las que pasan ciertos grupos delincuenciales para transitar drogas de un punto a otro. O bien, se identifican algunos puntos de venta de droga, por quiénes y cómo son distribuidas, así como los lugares de cultivo y el control territorial comandado por una cantidad diversa de grupos.

Sin embargo, la presencia del tráfico de drogas ilícitas en México no data de hace diez años, de acuerdo con Astorga, desde finales del siglo XIX se comenzó con las importaciones de opio, los cigarrillos de marihuana y los vinos con coca, para el año de 1925, el presidente, Plutarco Elías Calles, expidió un decreto sobre la regulación del comercio de opio, morfina y cocaína, lo que provocó un auténtico cierre de fronteras a la importación de estas sustancias. Junto con ello se prohibió explícitamente el cultivo en el interior del país de la marihuana y un año después de la amapola. El prohibicionismo marcó una nueva etapa en el país, así como una mala percepción sobre las drogas en la población mexicana (López, 2011).

En el año 1931, se estableció en el Código Penal Mexicano que los delitos de tráfico de drogas tendrían carácter federal (Astorga, 2016). Entre las conductas que fueron tipificadas se encontraba: comerciar, elaborar, poseer, comprar y en general, cualquier acto de adquisición, suministro o tráfico de drogas (López, 2011). Mas adelante, en el sexenio de Lázaro Cárdenas, se inició con fuerza la lucha contra las drogas, con la participación de la

Policía Judicial Federal y la Policía de Narcóticos Estadounidense¹, sin embargo, la exportación de marihuana y amapola seguían de manera ilegal con la cooperación de una red articulada entre la que destacaron: campesinos, políticos, policías, militares, autoridades gubernamentales, etc. Es un hecho que el narcotráfico, para ese momento, permeaba el conjunto del tejido social. Incluso se hizo cada vez más claro el poder de los narcotraficantes no por las armas de fuego, sino por la complicidad y protección de importantes figuras que actuaban desde las mismas instituciones encargadas de combatirlo (Valenzuela, 2002).

Es así como en el país comienzan a resonar nombres de personajes relacionados al tráfico ilegal de drogas en complicidad del Estado, entre ellos Ernesto Fonseca Carrillo, clasificado como “un peligroso traficante de drogas”, seguido de Manuel Toledo, capturado cuando vendía heroína a un agente secreto estadounidense (Astorga, 2016), después muchos más aparecieron en la lista, Amado Carrillo Fuentes, Rafael Caro Quintero, Miguel Ángel Félix Gallardo, Joaquín Guzmán, los hermanos Beltrán Leyva, los hermanos Arellano Félix, los hermanos Amescua Contreras y la lista no termina. El narcotraficante mexicano va adquiriendo, ante el pueblo, el halo de ser casi mítico, heroico, quien lucha contra un orden establecido que, en el fondo, es injusto. En los setenta, surge en los estados del norte del país, el narcocorrido, boom comercial en el resto de la república y en los Estados Unidos décadas después. No solo la música, también la literatura o el cine contribuyeron a la fundación del *mito del traficante de drogas* (López, 2011)

En 1995, en medio de la devastadora crisis económica y política que azotaba a la nación, al inicio del sexenio zedillista, los narcotraficantes eran, en la práctica, los dueños del país. Y para el año 2000, se trabajó y desarrolló una estrategia gubernamental plasmada en el “Programa Nacional para el Control de Drogas 2001-2006”, donde se mencionó de manera general el ataque constante al narcotráfico por parte del gobierno, en torno a cinco objetivos específicos: prevención y control de la demanda, erradicación y prevención de la producción

¹ Hablar del narcotráfico implica posicionarse en un campo global que rebasa las fronteras nacionales. Los estadounidenses son los principales consumidores de drogas, pero son sus gobiernos los que establecen las reglas para el control, no solo en sus fronteras, sino a escala internacional (Valenzuela, 2002).

de enervantes, intercepción, cooperación internacional² y coordinación interinstitucional (López, 2011).

El punto trascendental comenzó el 11 de diciembre de 2006, cuando el presidente, Felipe Calderón dio a conocer la Operación Conjunta Michoacán. Para muchos, ésta es la fecha en que inició formalmente la “guerra contra el narcotráfico”, el objetivo era contener la violencia e inseguridad que azotaba principalmente el puerto de Lázaro Cárdenas y Tierra Caliente por disputas entre los cárteles, este operativo tuvo éxito, sin embargo, en los años siguientes los diferentes cárteles comenzaron una batalla frontal contra el Estado, lo que provocó una escalada de violencia en el país (Corona, 2019).

Dicha guerra, tenía sus bases en la militarización del país y la intervención de Estados Unidos, ambos países implementaron una iniciativa de “cooperación” conocida como el Plan México y más tarde cambio al nombre de Iniciativa Mérida (IM), esta última, distribuyó recursos de Estados Unidos a México para combatir los cárteles de la droga. No obstante, la IM apoyó al ejército y suministró recursos para el mejoramiento de la infraestructura tecnológica de las instituciones de seguridad, en lugar de destinar mayores recursos para el fortalecimiento de la democracia, las instituciones y la educación, lo que dio como resultado el poco combate a problemas internos en el gobierno como la corrupción e impunidad (Rosen y Zepeda, 2015).

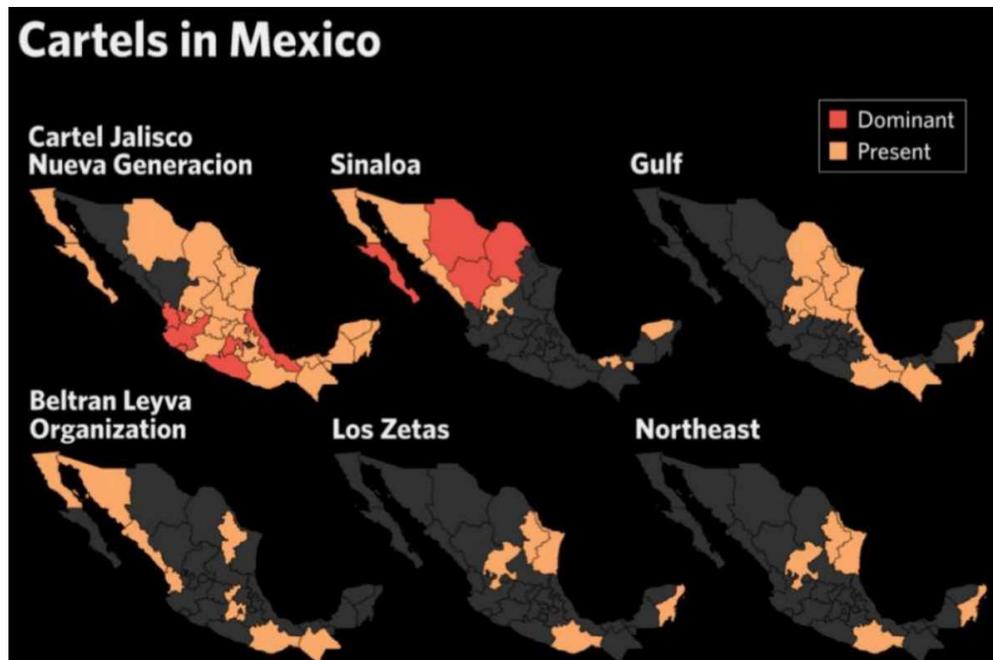
En consecuencia, se incrementó el número de cárteles de las drogas en el período de Calderón y los años siguientes. En el 2006, había seis organizaciones de este tipo: El Cártel Milenio, La Familia Michoacana, El Cártel del Golfo, El Cártel Tijuana, El Cártel de Juárez y El Cártel del Pacífico. La situación y las dinámicas respecto a los cárteles son complejas y están cambiando constantemente. En el año 2007, había ocho organizaciones, mientras que para el año 2010 el número aumentó a doce, en el 2012 se identificaban dieciséis cárteles (Rosen y

² La cooperación internacional hace referencia a la influencia del gobierno norteamericano en las políticas latinoamericanas. La política de drogas en México siempre ha estado influenciada por el exterior principalmente por Estados Unidos y organizaciones mundiales, podemos decir que se ha mantenido una relación bilateral, entendiendo que la proporción en que el presidente estadounidense en turno intensifica el discurso en contra de las drogas, permea en la forma en que el gobierno mexicano responde a nivel interno en la materia (Corona, 2019).

Zepeda, 2015). Al final del sexenio de Calderón, según cifras que circularon en los medios más importantes del país, el número de muertos por los diversos enfrentamientos entre cárteles oscilo en 100 mil personas y unos 30 mil desaparecidos. Esto es un reflejo de que la estrategia resultó fallida en términos de seguridad (Corona, 2019), pero no sólo eso, la población también modificó sus formas de relación, sus estilos de vida y sus prácticas sociales.

Finalmente, durante el sexenio de Peña, se publicó el “Plan Nacional de Desarrollo 2013-2018”, orientado a atender el fenómeno de las drogas, mismo que amplió la Secretaría de la Defensa Nacional y tenía el objetivo de justificar la labor de las fuerzas militares (Corona, 2019) y con ello también la violencia suscitada, estos hechos tuvieron una serie de consecuencias funestas en términos sociales (Morales, 2011). Además del aumento del número de cárteles en el país, su expansión territorial, sus diversos enfrentamientos y su relación con autoridades estatales, generó constantes violaciones a los derechos humanos, poca seguridad y confianza por la población y la búsqueda de la misma en los grupos delictivos.

De acuerdo con el Congreso de Estados Unidos y su último informe sobre el crimen organizado en México del año 2021, se mencionan nueve grupos del crimen organizado, los cuales a su vez se subdividen en cientos de células delictivas. El Cártel Jalisco Nueva Generación (CJNG) comandado por Nemesio Oseguera alias “El mencho”, es el grupo con más presencia en el país, seguido del Cártel de Sinaloa y el Cártel del Golfo. En dicho informe, se puntualiza que el país está dominado por las constantes batallas entre cárteles, generando una violencia en todo el territorio (Infobae, 2022).



Fuente: Stratfor Analysis, 2021 en Infobae, 2022.

Ante dicho contexto, surge esta investigación, con la constante pregunta ¿cómo influye la violencia producida por el narcotráfico en la sociedad? Pero especialmente ¿qué sucede con los adolescentes varones y su construcción de masculinidad? Si todos los días, se viven constantes ataques violentos y el acceso por los medios de comunicación y las redes sociales, detallan actos atroces cometidos por grupos criminales: cuerpos calcinados, fosas clandestinas, cuerpos desmembrados en parques, puentes, avenidas y el secuestro masivo de migrantes (Moon y Treviño, 2021), todos y cada uno de estos actos son vistos y experimentados por un sinnúmero de personas, ¿qué sucede con los adolescentes varones?

Sostengo que la violencia no solo afecta a los cárteles del narcotráfico, sino a toda la estructura social de maneras distintas, especialmente a las niñas, niños y adolescentes. Según datos emitidos por la Red por los Derechos de la Infancia en México (Redim), del primero de enero al treinta y uno de agosto de 2021, hubo 700 homicidios dolosos de personas entre 1 a 17 años (103 mujeres y 597 hombres) relacionados con la delincuencia organizada. Aunado a esto, cada vez, se vuelve más común escuchar casos donde personas menores de dieciocho años participan de manera activa en grupo delictivos en actividades tales como halconeos o sicariato (Red por los Derechos de la Infancia en México, 2021).

No existe una cifra exacta del número de niñas, niños y adolescentes que han sido cooptados por la delincuencia organizada, pero se estima que 30 mil han sido incorporados a sus filas (Redim, 2019, citado en Reinserta s/f), en ese sentido, es primordial conocer las formas en que la delincuencia organizada opera al momento de reclutar. También es crucial identificar que función tienen los factores culturales, sociales, económicos y ahora tecnológicos, sobre todo el uso de redes sociales, para enganchar a este sector de la población. Conocer la problemática de cerca y comprender las formas de ejecución, permitirá un mayor entendimiento de cómo afecta el fenómeno (Reinserta, s/f).

Actualmente el uso de redes sociales ha jugado un papel importante en la visión que se generan los adolescentes alrededor del narcotráfico, por medio de éstas, se muestran imágenes y videos de niños y adolescentes portando armas largas, formando parte de enfrentamientos o lugares de entrenamiento, acciones que parecen expresar un mejor futuro económico y ascenso social, sin embargo, lo que existe de fondo es el involucramiento en prácticas que tienen que ver con homicidio, mutilaciones, desapariciones (Infobae, 2020) y las secuelas van desde privaciones de la libertad hasta la muerte (Reinserta, s/f).

Ahora bien, las redes sociales muestran, particularmente, acciones de disfrute, de lo bien que es tener dinero rápido y la glorificación de pertenecer a los grupos delictivos, con el objetivo de ayudar al cártel a conseguir más seguidores. En ese sentido, es importante considerar que existen nuevas formas de relación en Internet influenciadas por los cambios tecnológicos. El uso del Internet cobra especial importancia no sólo para actividades legales formales, también para las ilegales, exponiendo en diferentes plataformas principalmente Facebook, Instagram y también Tik Tok, elementos y construcciones simbólicas alrededor de la delincuencia organizada, dando como resultado una exposición digital del narcotráfico.

En sentido, el narcotráfico está ganando espacios en el mundo y sus redes se hacen cada vez más visibles con su fuerte dosis de violencia y muerte (Valenzuela, 2002), situaciones que son registradas y recreadas en las crónicas que conforma una gran industria cultural: películas, series, novelas, canciones, ropa, carros, sumados al contexto socioeconómico marcado por un neoliberalismo imperante, permitieron su bonanza y fortalecimiento. Estos

elementos han participado activamente tanto en la asimilación de los artículos culturales como en la codificación -a través de la magnificación o la mistificación de la parafernalia del fenómeno- y el imaginario colectivo (Córdova, 2005).

Esta investigación se centra en el análisis de la producción cultural entorno a la delincuencia organizada y sus efectos en las prácticas cotidianas por medio de redes sociodigitales, especialmente Facebook. En ese marco, considero el uso de Internet como una herramienta para explorar una amplia gama de temas que pueden ser difíciles de tratar en entornos cara a cara y, hasta cierto punto, actúa como un espejo del mundo cotidiano fuera de línea, que no refleja todo lo que hay afuera, pero que sí retrata preferentemente unos aspectos sobre otros. Por lo tanto, se considera como un espacio donde interactúan personas que habitan entornos urbanos y lugar de diversas correlaciones (Gutiérrez, 2016) dentro del mundo social y cultural.

Al respecto, la producción cultural entorno a la delincuencia organizada transmite mensajes, de personas en condiciones de pobreza extrema y lo mucho que pueden ascender perteneciendo a cárteles de la droga, entre los lujos, joyas, autos, mujeres, etc., podemos hablar de una producción simbólica de la cultura del narcotráfico o narcocultura que cubren un vasto proceso de significación y comunicación³ y destacar su importancia en la (re)configuración de esquemas cognitivos sobre este fenómeno, mismos que se han incorporado al capital social y cultural de la población (Valdez, 2018). No obstante, esta investigación se limita a la subjetividad⁴ de los adolescentes-varones y cómo han sido influenciados por estas construcciones simbólicas, concretamente, desde la masculinidad en espacios digitales.

³ De acuerdo con Gilberto Giménez, no puede existir producción de sentido ni comunicación sin códigos socialmente compartidos. La noción de código implica, por un lado, la de convención o acuerdo social, por lo tanto, existen tres momentos en el proceso social de producción de signos: un código, la producción de significados con base en dicho código, y un intérprete humano capaz de reconocer el signo producido (Giménez, 2007).

⁴ La subjetividad es una construcción enraizada en ciertas coordenadas histórico-políticas y en determinadas conformaciones simbólicas e imaginarias; además, si bien en los estudios de género se afirma de modo insistente que los sujetos son construidos, cuando se llega hasta ellos, se les pregunta, y se investigan sus vidas, sus deseos, sus prácticas y sus significados, se trabaja como si todo estuviera allí de modo consciente. Digámoslo: se trata a los sujetos como antecedentes y no como consecuentes. ¿Consecuentes de qué? De una historia o de muchas, de dispositivos ideológicos e institucionales, de tramas simbólicas y de arreglos políticos (Parrini, 2007).

Dicho lo anterior, la narcocultura forma parte de estructuras de significación socialmente establecidas (Geertz, 2003) que interfieren en los modos de vida, formas de pensamiento y un modo de ver el mundo particular; por lo tanto, se producen significados alrededor de las construcciones simbólicas generadas sobre la masculinidad. Los discursos que aparecen alrededor de la producción cultural, retoman la vida del narcotraficante y su cometido es naturalizar, normalizar o legitimar sus acciones, a través de contar sus hazañas con admiración o valoración (Núñez-González y Núñez Noriega, 2019), desplegando una pedagogía destructiva⁵ y cruel en la que ser violento y/o matar es el único discurso disponible para demostrar y perpetuar la dominación y sobrevivencia (Domínguez, 2015), creando un modelo a seguir sobre todo en los varones adolescentes⁶.

Considerando lo anterior, ¿por qué retomo los estudios de género de los hombres y las masculinidades? De acuerdo con Minello (2002), estos estudios deben contemplar procesos históricos, aspectos materiales y simbólicos, es decir, se analiza la exigencia social en los varones, en los sujetos biológicamente machos y socialmente hombres, así como los efectos en sus subjetividades (Núñez, 2016), ligado a las condiciones estructurales.

El estudio de género de los hombres y la masculinidad -al igual que muchos otros fenómenos sociales- es muy poco individual; de ninguna manera puede entenderse sólo como un episodio personal. Ciertamente, las emociones, las conductas, serán individuales, pero los hombres están insertos en estructuras simbólicas, sociales, culturales y económicas que señalan las pautas generales de los caminos a recorrer. Estudiar las masculinidades, significa tener en cuenta

⁵ Cuando se menciona el concepto pedagogías destructivas se piensa en lo señalado por la antropóloga Rita Segato para referirse a los actos o prácticas que enseñan, habitúan y programa a los sujetos a transmutar lo vivo. En ese sentido, esta pedagogía enseña algo que va mucho más allá del matar, enseña a matar de una muerte desritualizada, de una muerte que deja apenas residuos; por tal motivo, la masculinidad está más disponible para la crueldad porque la socialización y entrenamiento para la vida del sujeto que deberá cargar el fardo de la masculinidad lo obliga a desarrollar una afinidad significativa – en una escala de tiempo de gran profundidad histórica- entre masculinidad y crueldad (Segato, 2018).

⁶ El concepto de adolescencia corresponde a una construcción social, histórica, cultural y relacional, que a través de las diferentes épocas y procesos históricos y sociales han ido adquiriendo detonaciones y delimitaciones diferentes. Disciplinariamente se le ha atribuido y endosado la responsabilidad analítica a la psicología (Dávila, 2004), sin embargo, su uso en esta investigación se remite al análisis concreto del campo etnográfico (Facebook), y el señalamiento particular de ciertas edades (12 a 17 años) para poder ingresar al mismo, por lo tanto, se toma en consideración este elemento para hablar de adolescencia.

tres grandes dimensiones o ámbitos: la social, la cultural o simbólica y la subjetiva o individual (Minello, 2002).

En ese sentido y retomando las ideas de Minello, la idea primordial en esta investigación es considerar aspectos sociales, económicos y culturales en la formación de subjetividades en adolescentes varones, poniendo énfasis especial en el uso de Internet y las redes sociodigitales. Considerando tres rasgos importantes: 1) pensar en la masculinidad como una construcción relacionada con diferentes procesos históricos, por eso analizo algunas cuestiones del sistema económico; 2) plantear dicha elaboración desde el género, el cual permite considerar a los varones como sujetos genéricos, es decir, que sus prácticas son construcciones sociales y no hechos de la naturaleza (Núñez, 2016); y finalmente 3) entender la masculinidad como una herramienta analítica (Minello, 2002) que permite generar conceptos que ayudan a entender ciertos contextos sociales.

Es necesario mencionar que el contexto sociocultural y económico construyen sistemas de significación en relación con el género, desde esta perspectiva, la masculinidad y el ser hombre no tienen un significado fijo ni trascendente, sino que participan de una disputa social, al nivel de la significación en los diferentes contextos sociales e históricos (Núñez, 2016), en ese sentido, podemos preguntarnos ¿qué significa ser hombre hoy en día?, ¿cuál es la relación entre el contexto de violencia provocado por el narcotráfico en la configuración de la masculinidad?

Ser hombre implica un trabajo, un esfuerzo, una demostración que exige pruebas (Badinter, 1993); estas últimas están relacionadas con procesos históricos y culturales. Actualmente, pensar en un hombre remonta a muchas diversidades, entre ellas se encuentra la expuesta por el narcotráfico y su relación por diferentes medios, se recalca que no todos los varones pertenecen y se desarrollan dentro del fenómeno, pero ¿qué sucede con los que sí?, ¿por qué deciden ser parte de grupos delictivos? Más allá del estatus económico ¿qué tanto pesan los mandatos de género?, ¿cómo interfiere la cultura y el modelo económico en la construcción de identidades en los varones? Estas y otras preguntas tratan de ser resueltas en esta investigación, asociando, por un lado, la existencia de una proyección de masculinidad

expuesta por la narcocultura, basada principalmente, en la exhibición de una hombría relacionada con la obtención de lujos, joyas, el encuentro constante con mujeres, es decir, la reproducción del modelo hegemónico masculino expresado en redes sociales, que muestra la adquisición de la identidad patriarcal (Núñez-González y Núñez Noriega, 2019), y por otro, la idea de consumo y apropiación de riquezas de manera rápida, estos elementos participan en la definición de la forma deseable de ser adolescente varón en nuestro país. (Beasley y Elías, 2006 en Núñez-González y Núñez Noriega, 2019). Estas expresiones forjan una construcción de identidad expresada por sus prácticas por Internet, especialmente en un grupo privado (lugar en el que se realizó la etnografía), donde el uso de la violencia es la herramienta de supervivencia y autoafirmación personal.

En correlación con lo anterior, recurro al método etnográfico digital para conocer, describir y analizar el sentido de las prácticas relacionadas con la proyección de la masculinidad dentro de la narcocultura y expuestas en el campo etnográfico *online*, destacando, por un lado, la interacción entre los usuarios, la comunicación formulada dentro de estos espacios digitales (lugar de sociabilidad, sentidos de pertenencia y construcción de identidades en relación con los contextos *offline*). Por consiguiente, el mundo en línea, está caracterizado por las interacciones, prácticas sociales y comunidades en Internet y se le llama *online*, mientras que el mundo fuera de línea se le llama *offline*. De acuerdo con Gómez Cruz y Ardèvol, la dicotomía entre el mundo en línea (*online*) y el mundo fuera de línea (*offline*) se disolvió para dar paso a preguntas de investigación más amplias que buscan describir cómo el Internet y las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) en general, se integraron y se plasmaron en la vida cotidiana (Gómez y Ardèvol, 2013 citado en Bárcenas y Preza, 2019).

Por ello, mi objetivo general es conocer la influencia de la proyección de la masculinidad expresada por la narcocultura y su relación con el modelo económico neoliberal que forman nuevos procesos de construcción de identidad en los adolescentes varones de un grupo privado en Facebook⁷. Este objetivo va de la mano de la identificación de las concepciones simbólicas generadas alrededor de la narcocultura en relación con la masculinidad en estos

⁷ El nombre original del grupo no será utilizado en esta investigación, por seguridad de los miembros del grupo y el de la propia autora; sin embargo, se hará uso de un nombre ficticio para situar al lector dentro del campo etnográfico, en el capítulo dos se brinda una explicación extensa al respecto.

espacios digitales y cómo se expresa la relación con el modelo económico (cuáles son los elementos que refuerzan la masculinidad). De manera paralela se busca conocer y analizar las formas de interacción generadas dentro del grupo privado de Facebook, en comunión con la narcocultura y la expresión de un modelo de masculinidad expuesto en las prácticas realizadas en Internet (cuáles son sus concepciones y cómo afectan en sus procesos de subjetivación de los adolescentes-varones).

Dicho lo anterior considero que, la proyección simbólica generada y difundida por la narcocultura a través de la industria cultural y relacionada con un modelo económico neoliberal, ha propiciado un modelo de ser hombre que influye en la construcción de la masculinidad en algunos adolescentes varones dentro del ámbito digital, generando lo que llamo una *masculinidad narco*, término edificado de tres elementos importantes. Por un lado, el mercado neoliberal, seguido de las construcciones simbólicas generadas por la narcocultura y finalmente el uso de redes sociales como origen de un modelo de ser adolescente y varón, creando subjetividades capitalistas pasadas por el filtro de las condiciones culturales y económicamente precarizadas y que son manifestadas en espacios digitales afectando los modos de hacer y pensar de los individuos que las conforman.

Esta *masculinidad narco* es expuesta en el mundo digital y está caracterizada por la interacción/conexión de sujetos hetero/patriarcales y hetero/masculino/patriarcales (Núñez y Espinosa, 2017), es decir, todos aquellos que no entren bajo el *statu quo* son eliminados del grupo privado en Facebook, porque no cumple con las expectativas de género proyectadas y es que no todos los varones del grupo son masculinos o no lo son de la misma manera; todos, sin embargo, son afectados por los mandatos de género (Núñez, 2016).

La investigación está sustentada por tres capítulos que explican de manera contextual y teórica la construcción de las masculinidades dentro de la narcocultura, así como la descripción y análisis de la producción de significados relacionados con este fenómeno y expuestos mediante prácticas sociales en Internet. El puente metodológico que permite este acercamiento está basado en la etnografía digital, concibiendo el desarrollo de tecnologías y

el propio Internet como elementos integrados, incorporados e incrustados en la vida diaria que dan pie a ciertas prácticas que generan estructuras de significados (Hine, 2015).

El primer capítulo presenta una base teórica, abordada en primera instancia, por el concepto de género que permite comprender a los hombres como sujetos históricos ceñidos por normas y estándares institucionales de los que emana un *deber ser*, es decir, existe un proceso de socialización y aprendizaje de cómo ser varón en las diferentes etapas de la vida y de acuerdo al contexto social, por lo tanto, hablamos de dinámicas relacionales y socioculturales. Por otro lado, mediante diversos autores y autoras se matiza el estudio de género de los hombres y las masculinidades con el objetivo de comprender particularmente las prácticas sociales de los adolescentes varones en contextos acaecidos por la violencia y en este sentido la explicación de la proyección masculina por parte de la narcocultura y la generación de modelos a seguir con ideales consumistas, patriarcales y capitalistas, dando como resultado la construcción de significados evidenciados en prácticas, en ese caso, expuestas en Internet.

En este mismo capítulo, se menciona el contexto social, centrado en el modelo económico neoliberal y desde luego la relación con el tráfico de drogas ilegales, punto importante para la generación de economías subterráneas que influyen particularmente en la vida social de los varones. La explicación del aspecto contextual permite comprender la presencia de sectores sociales excluidos del mercado laboral y la manera en la que buscan sobrevivir por medio del mercado de las drogas. Es importante mencionar, que los subtítulos de este capítulo comprenden parte de las frases recogidas en mi estudio de campo, tratando de formar una relación entre lo que se observa, el sistema económico y los mandatos de género.

En el capítulo dos se desarrolla el enlace metodológico entre las construcciones simbólicas de la narcocultura y las prácticas cotidianas expresadas en Internet, mismas que tienen estructuras de significación y que alteran la cosmovisión de los adolescentes varones pertenecientes al grupo privado en Facebook. En ese sentido, hablamos de la producción de significados que se han interiorizado en el imaginario colectivo y que, finalmente expresan un modelo de masculinidad relacionado con el narcotráfico; ante dicho panorama, se sustenta el concepto de *masculinidad narco*. En este capítulo se destaca el papel de la etnografía

digital como método interdisciplinario, principalmente entre la sociología, la antropología y las ciencias de la computación (Bárceñas y Preza, 2019), dando paso a la sociabilidad humana mediada por conexiones por Internet y la realización de prácticas dentro de este mismo ámbito que generan comunidad, sentidos de pertenencia y arraigo, construyendo identidades en estos espacios digitales *online* y posteriormente podrían ser expresados también en el mundo fuera de línea *offline*. En este capítulo se explica con detalle la elección del campo etnográfico en Facebook, sus características, la construcción de categorías analíticas generadas a partir de una guía de observación etnográfica, decisiones metodológicas, incluyendo algunas consideraciones éticas al hacer un trabajo etnográfico digital. Por último, se hace uso de las descripciones densas⁸ para mostrar al lector parte de las prácticas sociales recabadas en campo y cómo interfieren en el imaginario de los adolescentes-varones, internalizando⁹ las acciones y siguiendo una proyección de masculinidad, en este apartado los subtemas están relacionados con la metodología utilizada con el propósito de explicar paso a paso el proceso de investigación y llevar de la mano al lector.

Finalmente, en el capítulo tres y partiendo de la construcción de categorías analíticas, se muestran los hallazgos obtenidos en el campo etnográfico. Tiene por título una de las frases que se recabaron durante la exploración y que ayuda a comprender cómo se visualiza el trabajo dentro de los cárteles por parte de los adolescentes del grupo, asimismo, se rescata el papel de las imágenes y videos como una forma de vigilancia y control especialmente para estos miembros del grupo, generando una identidad relacionada con hombres dispuestos a todo por tener un mejor puesto en la escala social, tener prestigio y poder; el dominio de los mandatos de género y su expresión se presentan de manera rutinaria. Y destaca la violencia, no sólo como herramienta de integración del propio grupo y que al mismo tiempo crea ciertos códigos y lenguaje, sino como una forma de exhibición digital expresada de manera graciosa,

⁸ Se busca un enfoque descriptivo e interpretativo que rescata lo que acontece, lo que se dice y lo que se hace en el espacio digital, para construir con ello un retrato multifacético del objeto de investigación (Carrizales, 2021), mostrando directamente el significado creado por los participantes, dando como resultado una fuente útil de conocimiento (Hine, 2015).

⁹ Cuando se menciona la internalización de la narcocultura, se refiere a vincular los modelos simbólicos a los actores que los incorporan subjetivamente (“modelos de”) y los expresan en sus prácticas (“modelos para”), lo cual nos obliga a considerar a la narcocultura desde la perspectiva de los sujetos y no de las cosas; bajo sus formas interiorizadas (Giménez, 2007).

puntualizando una rentabilidad de la muerte, creando espacios de comunidad basados en estos elementos. El enlace entre los planteamientos teóricos del estudio de los hombres y las masculinidades en el trabajo de campo realizado, visualizaron una relación entre la narcocultura como fuerza ideológica y su influencia en las estructuras de género, dando como resultado la desechabilidad masculina de los cuerpos, en este caso, de adolescentes-varones, es decir, la nula importancia que se brinda a las actividades riesgosas y que muchas veces llegan a la muerte, con el objetivo de ser *verdaderos hombres*. Dando como resultado un tipo de masculinidad fundado por la narcocultura.

Los recursos teóricos desde la perspectiva de género permiten hablar de los varones como sujetos históricos y relaciones, que no nacen siendo, sino que aprenden, a través de procesos de socialización cultural, con la ayuda de una metodología diseñada desde la etnografía digital se pueden conocer y analizar los procesos de construcción de identidades de acuerdo con un entramado de diversas prácticas sociales, teniendo de fondo un *continuum online-offline*, donde ambos espacios se traslapan y se constituyen mutuamente, dando origen a subjetividades particulares.

Capítulo 1: Antecedentes, conceptos y teorías. ¡Es mejor vivir tres años como rey que toda la vida como buey!¹⁰

El ideal de la hombría consiste en no “rajarse” nunca. Los que se abren son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos, abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, “agacharse”, pero no “rajarse”, esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El “rajado” es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe.

Máscaras mexicanas. Octavio Paz

Los cuerpos de once hombres, entre ellos seis adolescentes, fueron hallados en la comunidad de Tarecuato, en Zamora, Michoacán, las edades de los ejecutados oscilan entre los 13 y 20 años.¹¹

Noticia del Diario Nius, 3 de noviembre de 2021

Encabezados como el de arriba, han sido parte de la realidad del país por más de una década, la normalización de las muertes acaecidas por el narcotráfico y los detalles sobre cuerpos calcinados, destazados y masacrados “están de moda”, dice Valencia, la moda se nutre de refritos clásicos. La forma en que concebimos *la muerte como espectáculo*¹², la tendencia a envolver en un halo de excitación y glamour la violencia extrema y gratuita, inscribe a la muerte en unos códigos de producción que nos dicen: sí es de actualidad y es rentable, está de moda (Valencia,2010). En ese sentido, la producción cultural entorno al narcotráfico ha generado una construcción de significados, imaginarios colectivos, o como menciona Luis Astorga, una mitología alrededor del personaje: el narcotraficante. La historia casi siempre versa sobre la pobreza extrema en la que vivía dicho personaje y la adhesión a grupos criminales le permitió movilidad social, lujos, mujeres, (refiriéndome particularmente al

¹⁰ El título y los subtítulos de este capítulo comprenden parte de las frases recogidas en mi estudio de campo, tratando de formar una relación entre lo que se observa in situ, el sistema económico y los mandatos de género.

¹¹https://www.niusdiario.es/internacional/latinoamerica/sangriento-encuentran-cadaveres-incluidos-adolescentes-mexico_18_3229020069.html

¹² La violencia vivida en el país no es producto de una simulación, se encuentra al alcance todos, se puede vivir y observar por diferentes medios, particularmente por el uso de Internet, donde se muestran torturas y muertes perfectamente auténticas. Una violencia y un horror que expresa la crueldad en estado puro. En ese sentido, el espectáculo de la violencia se contagia, su objetivo es instalar progresivamente en el espectador una forma de insensibilidad y de indiferencia frente al sufrimiento de los demás mediante las imágenes o videos que integran un decorado y un telón de fondo cuidadosamente concebidos y que mandan mensajes dirigidos a un auditorio bien identificado (Marzano, 2007).

modelo heteronormativo¹³), dominio y control, incluso han sido catalogados como héroes en ciertas comunidades por la ayuda brindada a la población.

En correspondencia con lo anterior, podríamos preguntarnos ¿cuántas veces hemos visto en la televisión historias de narcotraficantes como personajes aventurados que eluden a las autoridades frente al trasiego de drogas, o bien, encabezados en los periódicos: “Narcos brindan despensas a comunidades en extrema pobreza” ?; ¿cuántas veces hemos visto series basadas en exponer la vida cotidiana de los “narcos” o escuchado corridos hablando de un tipo de hombre en particular? En nuestro país, existe un entramado sociocultural sobre la palabra narcotráfico y el imaginario generado alrededor del mismo, no sólo en relación con la venta, tráfico y consumo de sustancias psicoactivas, también ha tenido una influencia dentro de las relaciones sociales y las formas de socialización, es decir, hablamos de la producción de sujetos genéricos (hombres/mujeres) con mandatos culturales dentro del ámbito del narcotráfico, imputando roles de género de lo que significa ser hombre o ser mujer.

¿De qué hablamos cuando mencionamos el término narcotráfico?, ¿a qué se refiere?, ¿qué se genera alrededor del narcotráfico a nivel social y cultural?, ¿cómo afectan los cambios económicos los modelos de masculinidad y cuál es su relación con la narcocultura?, ¿cuáles son las influencias de la narcocultura en la proyección masculina? Estas preguntas forman las coordenadas básicas para la comprensión del capítulo uno y tienen el objetivo de entender este fenómeno social y exponer su influencia en las relaciones sociales y la construcción de identidades, particularmente en la subjetividad de los adolescentes varones.

El capítulo está dividido en dos partes, por un lado, la explicación del contexto social destacando el modelo económico neoliberal y su relación con el tráfico de drogas evidenciando las repercusiones en la vida social de los varones y, por otro lado, el aspecto teórico, el objetivo es establecer una asociación entre el concepto de género, que permite considerar las prácticas relacionadas con los varones como construcciones sociales, y la producción simbólica derivada de la narcocultura difundida por diferentes medios de

¹³ Este modelo tiene que ver con la forma de ver el mundo a partir de dos sexos, dos géneros y legitimando la heterosexualidad como la única orientación sexual aceptada social y culturalmente (Cruz, 2020).

comunicación, destacando las redes sociales como campos y/o lugares donde se despliegan las *masculinidades narco*.

1.1 ¡Quiero dejar de ser pobre!

Frase expuesta por un adolescente-varón de quince años que interrelaciona el género, el crimen organizado y el factor económico, (este subtema y los siguientes tres, muestran la importancia del elemento contextual económico en la formación de un tipo de masculinidad basado en el trabajo criminal como un modo de supervivencia, pero también como un sujeto aceptable, tanto económica como socialmente dentro del narcotráfico, Valencia, 2010).

En primera instancia, la crisis del modelo económico de los años setenta a nivel mundial trajo consigo una nueva fase capitalista: el neoliberalismo, nacido después de la segunda guerra mundial; este modelo económico-político, generó grandes confrontaciones y cambios sociales a nivel estructural, donde no sólo las políticas y la economía fueron parte del cambio, la vida social y cultural también fueron trastocadas.

¿Qué es el neoliberalismo? Es una teoría de prácticas político-económicas que afirman que la mejor manera de promover el bienestar del ser humano consiste en no restringir el libre desarrollo de las capacidades y de las libertades empresariales del individuo dentro un marco institucional caracterizado por derechos de propiedad privada fuertes, mercados libres y libertad de comercio (Harvey, 2007).

Las características de este modelo neoliberal se emplean en diferentes formas en cada país, no obstante, las bases comunes se presentan: en el campo geopolítico mundial, la afirmación, a través del monopolio político-militar; en el campo político-ideológico, a partir de la difusión del pensamiento neoliberal como pensamiento único; en el campo económico, con la consolidación de un régimen de acumulación que va de la mano con el afianzamiento de llamarse fábrica global (Espeche, 2003). El propósito era la creación de un Estado fuerte con la capacidad de quebrar el poder de los sindicatos y el control de dinero, pero limitado en lo referido a los gastos sociales y a las intervenciones económicas. Para cumplir cada una de estas metas, se diseñaron reformas al sistema político y económico, con la finalidad de obtención de poder mercantilizado y la libre competencia; se destaca sobremanera el uso de la violencia como su herramienta principal. En el ámbito social estas políticas fueron

implantadas por medio de leyes, reformas o normas que se debían seguir por parte de los ciudadanos, provocando un nuevo orden social, cambiando las formas de relación y despuntando otro tipo de problemas a largo plazo.

La implementación del neoliberalismo en México en los años ochenta tenía como propósitos: libre funcionamiento del mercado, apertura de la economía nacional, reducción de la participación del Estado en la actividad económica, privatización de empresas, elevación de las tasas de interés y finalmente una nueva cultura laboral, la cual limitaba a los sindicatos, y limitación de contratos (Ornelas, 2000). En la década de los noventa y con el Tratado de Libre Comercio (TLC), el incremento de precios, llevó al país a una desolación económica y política absoluta, incrementando las desigualdades sociales, como resultado de una política que permitía a los empresarios extranjeros y nacionales (en su minoría) acceder a una licencia para imprimir dinero, se produjo el desafío de las leyes y optar por participar del pastel a través de la economía ilegal (Valencia, 2010).

Estas desigualdades se vieron plasmadas en la ausencia de trabajos, falta de escuelas y servicios de salud para ciertos sectores precarizados, mientras que, para otros, existió un enriquecimiento cuasi-instantáneo que tenía como precio el derramamiento de sangre y la pérdida de vida; precios que no resultan demasiado altos cuando la vida no es una vida digna de ser vivida, sino una condición ultraprecarizada envuelta en frustración constante (Valencia, 2010), relacionada con la socialización del consumo -como única vía de mantener vínculos sociales- y el hecho de las presiones y actitudes consumistas que no se detienen en las fronteras de la pobreza, sino que se extiendan por todas las capas sociales, incluidas aquellas que se encuentran precarizadas; así como la heroificación de la delincuencia tanto en las zonas sociales de exclusión como a través del bombardeo televisivo y el ocio. Nos conduce a la ejecución de *prácticas gore*¹⁴ como algo previsible y legítimo dentro del desarrollo de la sociedad (Valencia, 2012).

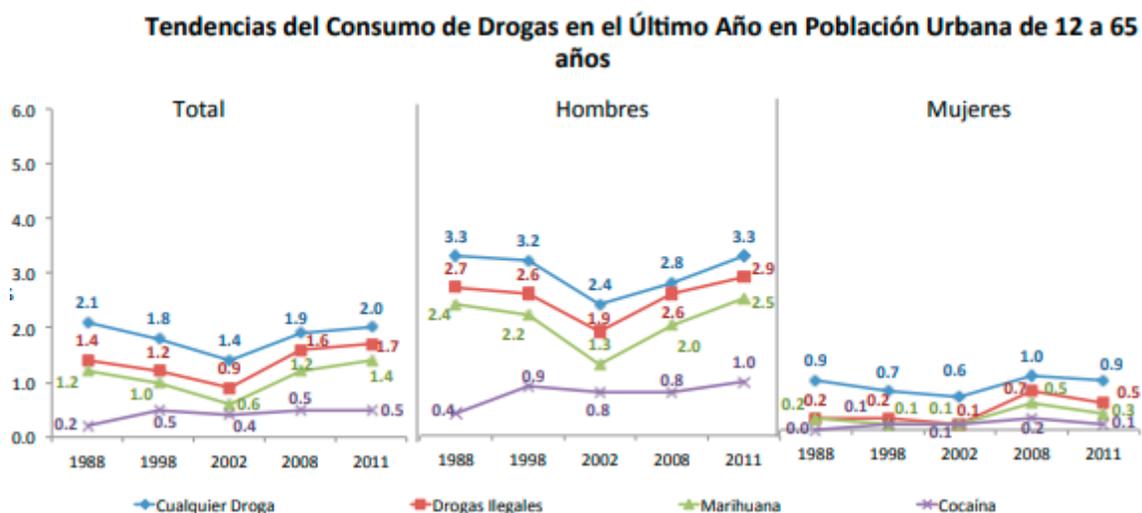
¹⁴ El concepto de *prácticas gore* es usado por Sayak Valencia para referirse a actividades relacionadas con la gestión de la violencia por medios autorizados para ello (Estado), la gestión política del cuerpo, del sexo y la sexualidad, particularmente en círculos de pobreza e insatisfacción, donde existe una lógica del exceso, frustración y, por otro lado, la heroificación de la delincuencia (promovida por los medios de comunicación, incluidas las redes sociales) con pulsiones de odio y estrategias utilitarias (Valencia, 2012).

1.2 ¡Sálvese quien pueda!

Después del TLC, en el año 2006, en México se declaró abiertamente y de manera constitucional una guerra contra el narcotráfico, misma que adquirió mayor fuerza, capacidad expansiva y proyección en las estructuras de poder (producción, finanzas, seguridad); así también, como una organización lucrativa (Villatoro, 2012).

Está guerra contra las drogas planteaba tres justificaciones que se formularon por parte del poder ejecutivo de ese entonces:

- A. Consumo: ¡Para que la droga no llegue a tus hijos!, fue el mensaje que se transmitió por medios de comunicación, señalando a México ya no sólo como país de tránsito de droga sino como consumidor, afectando principalmente a los niños y a los jóvenes. Sin embargo, a partir de las estadísticas del propio gobierno (Encuesta Nacional de Adicciones, 2011¹⁵) el consumo de drogas seguía siendo bajo.

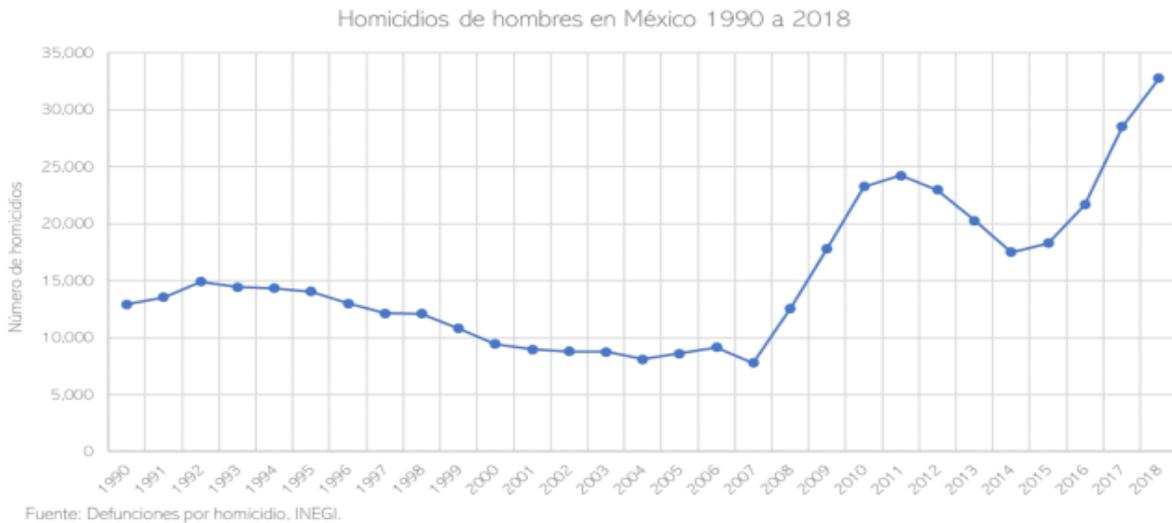


Fuente: Encuesta Nacional de Adicciones, 2011

- B. Violencia: Se mencionó el aumento de una violencia exacerbada y la necesidad imperiosa de combatirla; sin embargo, la violencia se acrecentó por la militarización

¹⁵ De acuerdo con la Encuesta Nacional de Adicciones (2011), entre los años 2002 al 2011, el consumo de cualquier droga, la prevalencia pasó de 1.6% a 1.8%, incremento que no es estadísticamente significativo. Entre las drogas más consumidas esta la marihuana, con una prevalencia del 1.2% y con relación al 2008, no hubo un incremento estadísticamente significativo en la población general, pero sí en los hombres en quienes el consumo pasó de 1.7% a 2.2%.

del país (en el año 2006), producto de la guerra contra en el narcotráfico, aunque la inseguridad provenía de delitos menores.



Fuente: Zepeda, 2019

- C. Suplantación y la penetración: El miedo de que el narcotráfico se apropiara del control del Estado; sin embargo, los traficantes nunca han buscado competir ni suplantar al Estado, sino mantener un vínculo por medio de la corrupción dando cierta estabilidad. Por otro lado, la penetración del narcotráfico en el ámbito político no es nueva, siempre ha existido una relación directa entre política y narcotráfico (Morales, 2011).

Alrededor de dichos postulados, se creó una política de seguridad nacional caracterizada por enfrentamientos entre militares y grupos delincuenciales o incluso entre estos últimos por el control de territorios. En términos pragmáticos, el crimen organizado y la política son más parecidos de lo quisiéramos suponer. Tienen en común el objetivo de dominar territorios, recursos y poblaciones. Tanto las mafias como el Estado ofrecen protección a cambio de la extracción de cuotas, premian la lealtad y castigan la traición (Mendoza, 2016); en ese sentido, se desarrolla una debilidad en las instituciones, hecho que hace cada vez más difícil la separación entre la legalidad e ilegalidad (De Prado, 2019), dando como resultado, una percepción de que la ley no solo es ineficaz, sino que también es enemiga de la sociedad (Domínguez, 2015).

En términos sociales y culturales, existe una generación que sólo ha vivido entre balas, muertes y sangre, sumado a la precarización económica, dando como resultado una construcción de género relacionada con las dinámicas estatales y económicas envueltas en el negocio del narcotráfico. Philippe Bourgois (2013) habla del término economías subterráneas, para referirse a sectores intencionalmente excluidos de la fuerza de trabajo formal y buscan una manera de sobrevivir por otras instancias entre ellas se visualiza la delincuencia organizada. Por lo tanto, el mercado de las drogas en contextos marginados es la herramienta principal de subsistencia.

En México, particularmente estas economías subterráneas han formado parte del sustento de muchos hogares, Atilio Borón lo llama una sociedad de “los dos tercios” o una sociedad “a dos velocidades”, porque hay un amplio sector social, un tercer excluido y fatalmente condenado a la marginación y que no puede ser “reconvertido” laboralmente ni insertarse en los mercados de trabajo formales de los capitalismos desarrollados (Borón, 2003).

Ante dicho panorama, el resultado ha sido la segregación social, pues existen personas que no tienen oportunidad de asistir a una escuela, que jamás han visitado a un médico, y apenas hablan el idioma del país, tienen las condiciones mínimas para convertirse en fuerza de trabajo explotable (Borón, 2003). En ese sentido, Bourgois retoma la categoría “lumpen” para ayudar a identificar a estos sectores sociales, aquellos que fueron expulsados o excluidos (frecuentemente de forma súbita o violenta) del sistema económico productivo de su época histórica (Bourgois,2009) y que buscan maneras de sobrevivir ante dicho panorama. Esa fuerza de trabajo excluida forma parte de la población juvenil que se inserta en actividades ilícitas como forma de sustento y reproducción de su vida inmediata.

La violencia contemporánea, dominada por el crimen organizado y el Estado, es una expresión del *lumpenmachismo*, o masculinidad criminal, la cual despliega una pedagogía destructiva y cruel en la que matar es el único discurso disponible para demostrar dominación y perpetuar la sobrevivencia. (Domínguez, 2015). Estas prácticas sobre el control de la muerte cosifican a las personas; según Achille Mbembe el régimen necropolítico se basa en la cosificación del ser humano propio de un sistema capitalista que explora las formas mediante las cuales las fuerzas económicas e ideológicas del mundo moderno mercantilizan

y reifican el cuerpo: se estudia de qué manera éste se convierte en una mercancía más, susceptible de ser desechada (...). Las personas ya no se conciben como seres irremplazables, inimitables e indivisibles, sino que son reducidas a un conjunto de fuerzas de producción fácilmente sustituibles. (Mbembe, 2006). Se puede decir que el régimen político junto con las fuerzas económicas interfiere en la producción de violencias por parte de ciertos grupos.

En relación con lo anterior, las exigencias del orden económico actual, conducen a la creación de un orden subyacente que hace de la violencia un arma de producción y la globaliza. De esta manera, existe un *capitalismo gore* que podría ser entendido como una lucha entre los deseos implantados por el neoliberalismo y obediencia ante el orden hegemónico masculinista para lograr autoafirmación y empoderamiento (Valencia, 2012). En términos generales, existe un sistema económico que deja de lado a ciertos sectores poblacionales, no obstante, también persisten las ideas de consumo y satisfacción mediante las posesiones, dando como resultado, sujetos que empiezan a reclamar espacios para sí, a ejercer sus posibilidades destructoras como motor de creación de capital y enriquecimiento, por medio de la instauración de una subjetividad transgresora (Valencia, 2012), que yo llamo *masculinidad narco* y que explicaré a detalle más adelante.

1.3 ¡Tengo 15 años y estoy dispuesto a lo que sea!

Según el INEGI en el año 2020, la violencia producida en relación con los homicidios, resalta que la tasa fue de 36579 y de esos 32147 fueron homicidios de hombres. La causa de la muerte más frecuente está relacionada con disparos por armas de fuego¹⁶ y la población son adolescentes y jóvenes de entre 15 y 29 años.

Las niñas, niños y adolescentes, al ser personas en etapa de desarrollo, conforman un grupo considerado vulnerable por enfrentar situaciones de violencia, explotación y abuso en diversos contextos como puede ser la familia, escuela, la comunidad, entre otros (CNDH, 2019 citado en Reinserta s/f), por su parte, las organizaciones delictivas han identificado estos problemas y los han empleado a su favor. Si nos remitimos unos años atrás, cifras

¹⁶<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2021/EstSociodemo/Defcioneshomicidio2020.pdf>

oficiales señalaban que, hasta 2017, existían cerca de 5657 niñas, niños y adolescentes cumpliendo sentencia: 2137 de ellos fueron sentenciados por robo, 950 por homicidios, 301 por secuestro y 226 por comercio ilegal de drogas. En el año 2019, existían 30 mil niñas, niños y adolescentes que habían sido incorporados a las filas de la delincuencia organizada (Sánchez, 2019, citado en Reinserta, s/f). Esto demuestra que los adolescentes mexicanos - en especial los hombres- son protagonistas en esta escala de criminalidad, porque existen condiciones en el país que aumentan el riesgo de que puedan ser víctimas de hechos delictivos o de verse implicados ellos mismos en la comisión de delitos: condiciones estructurales, como el entorno o la comunidad hace a los adolescentes extremadamente vulnerables a la violencia. (González-Pérez y Vega-López, 2019).

Según Reguillo, más allá de los datos duros, las violencias derivadas del narcotráfico son parte del contexto social, entre las que destacan la ausencia de programas sociales, el deterioro de las condiciones estructurales para la incorporación efectiva y digna de los adolescentes a la sociedad. Estos procesos fueron agravando, enrareciendo y complicando el contexto para los adolescentes en especial para aquellos precarizados y en condiciones de alta vulnerabilidad (Reguillo, 2012).

Es importante subrayar que NO todos los adolescentes varones están relacionados con la delincuencia organizada y no todos se encuentran en las mismas condiciones socioeconómicas, pero algo que sí los homologa, es el contexto de violencia perpetrado por el narcotráfico, en algunas partes del país se presenta con más fuerza que en otras y quizá en las primeras es donde exista mayor proporción de adolescentes varones relacionados con el narcotráfico. La violencia extiende su eficacia en el tiempo y en el espacio y hace llegar su mensaje a muchas personas que no la sufren directamente. Esto hace también que todos podamos experimentar la violencia y sus consecuencias para la sociedad, incluso en ausencia de una experiencia directa (Schöder y Schmidt, 2001 en Herrera-Lasso, 2017).

En ese sentido y en el contexto específico de México, es importante señalar la relación entre narcotráfico y adolescentes-varones, al menos en la actualidad; en primera instancia, la violencia es relacional, multifactorial y multidimensional, la intervención de las condiciones

materiales, culturales y códigos compartidos de aprendizaje permiten visualizar que no es un hecho individual y que está influenciado por varias causas. No es un elemento constitutivo de ciertas personas, géneros, grupos, sectores etarios o espacios, no está en la esencia de nadie. Por el contrario, en tanto acción social (proceso de socialización), está producida y reproducida colectivamente en los hogares, en los barrios, en las calles. (Meneses, 2019).

La violencia producida por el narcotráfico ha creado una forma de relación con los otros que impone dominio¹⁷, poder y en muchas circunstancias, supervivencia. Por lo tanto, no se refiere únicamente a la destrucción, sino también a la generación de nuevas tentativas de dar continuidad a la vida, de construir un orden alternativo y de atribuir sentido a las nuevas rutinas y formas de vida (Nordstrom, 1995 en Herrera-Lasso, 2017) o como bien menciona Simmel, la violencia es siempre ambivalente: destruye en algunos sentidos, pero construye en otros (Herrera-Lasso, 2017). En ese sentido, las dinámicas de vida de la población se vieron afectadas por la violencia del narcotráfico y particularmente transformó las agrupaciones juveniles de barrios y su relación con el territorio y la identidad. Uno de los factores inmediatos de dicha violencia fue reconfigurar las formas de sociabilidad de los varones jóvenes y, con ello replantear las prácticas performativas del ejercicio de la masculinidad (Cruz Sierra, 2014).

De acuerdo con Marcela Meneses existen tres construcciones alrededor de los estudios de los adolescentes y jóvenes, 1) una que representa y construye al adolescente y/o joven como un sujeto violento, potencialmente capaz de violentar al otro, y esa ha sido una lectura que predominó en la década de los años ochenta, por otro lado, 2) por otro lado, la lectura de los adolescentes y jóvenes como víctimas de las circunstancias, del Estado, de las instituciones. En ese marco, se entiende que si sus situaciones han sido adversas, es comprensible que se sumen a las filas del narcotráfico y/o la criminalidad, y por último 3) la posibilidad de comprender la violencia ejercida por adolescentes y jóvenes con fines de autodefensa, protección o con el fin de garantizar su seguridad personal, sus familias y su entorno, Meneses lo nombra “legítimo victimario” (García, 2016). Esta investigación examina las situaciones vulnerables y precarizadas como un factor que influye en la incorporación del

¹⁷ Cualquier forma de dominación para ser tal, tiene que ser legítima, y si la violencia es hegemónica en este momento, es porque de alguna forma se ha legitimado para quienes la viven, la reproducen y la ejercen (García, 2016).

narcotráfico, pero también considera, la violencia como herramienta de supervivencia y que se expresa de diferentes formas, ya sea en interacciones cara a cara o de manera digital.

¿Por qué los adolescentes y por qué varones? primeramente utilizo el concepto de adolescencia como un periodo sociohistórico determinado con particularidades propias y generacionales, comprendida por un rango de edad compartido con determinados individuos. Es una categoría etaria en la que pueden hacerse algunos distingos y precisiones de acuerdo con los contextos sociales y las finalidades con que se desea utilizar esta dimensión sociodemográfica. Convencionalmente se ha utilizado la franja etaria entre los 12 y 17 años para designar la adolescencia. (Dávila, 2004), incluso la Ley General de los Derechos Niñas, Niños y Adolescentes, formulada en la Asamblea General de las Naciones Unidas, señala en el artículo 5 que: son niñas y niños los menores de doce años, y adolescentes las personas de entre doce años cumplido y menos de dieciocho años de edad (CNDH, 2019). La adolescencia también comprende un estado liminal, donde no se es hombre adulto totalmente y tampoco niño, su lugar no está fijo en el ámbito social, sin embargo, es la etapa de conocimientos, herramientas y formación de los mandatos de género regidos por la norma sociocultural heteronormativa; además el termino es retomado en esta investigación por considerar específicamente a los miembros del grupo de Facebook, donde se señalan ciertos rangos de edad para poder ser partícipes del mismo.

¿Por qué hablo de adolescentes y no de jóvenes? Es importante reconocer que el concepto de adolescencia ha sido utilizado desde la psicología, para referirse a la delimitación de un sujeto particular, sus procesos y transformaciones como sujetos, inclusive es usado de manera peyorativa para hacer referencia a una etapa que se “adolesce” y sufre; sin embargo, el uso de este término, al menos en este trabajo, no tiene que ver con un individuo de manera particular, sino con una serie de conexiones entre estructuras sociales, económicas y culturales que han dado pie a ciertos comportamientos, aprendizajes y socializaciones, dando como resultado una categoría social que da cuenta de un proceso por el cual atraviesan las personas de manera histórica y cultural, además de que particularmente, sí existe un rango de edad entre los miembros del grupo analizado. Por otro lado, en la adolescencia se configura cierto razonamiento social y es relevante porque se generan procesos identitarios individuales, colectivos y societales, los cuales aportan la comprensión de sí mismos (Dávila, 2004). En

términos generales, el concepto de adolescencia es una construcción social. A la par de las intensas transformaciones a nivel biológico y cognitivo, participan de este concepto elementos culturales que varían a lo largo del tiempo, de una sociedad a otra y, dentro de una misma sociedad. Es a partir de las representaciones que cada sociedad construye al respecto de la adolescencia, por tanto, se definen las responsabilidades y los derechos que deben ser atribuidos a las personas en esa franja etaria (Dávila, 2004)

No obstante, hablar de jóvenes es también una construcción social usada por la sociología y la antropología, y definida, de acuerdo a las particularidades del contexto histórico, por otro lado, en cuanto a categoría etaria, tiene algunas características, el rango de edad oscila entre los 15 y 29 años (Dávila, 2004), edades que no coinciden con los interlocutores de esta investigación, en ese sentido se decidió utilizar el concepto adolescencia.

1.4 Soy joven, soy hombre, soy violento y vivo en Santa María del Río

Hablar de adolescentes-varones tiene varias interseccionalidades, desde la clase, etnia, territorio y/o comunidad; éstas se amalgaman y diluyen en un ejercicio cotidiano de *hacerse hombre*¹⁸, proceso siempre inconcluso que tiene sus bases en los lazos primarios del infante con las figuras paterna y materna, y se engrosa con la precariedad, la penuria económica, social y cultural (Cruz Sierra, 2014).

Destaco la violencia como una forma de socialización de los varones de manera cultural al menos en México, las acciones violentas forman parte de la construcción de una identidad en los adolescentes varones, y confieren reconocimiento social, credibilidad, respeto y autonomía principalmente frente a otros hombres. Estos actos o acciones violentas perpetradas por los varones y en especial por los adolescentes, brinda estatus dentro del grupo social en el que se mueven. Su identidad frente a los otros va cobrando sentido, provisto de

¹⁸ El sistema sexo-género patriarcal y androcéntrico, también ha tenido complicaciones en la vida de los hombres pues ante la exigencia de una masculinidad hegemónica, autoritaria y dominante, los “varones” han sido objeto de dichas fuerzas. Así conforme los seres humanos “machos” no reflejan los lineamientos del modelo dominante, es cuestionada su “naturaleza de hombres”, e incluso se convierte en todo un paso doloroso y vertiginoso en el proceso de *hacerse hombre*, el cual implica un proceso de construcción permanente e inacabado, en el que se incorporan muchos de los elementos que social y culturalmente dan cuerpo a la noción de masculinidad (Núñez, 2004; Olavarría, 2005 citado por Rocha y Lozano, 2016).

las definiciones que tiene sobre sí mismo, reacciona, negocia, se distancia, se somete (Dubar, 1991 en Zubillaga, 2007). Al respecto, el adolescente varón busca la manera de sentirse seguro y aceptado por otros – sus iguales –, quienes se encuentran en la misma búsqueda y, mediante una agrupación, pretenden afirmar su identidad de género a través de la comisión de acciones de diversos tipos y que implican generalmente algún tipo de riesgo en su vida, su salud, su integridad o la de otros en un menor o mayor grado. (Núñez, 2005), algunas actitudes violentas en los adolescentes-varones tiene explicaciones dentro del orden de género.

Por otra parte, la construcción de la identidad proporciona rasgos que reconocen al sujeto o grupo frente a los demás; este proceso proviene del exterior, de la cultura, la familia, el Estado, etc., tiene eco en los procesos de subjetivación de los adolescentes varones, sin embargo, es un proceso inacabable, ya que siempre estamos implicados en el seno de relaciones sociales; por otro lado, la experiencia de la exclusión constituye una profunda amenaza a la personalidad. Una experiencia que se vive a través de la negación (de derechos sociales, de la integridad personal, de reconocimiento) da como resultado la agresión y la autodestrucción como herramienta de identidad (Zubillaga, 2007).

En ese marco, la relación existente entre *hacerse hombre* y las acciones violentas dan forma a un modo de vida, una forma de actuar que se cree “natural” y aunque parecen ser opciones premeditadas, de hecho, se imponen a sí mismas sobre los individuos. Nos disciplinamos a nosotros mismos (sea en oposición o en sumisión) para convertirnos en lo que creemos que tenemos que ser, recurriendo a los discursos existentes (Bourgois, 2009).

En ese sentido, los actos violentos expuestos por adolescentes consisten en conductas socialmente aprendidas y permitidas; la mayor parte de la violencia no es un comportamiento desviado, sino que puede estar ceñido a las normas sociales dependiendo el contexto. La violencia ha sido una cualidad asignada socio-culturalmente a los hombres y ha sido utilizada en función de legitimar el poder que poseen en el marco de las relaciones de género; asimismo los hombres continuamente están siendo violentos con otros hombres y consigo mismos, como parte de la socialización de sus masculinidades (González Pagés y Fernández

González, 2009). Sayak Valencia llama *sujeto endriago*, a los varones que usan la violencia como medio de subsistencia, por ejemplo, la violencia frontal se populariza cada vez más entre las poblaciones desvalidas y es tomada en muchos casos como respuesta al miedo a la desvirilización que pende sobre nuestros varones dada la creciente precarización laboral y su consiguiente incapacidad para erigirse, de modo legítimo, en su papel de proveedor. Por lo tanto, la violencia se percibe como una herramienta de autoafirmación personal, al mismo tiempo de subsistencia. (Valencia, 2010).

Ahora bien, la violencia expuesta y difundida por parte del narcotráfico y especialmente la industria cultural, se ha encargado de mostrarla como una herramienta de sobrevivencia en contextos difíciles, como una fuente de prestigio frente a los otros, incluso es ya un espectáculo difundido por medios de comunicación, redes sociales, periódicos, revistas, series de televisión, la distribución, producción y consumo de imágenes violentas en redes sociodigitales que de alguna manera glorifican la violencia como práctica cultural aceptada y normalizada. Valencia y Sepúlveda hablan de procesos de adoctrinamiento audiovisual, en relación con la narcocultura, hablamos de narcoseries, narcocorridos, movimiento alterado, cine. “donde el espectador-consumidor, se llena de contenido a través de las imágenes consumidas”. Se acaba entrando en una sobresaturación constante donde la realidad producida por las industrias culturales, los medios de información, redes sociales conquista la psique del espectador y se apropia de su subjetividad y la fascinación por la violencia transmitida en *High Definition* (Valencia y Sepúlveda, 2016).

En este sentido, la violencia está relacionada con dos puntos analíticos que afectan a los sujetos; por un lado, una violencia estructural relacionada con fuerzas políticas y económicas que causan estragos en los cuerpos de los sectores de la población vulnerables (López, 2009), y por otro lado, la violencia cultural inculcada en las prácticas de los hombres, relacionada con la proyección cultural del narcotraficante difundida por diferentes medios, crea un espacio de muerte que normaliza conductas violentas. El adolescente-varón relaciona prácticas socioculturales y las interioriza basadas en una visión androcéntrica y modelo a seguir, donde lo masculino es la medida de todo y este orden se entiende como “natural” (Bourdieu, 2000).

En síntesis, la violencia va de la mano con la formación de masculinidad en la adolescencia, instalando en los primeros años de vida del varón un sistema de dominación-subordinación dentro de sus formas de relacionarse, la violencia se convierte en una cualidad propia de los hombres, indispensable para el desarrollo de un modelo de masculinidad hegemónica, al cual todos los hombres deber aspirar si desean tener poder y estatus frente a otros (González Pagés y Fernández González, 2009). Se puede decir que la violencia es un instrumento activo que mantiene a los adolescentes que deciden ejercerla en un estatus privilegiado. El ideal de adolescente varón implica la demostración de fortaleza, agresividad, independencia, poder sobre otros, control, arrojo, valentía, entre otras características, pero el cumplimiento del rol masculino se convierte en una situación de dos caras, donde, por un lado, desde pequeño el varón empieza a descubrir las “ventajas de ser hombre”, identificándolas con ser importante y, por el otro, vive el procesos de *hacerse hombre* con la angustia de sentir que es un ideal siempre escurridizo; esto es, no logra cumplir suficientemente con tal modelo (Núñez, 2015).

1.5 Nací hombre, simplemente por eso, no le tengo miedo a nada

A partir de este subtema se plantean las consideraciones teóricas sobre las que descansa la investigación, una de las preguntas iniciales de la que partimos ¿qué significa nacer biológicamente macho y culturalmente hombre? en principio se trata de cumplir una serie de atributos entre los que destaca la fuerza, el trabajo, la valentía, roles de proveeduría, y emocionalmente esconder miedo y vulnerabilidades. Ser culturalmente hombre implica un *deber ser*, que se impone como algo sin discusión; ser hombre equivale a estar instalado de golpe en una posición de poderes y privilegios, pero también de deberes; está situado en el principio del privilegio masculino que es también una trampa. El dominante es también dominado (Jiménez, 2003).

¿Cómo entender que lo que se considera un comportamiento “natural” en los varones no lo es? Hablar desde el género permite “desnaturalizar” acciones y comportamientos que son aprendidos y socializados por diferentes medios; en este sentido, ser hombre y sus comportamientos, acciones y sentimientos no son biológicos o naturales, sino que forman parte de un proceso de construcción social. En este sentido es importante, el rescate histórico

del concepto género porque permite analizar el drama de exigencia social en los varones, en los sujetos biológicamente machos o socialmente hombres, así como los efectos en sus subjetividades, identidades, prácticas y relaciones sociales (Núñez, 2016).

En el siglo XVIII, Mary Wollstonecraft una de las pioneras del feminismo, dejaba la puerta entre abierta para formular una crítica sobre el concepto de hombre como representativo de la humanidad, además de señalar que la mujer estaba condicionada por el contexto sociocultural y el aprendizaje de comportamiento estaba basado en concepciones de belleza, fragilidad, sentimientos etc., y por otro lado, los hombres se construían en contradicción de estos, incluso la propia limitación al espacio público por parte de las mujeres y otros comportamientos y actitudes que debían corresponder con las características de haber nacido biológicamente macho y/o hembra; años después Margaret Mead señaló que la condición biológica no determinaba los rasgos de personalidad y comportamiento, es decir, no son naturales sino aprendidos socialmente.

Por su parte, John Money médico endocrinólogo dio un significado a la palabra género, señalado a atribuciones basadas en expectativas de feminidad/masculinidad, en “un sistema de relaciones cara a cara, de los padres y familiares próximos con la cría humana durante los dos o tres primeros años de vida a partir del cual se instituye en el psiquismo de la criatura el sentimiento íntimo de ser niño o niña.” (Garraiga, 2011). Incluso, mencionó que se podía generar una identidad contraria a la que el cuerpo encarnaba; es decir, empezaron a dilucidar planteamientos acerca de la transexualidad.

Por su parte, Robert Stoller psiquiatra, hizo una distinción entre sexo y género, puntualizando que este último es una construcción social que no radica en la genitalidad, formulando la noción de identidad nuclear de género, señalando “la creencia o el sentimiento de que se pertenece a uno de los dos géneros” (Quindeau, 2016). A manera de síntesis en esta etapa, el género es concebido como constructo social proveniente de la familia, la comunidad, y que estos comportamientos son aprendidos e interiorizados a lo largo de la vida y son grabados en los primeros años, por lo tanto, el género no es una concepción natural.

Después, Kate Millet reflexiona sobre la construcción social del género donde el individuo y la estructura social patriarcal se erigen bajo categorías masculinas y femeninas, y cada

persona se limita a alcanzar ciertas expectativas sociales (Millet, 1970). En esta misma línea y de acuerdo con Adrienne Rich (1980), la heterosexualidad es vista como la institución social obligatoria y natural, demostrando a través de esta orientación sexual la regulación de otras.

En esta investigación se hace un énfasis especial en Joan Scott, historiadora feminista parteaguas en la construcción del concepto y retoma cuatro ejes de su análisis para el estudio del género: 1) símbolos culturalmente disponibles (significados), 2) conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos, expresado en doctrinas religiosas, educativas, legales, que afirman el significado de ser varón y mujer, 3) las nociones y referencias a las instituciones y organizaciones sociales, que representan espacios de socialización no solo familiares, trabajo, escuela, sin bien el género se construye mediante el parentesco no es de forma exclusiva, y finalmente 4) identidad subjetiva que está relacionado con las maneras de comportamiento social. (Scott, 1990). Estas consideraciones permiten entender al género como una categoría analítica usada para designar relaciones sociales entre los sexos.

Por ultimo y no por ello menos importante, hacer una mención especial a Judith Butler y su particular punto de vista sobre el género, mismo que se construye a través de repeticiones reiteradas que se van interiorizando y luego se vuelven expresiones corporales, insertándose en un sistema social sexo-género-deseo fundado en la heterosexualidad. Burin y Meler apuntan que “la radicalidad de esta propuesta enfatiza la construcción social y subjetiva de la subjetividad sexuada y del deseo, minimizando los factores biológicos y descalificando los argumentos que aluden a prácticas “contra natura”. (Burin y Meler, 2000) (véase tabla1)

Tabla 1. Recorrido histórico del concepto de género	
Mary Wollstonecraft	En el siglo XVIII, se comenzaba a pensar ¿por qué la palabra hombre englobaba a toda la población?, ¿qué pasaba con la otra mitad? La idea de que la mujer estaba condicionada por el contexto sociocultural, permitió cierto tipo de aprendizaje, dando la pauta para considerar que esos comportamientos son inculcados por factores externos y no son “naturales”.
Margaret Mead	En el año 1930, encabezó una expedición a Nueva Guinea, donde se percató de diferentes formas de comportamiento entre hombres y mujeres en diversas tribus. Entonces ¿los comportamientos no son universales y tampoco naturales? Mead señaló que la condición biológica no determinaba los rasgos de personalidad y comportamiento, es decir, no eran naturales sino aprendidos socialmente.
John Money	Ofreció un significado a la palabra género, señalando que está referido a atribuciones basadas en expectativas de feminidad/masculinidad, es “un sistema de relaciones cara a cara, de los padres y familiares próximos con la cría humana durante los dos o tres primeros años de vida a partir del cual se instituye en el psiquismo de la criatura el sentimiento íntimo de ser niño o niña.” (Garraiga, 2011). Incluso mencionó que se podía generar una identidad contraria a la que el cuerpo encarnaba, es decir, empezaron a dilucidar planteamientos acerca de la transexualidad.
Robert Stoller	Hizo una distinción entre sexo y género, puntualizando que este último es una construcción social que no radica en la genitalidad, formuló la noción de identidad nuclear de género, y señaló “la creencia o el sentimiento de que se pertenece a uno de los dos géneros” (Quindeau, 2016).
Kate Millet	En libro <i>Política Sexual</i> (1970), se desarrolló un planteamiento sobre la relación de dominio y subordinación sobre los cuerpos, subrayando que el sexo es una categoría política, donde hay una prioridad natural del macho sobre la hembra, a través de una “colonización interior”.
Adrienne Rich	Habló de la heterosexualidad vista como la institución social obligatoria y natural, demostrando a través de esta orientación sexual la regulación de otras.
Joan Scott	Habló de cuatro ejes esenciales para estudiar el género: símbolos, conceptos normativos, nociones y referencias a las instituciones y organizaciones sociales y finalmente, la identidad subjetiva, estas consideraciones, permiten entender al género como una categoría analítica usada para designar relaciones entre los sexos.
Judith Butler	Su particular punto de vista sobre el género, mismo que se construye a través de repeticiones reiteradas que se van interiorizando y luego se vuelven expresiones corporales, insertándose en un sistema social sexo-género-deseo fundado en la heterosexualidad.
	
<p>La evolución histórica del concepto de género abre paso a caminos teóricos para estudiar a los hombres y las masculinidades como construcciones generéricas, relacionales y permite acercarnos a las dinámicas socioculturales y de poder de la sociedad (Núñez, 2016).</p>	

Tabla 1. Elaboración propia

Hasta estas instancias y conociendo un poco de la historia, mi concepción sobre el género es entendido como una categoría analítica sociocultural histórica, relacional e interseccional, que no está determinada por lo biológico, pero sí por el contexto social. La concepción de género, señala que los comportamientos sociales entre hombres y mujeres son parte de símbolos y sistemas de significación (como diría Geertz), basados en conceptos normativos donde hay reglas y estándares regidos por instituciones sociales empezando por la familia y que generan una identidad subjetiva que se internaliza y que se expresa mediante formas de relación con otros y otras. Si bien, como señala Núñez, conocer la evolución histórica del concepto de género abre paso a caminos teóricos para estudiar a los hombres y las masculinidades como construcciones genericas relacionales y permite acercarnos a las dinámicas socioculturales y de poder de la sociedad (Núñez, 2016).

1.6 Mi hombría nunca estará en duda

¿Por qué estudiar la(s) masculinidad(es)? Resulta interesante el abordaje de aspectos tanto materiales como simbólicos, relacionados con los atributos de ser hombre, que le definen como modelo hegemónico (Tena, 2010), conocer y analizar los comportamientos y significados de ser varón relacionados con las estructuras sociales, engloba sustentos epistemológicos y metodológicos.

Los estudios de género de los hombres y las masculinidades, en un primer momento, comenzaron a plantearse con los movimientos feministas, mismos que expusieron la posibilidad de estudiar a las mujeres con otra perspectiva, como identidades sociales y no como destinos de la naturaleza, ante este descubrimiento, si nada es natural, el comportamiento y la práctica de los varones tampoco lo es (Núñez,2016).

En la medida en que el feminismo creó las condiciones sociocognitivas para pensar en las mujeres y su posición en la organización social como identidades sociales e históricas (las mujeres no nacen, se hacen) y no destinos naturales, también creo la posibilidad de pensar en los hombres y su masculinidad como construcciones socioculturales e históricas. (Núñez, 2016)

De la misma manera, los estudios de género de los hombres y las masculinidades están emparentados con los estudios gay, proporcionando la contemplación de nuevas diversidades sexuales y dando como resultado que el género no está ligado con el cuerpo, sino que este se construye socialmente, el activismo homosexual ponía en entredicho el papel asignado a los varones heteronormados. Entendemos entonces, que *no se nace siendo hombre, se aprende a serlo* a través de los procesos de socialización y cultura, en relación con las ideologías dominantes sobre qué es lo masculino y lo femenino interiorizados por los sujetos y después vistos como comportamientos naturales respecto a la genitalidad.

Los estudios de género de los varones y las masculinidades, no son los hombres o las masculinidades en sí mismos o de manera aislada, sino las dinámicas socioculturales y de poder que pretenden la inscripción del género hombre o masculino (Núñez, 2016). Por lo tanto, la masculinidad es algo que se construye en lo cotidiano, que se va significando y resignificando en forma constante, en función de una trama de relaciones que el varón establece consigo mismo, con los otros, con la sociedad, de ahí que se considere que lo “masculino” pertenece al campo de lo social y no al de la naturaleza biológica (Jiménez, 2003).

¿Para qué sirven estos estudios? Olivia Tena (2010) habla de una invitación a adentrarnos en objetivos, sustentos epistemológicos y enclaves metodológicos, revisando su cercanía con una ética y política feministas. En ese sentido, la masculinidad, es una herramienta útil para el abordaje de aspectos tanto materiales como simbólicos relacionados con los atributos que le definen como modelo hegemónico en relación con la vida de los varones, en otras palabras, los estudios de masculinidad asimilados al estudio del cuerpo de los varones pero también de su significado, abordando estructuras, pero también a los hombres de carne y hueso, es decir, el estudio de las condiciones individuales como estructurales ligadas al significado de ser varón en diferentes espacios y tiempos (Tena, 2010).

Es necesario subrayar que el concepto masculinidad, presenta varias dificultades para su uso y con el objetivo de no volverlo ambiguo, es necesario puntualizar que la masculinidad será entendida como una herramienta de análisis para estudiar los comportamientos entre los hombres influenciados por procesos de socialización y procesos psicológicos de

interiorización que involucra relaciones específicas con los cuerpos y las normativas sociales dadas en un contexto social específico, además de que se encuentra en construcción constante. La propuesta de Oscar Hernández señala que existe un problema metodológico en el estudio de los hombres, a veces se habla de masculinidad o masculinidades y también de identidad masculina, incluso son usados como sinónimos, pero en definitiva no son los mismos, señala que los tres conceptos antes mencionados, son construcciones sociales e incluso construcciones culturales de los significados de ser hombre en diferentes tiempos y sociedades (Hernández, 2012).

También se habla de dominación masculina y de identidad masculina, aunque la primera se enfoca en las relaciones de poder que se tejen entre hombres y mujeres generando y justificando desigualdades sexuales; mientras que la segunda, más bien, se centra en la crisis de identidad que atraviesan los hombres como resultado de procesos de cambio. Ambos enfoques teóricos son útiles para explorar la construcción de las masculinidades (Hernández, 2012), sin embargo, en esta investigación se retoma la dominación masculina, en relación con las jerarquías expuestas en el discurso del narcotráfico y, por otro lado, la identidad masculina, se entiende en correlación con los cambios generados de acuerdo al contexto histórico, político y económico.

Nelson Minello explica que las primeras corrientes teóricas que exteriorizaron la perspectiva de la masculinidad fueron las funcionalistas, basadas en los roles de género (Parsons), para los años noventa se trataron de clasificar distintas perspectivas de la mano de Clatterbaugh, que daba explicaciones conservadoras basadas en la dominación de los hombres como algo natural. Las profeministas señalaban la masculinidad como parte de una creación social, siendo posible cambiar la situación de dominación (Minello, 2002).

Algunos autores consideran el estudio de la masculinidad en relación con las prácticas y el comportamiento normativo, por ejemplo, Connell (2003) define el concepto de masculinidad como un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres, y las mujeres ocupan un espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y cultura (Connell, 2003). Sí bien el aporte de Connell destaca el papel del género y las acciones, deja de lado el proceso de internalización

psicológico por el que pasan los cuerpos. La aceptación de la masculinidad no es tan sólo una socialización de cierto rol de género, como si preexistiera un ser humano que aprende un rol que luego desempeña el resto de su vida. Mas bien, durante su desarrollo psicológico, adopta e interioriza un conjunto de relaciones sociales basadas en el género (Jiménez, 2003).

Kimmel también menciona el concepto desde un ámbito relacional, la masculinidad y la feminidad son constructos sociales en constante relación, es decir, no se puede estudiar uno en separación con el otro y recalca la existencia de una eterna prueba de hombría, dicho examen comienza a edades muy tempranas, suscritas a la edad y al contexto, no obstante, tienen que probarse frente a los demás. Además, subraya la homofobia como el eterno guardián de la masculinidad, existe una vigilancia en diversos ámbitos por cumplir dichos modelos. “La homofobia es el miedo a que otros hombres nos desenmascaren, nos castren, nos revelen a nosotros mismos y al mundo que no alcanzamos los estándares, que no somos verdaderos hombres. Tenemos temor de permitir que otros hombres vean ese miedo (Kimmel, 1997).

Por su parte, Badinter señala que, ser hombre implica un trabajo, un esfuerzo que amerita pasar pruebas, hacer demostraciones para erigirse como un “hombre verdadero” la masculinidad se construye mediante los mandatos de virilidad, fuerza, poder, heterosexualidad, agresión, valentía, pero sobre todo destaco la violencia. En esta misma línea, Benno de Keijzer señala que existen muchos ritos de transición hacia el *ser hombre* que generan un riesgo para los niños, adolescentes y jóvenes y a veces incluso para otras personas, los hombres aprendimos desde pequeños que la violencia es un atributo que puede definirnos como hombres, características como la agresividad y la competitividad contribuyen a que los hombres incorporen conductas violentas y temerarias, por lo tanto, la masculinidad es un factor de riesgo (De Keijzer, 1998)

A partir de lo dicho hasta el momento, las ideologías dominantes de la masculinidad se basan en pruebas de hombría para probarse frente a otros como fuertes, valientes, sin temor, sumado a la heterosexualidad como institución primordial de ser hombre, y subrayo la violencia, en este sentido, Kaufman habla de la tríada de la violencia, exteriorizada cuando los hombres la

ejercen hacia las mujeres, hacia otros hombres, pero también sobre sí mismos, fundada en estructuras de dominación y control, podríamos cuestionar ¿qué implica la estructuración de la masculinidad?, Kaufman responde, diciendo que “la estructuración de la masculinidad involucra la estructuración de una agresividad excedente. El contexto de esta tríada de violencia es la institucionalización de la violencia en el manejo de la mayoría de los aspectos de la vida social económica y política” (Kaufman, 1989), se entiende entonces, que la violencia es otro comportamiento a seguir por parte de la masculinidad, es una adquisición genérica, un atributo relacionado con los hombres, incluso cuando una mujer ejerce violencia sobre otros, tendemos a decir “ya se masculinizo”, porque dichas prácticas parecen estar sujetos al género masculino y es considerada relacional solo con un tipo de cuerpo (genitalidad).

¿Qué significa ser varón?, ¿la masculinidad es lo que hacen los varones?, ¿qué hacen los varones?, en primera instancia y desde la perspectiva biológica, se espera cierto comportamiento, en relación con eso, se asumen ciertos discursos y prácticas expresados en la socialización con diferentes entornos, estas prácticas aprendidas están basadas en la genitalidad que responde a lo que se debe hacer, se hacen presentes los mandatos de la masculinidad como elementos que componen la construcción social de lo que hacen los hombres, creando una vinculación que parece “natural” entre cuerpo, género y las prácticas aprendidas.

1.7 Yo no conozco el miedo, yo doy la vida por el cártel

Tres elementos son parte sustancial de la formación de cierto tipo de masculinidad en contextos narcoviolentos: 1) los factores económicos de orden neoliberal, 2) las condiciones de orden de género, 3) la construcción simbólica generada alrededor del narcotráfico, esta última cobra una importancia especial debido a la producción de significados y elementos simbólicos que han propiciado una reconfiguración en los esquemas de los adolescentes repercutiendo en la construcción de identidad masculina.

Como se ha señalado, el narcotráfico influye de manera multifactorial en la vida de cada uno de nosotros, esencialmente la producción cultural entorno a la delincuencia organizada transmitida por distintas vías y particularmente con mensajes que expresan la precarización económica relacionada con las demandas de hiperconsumo y obediencia de género

(masculino y femenino) (Valencia y Sepúlveda, 2016) y lo sencillo que es conseguir tales propósitos ha dado como resultado construcciones simbólicas (Geertz, 2003), dando pie a lo que se denomina como cultura del narcotráfico o narcocultura, misma que cuenta con signos, símbolos y significados, y que esta (re)configurando esquemas cognitivos, incorporándolos al capital social y cultural (Valdez, 2018). De la cultura del narcotráfico, se desprenden legitimaciones y deslegitimaciones institucionales, es decir, la narcocultura transforma el patrón conductual y simbólico de la sociedad y edifica un imaginario que pasará a ser la nueva significatividad, hoy “legítima”. De ser la subcultura del narco en resistencia estigmatizada pasó a construir una cultura del narcotráfico legitimadora (Sánchez, 2009).

El término “narcocultura”, es entendido en esta investigación como parte de los comportamientos, normas y códigos sociales entorno a la fabricación, distribución, venta y consumo de drogas ilegales, que generan una producción simbólica que interfiere en la construcción de identidades de adolescentes particularmente varones.

En ese sentido, la narcocultura forma parte de estructuras de significación socialmente establecidas (Geertz, 2003) que interfieren en los modos de vida, maneras de pensar y un modo de ver el mundo. Por lo tanto, la narcocultura entendida como producción de significados y construcciones simbólicas genera ciertas prácticas e imaginarios que recaen en la construcción social del género, por un lado, las mujeres¹⁹, son parte de la exhibición, son objetos y trofeos de la heterosexualidad, los atributos de éstas se basan en la belleza de cuerpos voluptuosos, el consumo se refleja en artículos de moda de firmas exclusivas, uñas largas, tacones, maquillaje y atuendo llamativo (Jiménez, 2014) y por otro lado, la proyección de la masculinidad, donde el cuerpo es usado como herramienta de sobrevivencia y las cualidades se centran en la valentía, arrojo, control y poder, el ejercicio de este último es vertical, bajo los jefes están sus valientes sicarios, halcones, mulas, etc. Muchos de ellos viven bajo la pobreza, el olvido de instituciones, el desempleo y la exclusión del sistema escolar y económico. Pero también participan los de la clase media y alta (narcojuniors) que

¹⁹ Dentro de esta construcción de subjetividades se puede distinguir a dos tipos de mujeres; las primeras llamadas “mujer del narco”, incluyen esposas, hijas y otros miembros de la familia. Son las que mantienen la belleza, el lujo, tienen acceso a estudios y también al poder por pertenecer a la estirpe narco, lo que les propicia una suerte de “legitimidad” frente a otras que buscan pertenecer a este mundo. Por otro lado, están las “buchonas”, son mujeres que ingresan también por su belleza caracterizadas por sus cirugías o modificaciones corporales y que acceden al mundo narco a través de la relación con hombres, están dispuestas a ser sus acompañantes, algunas pueden mostrarse embevecidas, incluso algunas armadas. (Jiménez, 2014).

buscan adrenalina, dinero, poder y pertenencia a un grupo poderoso desde un puesto más alto (Valdez, 2011 citado en Jiménez, 2014)

La narcocultura se expresa y reproduce en numerosos productos culturales que se reciben y consumen en todo el país (Jiménez, 2014), desde el cine, la música, los medios masivos de comunicación, la literatura, el arte, incluyendo las redes sociales, han forjado un personaje: el “narcotraficante” mismo que encontró un lugar para consolidarse como un sujeto exitoso, mostrando una imagen de hombre con un capital económico exacerbado, de apariencia viril y con poder, lo que le permite mantenerse fuera de la ley y vivir en aparente tranquilidad. Esta imagen, creada por la narcocultura y difundida en diferentes medios, en apariencia es aceptada por los jóvenes y también puede influir en diversos ámbitos de su vida cotidiana (Reyes, Larrañaga y Valencia, 2015).

Es necesario señalar que la narcocultura ha generado construcciones hegemónicas para hombres y mujeres, especialmente, en la proyección masculina se ha generado un tipo de hombre particular en relación con cada contexto histórico y social, por ejemplo, en los años treinta en nuestro país, el tráfico de drogas ilegales formaba parte de las actividades de la clase política, en ese sentido, no existía una imagen clara del traficante, sin embargo, en los medios de comunicación se creó la imagen de los “gomeros”, como se denominaba exclusivamente a los sujetos que se dedicaban al cultivo de la amapola y al tráfico de la goma de opio, ser gomero era sinónimo de dedicarse a un negocio inmoral, funesto, nocivo y mortal (Astorga, 1995). Según el discurso gubernamental de aquel momento junto con las notas periodísticas propagadas, se lanzó una “efectiva campaña contra los gomeros”, creando ciertas categorías de percepción sobre los agricultores de amapola que caía en la negatividad, por lo tanto, la masculinidad proyectada en estos años y relacionada con el ámbito de las drogas ilegales proyectaba un hombre deshonesto, perjudicial para la población, los valores que emanaban de dichas construcciones simbólicas no eran tan fuertes y tan apreciados.

Por su parte, en los años cincuenta y sesenta, la palabra “narcotraficante” y su empleo se vuelven más frecuentes y tenderán a integrar la totalidad de la gran variedad de significantes relacionados con los diversos agentes sociales con la producción, cultivo, consumo de tráfico de fármacos prohibidos (Astorga, 2016). La figura del varón que se desarrolla en estas actividades comienza a tener visualización y la construcción de una imagen concreta del

sujeto se vuelve parte de los discursos políticos, medios de comunicación, ya sea por personajes como Rafael Caro Quintero, Héctor Beltrán Leyva, los hermanos Arellano Félix, mismos que generaban cargas simbólicas y modelos de masculinidad, representaban a sujetos con dinero, poder, estatus social y fueron aceptados y legitimados dentro de la población, debido a las obras sociales que realizaban en zonas serranas, empezaron a ser percibidos como benefactores de la comunidad (Reyes, Larrañaga y Valencia, 2015).

Las historias pronunciadas en los medios de comunicación y expuestas en otros ámbitos sobre el trasiego de droga toman un papel importante, no es sólo el hecho de eludir a las autoridades; el acento está ahora, en cómo y con qué medios, por ejemplo, en los años sesenta se hacía alusión del ocultamiento de droga de maneras diversas, los traficantes utilizan rizadoros para el cabello, ropas de cama, tubos de pasta de dientes, cartuchos de pistola y hasta preservativos (Astorga, 2016). Es decir, ya no sólo es traficar con drogas ilícitas sino resaltar la astucia de traficantes, enfrascados en valores relacionados con una “particular masculinidad”, hombres aventureros, leales, sin miedos, fuertes, bondadosos y listos para enfrentar cualquier adversidad. La masculinidad heroica es la que resalta en estos años, los valores de gallardía, valor de la palabra, valentía, amor desinteresado (hasta el sacrificio) por la comunidad y honor, dan pie, a una cultura popular con modelos de la masculinidad heroica, los que luchaban por la justicia y la paz (Núñez, 2017).

En los años ochenta y noventa, el negocio del tráfico de drogas ilícitas adquiere tales proporciones y tanta visibilidad que es ya prácticamente imposible que grandes grupos sociales no se den cuenta de las relaciones indisolubles más documentadas entre las corporaciones policiacas y los traficantes (Astorga, 2016), el papel del “narcotraficante” comienza a exponer valores mucho más personales (ya no sólo el tráfico de drogas) la representación de los logros debido 1) a las riquezas, residencias, ropa de marca, joyas, autos, 2) el poder sobre otros, capacidad de mandar y de matar, 3) fama y admiración de amigos o seguidores, 4) placeres: vino, cerveza, mujeres (Núñez, 2017), 5) legitimación social. Hablamos de la existencia de una masculinidad guerrera, donde se exaltan valores como el honor, valentía bajo lógicas mucho más personales y el señalamiento de la heterosexualidad como regla de orden dentro de dominio masculino. Además de priorizar la capacidad de

matar, también se reivindica el logro económico, la autoridad, los placeres, y que, se muestra arrogante, hedonista, fatalista y nihilista (Núñez, 2017).

En consecuencia y sí recapitulamos la historia descrita hasta este momento, desde los años treinta hasta los años noventa, la formación de modelos de *ser hombre* se han ido modificando de acuerdo al contexto histórico, político, económico y social ligado a los discursos pronunciados por diferentes medios y formas, en un primer momento hablamos de sujetos “gomeros” caracterizados por valores negativos, seguido de sujetos producto de una masculinidad heroica y la importancia del trasiego de drogas son esenciales, finalmente una masculinidad guerrera, donde se puntualiza más a la persona, al “narcotraficante” en relación con la autoridad y lo económico. (véase cuadro I)



A lo largo de estos años, es imprescindible resaltar que las sustancias ilícitas siempre han tenido una relación con el poder estatal, nunca han estado dissociados, en un primer momento parece haber existido una cierta indiferencia o tolerancia hacia los cultivadores y traficantes, posteriormente la alta rentabilidad del negocio y el alto grado de impunidad parecen haber liberado ciertas disposiciones éticas de algunos grupos dentro de las corporaciones coactivas

y de los círculos de gobierno (Astorga, 2016), y que en cierta medida han transformado los discursos sobre el tema y la visualización del predominio masculino.

La existencia de un universo simbólico alrededor del narcotráfico a través de la historia está presente, expuesta por diferentes medios de comunicación, y actualmente redes sociales y series de televisión, dando pie a un sinnúmero de comportamientos, formas de hablar, códigos, normas y significados apoderándose del imaginario colectivo de gran parte de la población en México (Berger y Luckmann, 2003 citado en Sánchez, 2008). En ese sentido, la narcocultura se caracteriza por exaltar un estilo de vida marcado por el derroche, la trasgresión, corrupción e impunidad en un contexto circunscrito por la violencia, drogas y armas. En el imaginario social, estos elementos se combinan con lujos excéntricos como enormes mansiones, fajos de billetes, fiestas exorbitantes, carros y celulares de lujo, alhajas llamativas y el consumo desenfrenado de alcohol y otras drogas. La promesa para quien ingresa a este mundo es la obtención de placeres rápidos, momentáneos, a base de poco esfuerzo, a sabiendas de que la expectativa de vida se reduce de forma drástica (Jiménez, 2014).

La narcocultura es un espacio de producción de significados, que busca dotar de orden o de sentido para guiar cierto tipo de acciones de acuerdo con el contexto histórico y social, en un proceso mediante el cual se construye y reconstruyen identidades (Jiménez, 2014).

Dicho lo anterior y de acuerdo con Geertz, la cultura es pública porque la significación lo es, en ese sentido, la cultura consiste en estructuras de significación socialmente establecidas en virtud de las cuales la gente hace cosas (Geertz, 2003), las acciones de las personas tienen significados. Según Giménez, la cultura es la organización social de significados, interiorizados de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas y objetivados en forma simbólica, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados (Giménez, 2007). Siguiendo con las reflexiones de este mismo autor, menciona la cultura como una dimensión analítica un tanto autónoma de acuerdo a los procesos simbólicos de la sociedad y representada en mundos concretos, es decir, la existencia de ámbitos específicos y delimitados de creencias. En ese sentido hablamos de “las culturas” en plural y una cultura (*yo pondría de ejemplo la cultura*

del narcotráfico) se contraponen a otras culturas (Giménez, 2007,30). En otras palabras, la cultura es organización social de significados mismos que son interiorizados y objetivados, la narcocultura entonces, cumple una función similar, orienta la acción de las personas y funciona como guía de comportamiento de acuerdo al contexto histórico específico, por eso, la narcocultura es un entramado de significaciones, donde el tráfico de drogas es el centro que desprende una “telaraña de significados”, hay estructuras de significación socialmente establecidas, relacionados con el poder, construcciones simbólicas y elementos simbólicos.

¿Cuáles son las construcciones simbólicas en la narcocultura? Antes de responder dicho cuestionamiento, es necesario definir a qué me refiero cuando hablo de simbólico, primeramente, es el mundo de las representaciones (acciones, acontecimientos, artefactos). Dice Giménez, todo puede servir como soporte simbólico de significados culturales entre ellos los modos de comportamiento, las prácticas sociales, los usos y costumbres, la organización del espacio (Giménez, 2007), por lo tanto, recubre un conjunto de procesos sociales, lo simbólico en la narcocultura es todo aquello que se representa a través del imaginario colectivo, por ejemplo, vidas de lujos, riqueza, poder, estatus social y económico, reconocimiento de otros, temeridad, etc. Es necesario considerar que los símbolos también son modelos y/o representaciones que orientan las acciones de otros, en ese sentido, la narcocultura es parte de un sistema de articulación de prácticas de sentidos (Geertz, 2003).

Por su parte, Thompson y su concepción estructural de la cultura, es de utilidad para desentrañar las formas simbólicas de la narcocultura, este autor enfatiza tanto en el carácter simbólico de los fenómenos culturales como el hecho de que tales fenómenos se inserten en contextos sociales estructurados, por lo tanto, el análisis cultural se refiere al estudio de las formas simbólicas, es decir, las acciones, los objetos y las expresiones significativas de diversos tipos, en relación con los contextos y procesos históricamente específicos y estructurados socialmente, en los cuales se producen, transmiten y reciben tales formas simbólicas. Los fenómenos culturales pueden entenderse como formas simbólicas en contextos estructurados, donde hay relaciones asimétricas de poder, campos de interacción y valoración de formas simbólicas. (Thompson, 2002). El análisis sobre las formas simbólicas en la narcocultura está ligado a la música, la religión, las acciones impresas en medios masivos de comunicación, la literatura, el cine, las narco novelas forman una relación directa

entre lo cotidiano y el espectáculo, estas formas simbólicas promueven cierto tipo de ideas, valores, opiniones relacionadas con los rasgos estructurales y con los contextos y procesos estructurados socialmente (escenarios, campos de interacción, instituciones sociales). Incluso, Thompson subraya que los individuos y su sentido activo y creador, no sólo absorben las formas simbólicas, sino que las transforman basados en sus recursos, reglas y esquemas que están a su disposición, por eso existe una valoración y evaluación de las formas simbólicas, basada en el ejercicio del poder.

La narcocultura con sus constructos y elementos simbólicos se convierte en un puente para trabajar metodológicamente la producción de esos significados y las prácticas cotidianas de ser adolescente y varón, esos símbolos interfieren en la construcción de su identidad. La existencia de formas simbólicas, expresadas mediante la riqueza, el poder, el respeto, valentía y honor se interioriza en el imaginario colectivo e individual de los sujetos, reafirmando expectativas de vida, estas ligadas al mundo de lujos y placeres que sólo el narcotráfico puede dar. Ante ello, hay adolescentes que quieren ser narcos, que aparentan ser narcos, que hablan el lenguaje de los narcos, que imitan a sus artistas favoritos, cargando armas de juguete, cubriéndose el rostro, reflejan los procesos ideológicos que en la práctica se exteriorizan socialmente (Hernández, 2018).

Dicho lo anterior, las acciones de las personas tienen significado y dependen del contexto histórico y social, podemos preguntarnos ¿cómo interviene la narcocultura en las formas de acción de las personas?, mediante la formación de modelos de comportamiento supeditados por el género, que crean esquemas de cognitivos que implican estas prácticas sociales y formas de identificación enroladas en la producción de sentido, lo cual implica afirmar que sobre el tráfico de drogas se han creado sentidos prácticos de vida que distinguen y unifican a quienes participan (Mondaca, 2012).

¿Cuál es la proyección de masculinidad expuesta por la narcocultura? La narcocultura presume una masculinidad hegemónica, consumista, patriarcal y capitalista, expuesta mediante diversos medios con el fin de la idealización y aspiración de convertirse en un hombre exitoso mediante las formas simbólicas, vistas en autos, armas, joyas, ropa, y objetos abstractos como respeto, reconocimiento, valentía que se interiorizan en el sujeto, expresando

algo de manera figurada y poco directa, pero que posibilitan y fortalecen la construcción de identidades e imaginarios colectivos, crean expectativas, idealizan y van caracterizando al sujeto a partir de una práctica cultural (Hernández, 2018).

La narcocultura maneja ciertos discursos públicos y del control sobre toda la sociedad, afectando la mentalidad de las personas, sus conocimientos y hasta sus acciones, puesto que las mentes de la gente son influenciadas sobre todo por lo que se escucha, ve y vive diariamente, la narcocultura puede controlar, al menos indirectamente, las acciones de la gente, tal y como sabemos por la persuasión y la manipulación (Van Dijk, 1999).

1.8 Masculinidades narco

El término *masculinidad narco* lo utilizo para hablar de adolescentes-varones influenciados por la producción cultural y el modelo económico neoliberal que los condiciona a construir sus identidades en relación con estos elementos, creando subjetividades capitalistas pasadas por el filtro de las condiciones culturales y económicamente precarizadas y que son manifestadas en espacios digitales afectando los modos de hacer y pensar de los individuos que las conforman, estas *masculinidades narco* son expuestas en el mundo digital y están caracterizadas por la interacción/conexión de sujetos hetero/patriarcales y hetero/masculino/patriarcales (Núñez y Espinosa, 2017).

La construcción de este concepto no es casual sino es producto de una concepción histórica, sociocultural y económica de la cual se hecho mención en este capítulo, este término tiene tres características esenciales:

1) el género me permite analizar a los sujetos como resultado de su historia y de su contexto mismo que obliga, de cierta manera, a entender la existencia de comportamientos aprendidos socialmente por diferentes ámbitos, entre ellos los discursos y prácticas vistas en la familia, las instituciones y el propio Estado. Y, por otro lado, nos invita a conocer el campo de estudio de la(s) masculinidad(es) principalmente en dejar de ver a los hombres como representantes de la humanidad; hacer visible el género para los hombres considerando que son producto de

y productores de género, a través de la historia y sus relaciones cotidianas con otros hombres y con las mujeres (Hernández, 2012).

2) el contexto económico, el mercado neoliberal ha tenido fuertes repercusiones sociales, dejando a ciertos sectores de la población en una situación caracterizada por la carencia de oportunidades en diferentes niveles, retomo la categoría lumpen para referirme a las personas de una clase social expulsadas o excluidas del sistema económico productivo de su era histórica (Cruz, 2014), en particular los adolescentes buscan participar y sobrevivir dentro de la sociedad.

3) el cambio tecnológico producido a nivel global influye en nuestras formas de relación, particularmente en nuestra sociedad, donde se da especial importancia a las redes de comunicación mismas que introducen nuevos actores y nuevo contenido al proceso de organización social, hecho que da paso a la difuminación entre la vida social y la vida digital formando nuevas sociedades red entre conexión, redes activas, estructuras sociales con nuevos enfoques, todos ceñidos por la tecnología. Rescato el término sociedad red acuñado por Castells que hace referencia a una estructura social compuesta de redes activas por tecnologías digitales de la comunicación, donde la estructura social refiere aquellos acuerdos organizativos humanos en relación con la producción, el consumo, la reproducción, la experiencia y el poder expresados mediante una comunicación significativa codificada por la cultura (Castells, 2009).

Este término me permite un acercamiento a la producción de significados expuesta por la industria cultural y la utilización del método etnográfico como herramienta de análisis para conocer y analizar el conjunto de prácticas desarrolladas alrededor de la narcocultura mediante el ámbito digital. En ese sentido, la existencia de significados en el mundo *online*, me permite conocer de cerca el desarrollo de la *masculinidad narco* en relación con los adolescentes que basan sus interacciones y prácticas sociales en internet y generan significados, sentidos de pertenencia, comunidad e identidad, el uso de Internet es tan real como el propio contacto físico, en este espacio se generan prácticas sociales, sociabilidad,

interacción constante, todo relacionado con el contexto histórico, político, cultural y económico *offline*.

A manera de síntesis, el concepto de *masculinidad narco*, está sustentado por una historia y un contexto económico particular relacionado con la narcocultura y su proyección masculina, asimismo, tiene una base teórica conceptual concerniente con el género y el estudio de los hombres y metodológicamente permite un acercamiento desde la etnografía digital. (véase cuadro II)



Capítulo 2. A mí compa lo conocí por puro Facebook²⁰

La historia de la tecnología no ha conocido jamás un momento más emocionante ni peligroso que el que vivimos hoy.
(Gelernter)

El crimen organizado ha diversificado sus formas de reclutamiento. Las autoridades en Jalisco descubrieron que un cártel publicaba anuncios a través de Facebook donde ofrecía trabajo como escoltas, guardias de seguridad o policías locales. Una vez que las personas eran reclutadas, las llevaban al municipio de Tala, ubicado a una hora de Guadalajara, donde los entrenaban para ser sicarios.²¹

Periódico El país

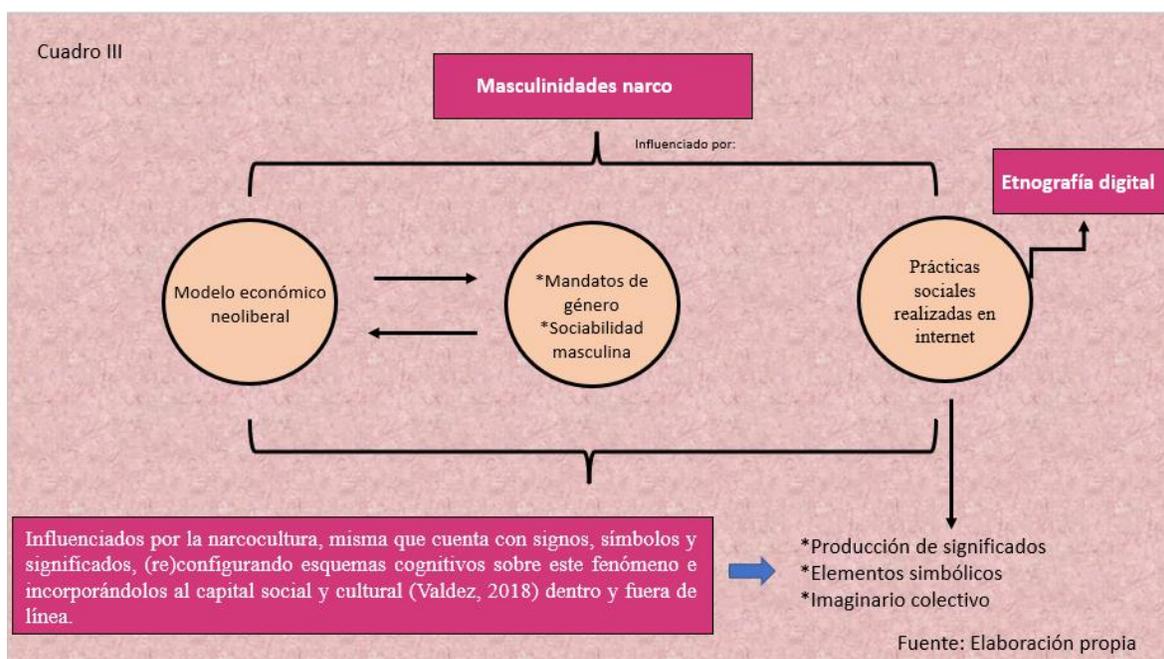
¿Qué papel están jugando las redes sociales en relación con la narcocultura y la construcción de identidad en los adolescentes? Durante la década pasada se desconocía como el crimen organizado podría utilizar las redes sociales a su favor. Actualmente, si un usuario escribe en el buscador de cualquier red social, la palabra “cártel” podrá encontrar vídeos con miles de visitas que hacen referencia al estilo de vida de los narcotraficantes. Los vídeos y/o imágenes de estas redes son producidos por los miembros más jóvenes de las agrupaciones criminales “sicarios ansiosos por mostrar sus botines de guerra”, con el propósito de atraer a los más jóvenes que ven estos vídeos a unirse a las filas del crimen en los puestos más bajos y peligrosos de la organización: sicarios o halcones (González, 2021).

Al final del capítulo anterior, hice mención sobre el concepto de *masculinidad narco* construido con base en el mercado neoliberal existente y por la producción cultural expresada en la narcocultura; ambos elementos originan un proceso de *hacerse hombre* que genera varias aristas, entre ellas, la inmersión en economías subterráneas con la convicción de sobrevivir en espacios de marginalización y por otro lado, la imagen reinante del narcotraficante como aquel hombre lleno de elementos simbólicos, representados mediante riquezas, autos, lujos y que se convierte en un modelo a seguir por ciertos sectores de adolescentes-varones. Ante esto, no quiero dejar de lado, otro elemento de suma importancia

²⁰ El título de este capítulo hace referencia a una de las muchas frases encontrada en el campo etnográfico, sin embargo, los demás subtítulos están relacionados con la metodología usada.

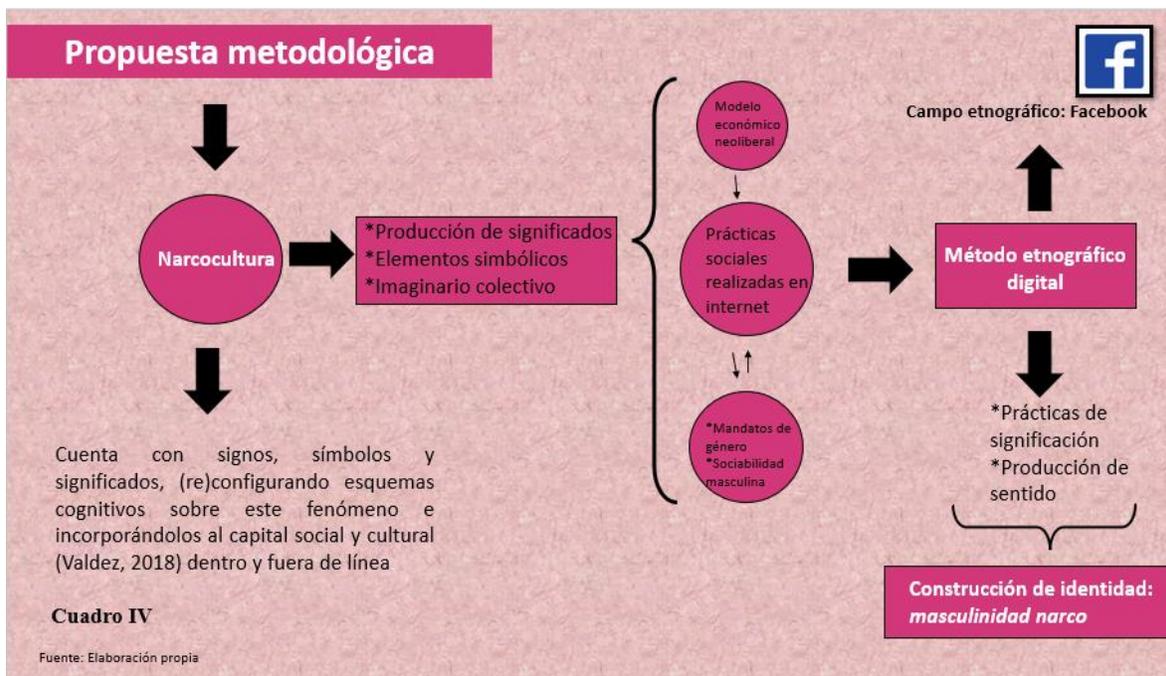
²¹ https://elpais.com/internacional/2017/08/01/mexico/1501540661_553909.html

y que es parte del concepto antes mencionado, el papel del Internet y la conformación en las relaciones sociales entre los adolescentes, en una era altamente digitalizada, donde diversos aparatos salen y entran en las actividades cotidianas (computadoras, videojuegos, teléfonos inteligentes, etc.), y donde las redes sociales se han convertido en recursos fundamentales de expresión e interacción social porque a través de ellas se pueden realizar actividades lúdicas y de entretenimiento, así como llevar a cabo prácticas de socialización, o estar en contacto con personas de diferentes latitudes (Domínguez y López, 2015), por eso es pertinente tomarlo en cuenta. (véase cuadro III)



Señalo que las nuevas tecnologías de la información y la comunicación (TIC) generan nuevas prácticas cotidianas en estos espacios y brindan sentidos de comunidad, pertenencia y sociabilidad, transformado de sobre manera nuestro entorno social, el mundo de la hiperconectividad es posible y lo vivimos todos los días, desde el envío de correos masivos a varias partes del mundo en cuestión de segundos, el uso de Google como primera herramienta para encontrar información, Facebook Instagram y Tik Tok como plataformas de comunicación y distracción de la vida diaria, aplicaciones como WhatsApp y Telegram, elementos vitales para la comunicación instantánea, todas estas formas de conectividad rigen en gran medida nuestras vidas, la falta de alguna de ellas, pareciera que vuelve vacía la interacción con los otros, incluso brinda existencia en el ámbito digital.

Ante ello, el presente capítulo tiene la finalidad de mostrar una estrategia metodológica donde se articula la etnografía digital y la *masculinidad narco*, generada en contextos de violencia relacionada con la narcocultura, con un énfasis en el uso de redes sociales, mediante la explicación de siete puntos que brindan un panorama metodológico en función de mis objetivos, entre ellos: 1) la etnografía digital como método de análisis, 2) Facebook como espacio de sociabilidad, 3) mis primeras inmersiones al campo etnográfico, 4) consideraciones éticas, 5) mis decisiones metodológicas dentro del campo etnográfico, 6) construcción de categorías analíticas y finalmente 7) mis descripciones densas, estos elementos permiten evidenciar que la narcocultura tiene una relación con la construcción de la *masculinidad narco* expresada en prácticas sociales en Internet (centralización en las prácticas). En relación con lo anterior, este capítulo forma parte de mi puente metodológico entre la construcción simbólica expuesta por diversos elementos de la narcocultura y las prácticas cotidianas expresadas en Internet, particularmente en un grupo privado de Facebook, que muestran la producción de significados interiorizados guardados en el imaginario colectivo y que establecen un modelo de masculinidad aspiracional a seguir por parte de los miembros del grupo. (véase cuadro IV)



2.1 Etnografía digital ¿para qué?

A principios del siglo XXI, la política de la Unión Europea se centraba en el lema “Internet para todos”, y ello se tradujo en la apuesta por desarrollar este recurso y las nuevas tecnologías como potenciales espacios e instrumentos para el comercio y las comunicaciones (Alonso Meneses, 2018); en ese sentido, el Internet cobra especial importancia no sólo para actividades legales formales, los delitos también se beneficiarían del potencial de Internet. El universo de las TIC, por tanto, le da cabida a la innovación productiva y legal, así como al crimen organizado y los negocios ilegales (Alonso Meneses, 2018). Situados aquí y remitiendo al contexto mexicano de los últimos años, el narcotráfico es una industria rentable en lo político, económico, social y cultural, influenciando incluso, el espacio digital, presentando videos (musicales, series, programas de televisión), imágenes, noticias, grupos públicos y/o privados²² en redes sociales, concernientes con la cultura del narcotráfico mostrando un conjunto de prácticas, valores, creencias, actitudes y símbolos asociados con los narcotraficantes y adoptados, en mayor o menor medida, por la población (Núñez y Núñez, 2019).

En ese sentido, se visualiza el uso de redes sociales como una herramienta de propaganda del narcotráfico para presentar promesas de riqueza, autos, mujeres, joyas y movilidad social dentro del grupo delictivo. Por medio de estos videos, imágenes y/o textos, dan acceso a un tipo de consumo cultural que influye en la forma en que se crean las identidades y se simbolizan las mismas dentro de la narcocultura, como hacia el exterior de éstas. Se abren nuevos nichos de mercado, para conseguir los elementos que constituyen estas identidades – desde lo material hasta lo simbólico – como parte de un grupo, de una cultura entera (León, 2019). De acuerdo con Alejandra León, hablamos de un *narcomarketing* (León, 2019), entendido como el resultado de las polarizaciones económicas y el bombardeo informativo/publicitario que crea y afianza la identidad hiperconsumista y su contraparte: la cada vez más escasa población con poder adquisitivo que satisfaga el deseo de consumo (Valencia, 2016 citado en León, 2019), sumando la violencia como forma de socialización

²² La gestión de la privacidad hace referencia a las opciones de configuración que hacen los usuarios en Facebook y otras redes sociales para controlar la información que quieren mostrar, ya sea en el perfil personal o en la creación de grupos (Chamarro, Bertran, Obersut y Torres, 2016).

en los varones, creando un nexo entre adolescentes varones, violencia y su expresión en redes sociales. No me refiero a cualquier tipo de violencia, en este caso, me centro en la violencia expuesta por la narcocultura. Finalmente, es importante considerar el Internet como una tecnología que ha revolucionado los contenidos alojados en la red, dando pie, a la apropiación, producción, circulación, exposición y consolidación de espacios donde se socializa y se dialogan aspectos trascendentales de las trayectorias de vida de los usuarios (Montoya y Pérez, 2020) relacionados con el contexto social, económico y cultural. La delincuencia organizada hace uso de la tecnología para otorgar mayores facilidades de comunicación, lo que se traduce en la mejora de la distribución, no solo de productos que están en el mercado ilegal (Reinserta, s/f), también en la demostración de cierto tipo de valores y actitudes.

La construcción de identidades dentro del narcotráfico se va forjando, creando y expandiendo por el papel de los adolescentes en su mayoría varones que buscan formas de entrar a ese imaginario colectivo presentado por la industria cultural y la forma más próxima (sí es que no tienen un familiar que los adentre a este tipo de actividades) es el uso de redes sociales; por eso llamo *masculinidad narco* al resultado de una institucionalización de la narcocultura, como constituyente de un universo simbólico (re)creador de visiones de mundo, lo cual se explica a partir de las prácticas que los actores involucrados en el tráfico ilegal de drogas evidenciaron a su arribo a las ciudades. Ahí fueron apropiándose de los espacios de la misma haciendo vínculos con otros actores (Mondaca, 2018); estos espacios no sólo son geográficos, incluyen espacios en función de conexiones digitales.

La narcocultura se apropió de Internet y particularmente de muchas plataformas, proporcionando dimensiones simbólicas que crearon expectativas de vida caracterizadas por el éxito, poder y/o consumo, mediante imágenes, videos, relatos expuestos en series televisivas, sobre todo, redes sociales, está última por su función como medio masivo de información y comunicación a la vez que funge como espacio urbano que contiene sociabilidades particulares (Gutiérrez, 2016).

La *masculinidad narco* es expresada por medio de prácticas²³ sociales generadas dentro del espacio *online*; en ese sentido, el Internet es un lugar para el análisis de dichas acciones y en este contexto, el método etnográfico se ha posicionado como una opción metodológica importante para la producción de categorías y datos²⁴ que me permitan explicar otras maneras de estar juntos a partir de mediaciones tecnológicas (Bárceñas y Preza, 2019).

Inicialmente, la etnografía tradicional, según Nancy Scheper-Hughes y Philippe Bourgois, se mantenía al margen de ciertos discursos colonialistas y/o posturas occidentales que perpetuaban investigaciones ahistóricas del “otro” comprendido como exótico, con cierta precisión descriptiva, registro de símbolos, lecturas de parentesco, pero con restos de un vacío etnográfico (Scheper-Hughes y Bourgois, 2004). En este sentido, los cambios producidos a nivel global, desde transformaciones económicas, políticas, culturales y sobre todo tecnológicas han generado nuevos acercamientos al estudio de poblaciones, con técnicas etnográficas renovadas que tienen el objetivo de estudiar las prácticas sociales generadas en espacios diversos con un avance del método etnográfico, por su parte, la historiadora y etnógrafa Joanne Rappaport recoge una serie de apreciaciones que dejan ver el poder del diálogo y la conversación entre los investigadores e interlocutores como el verdadero locus del método etnográfico actual (Tapias y Pérez, 2020), en ese sentido, y de acuerdo con Geertz, conversar con los interlocutores es una cuestión bastante difícil, pero se trata de recudir el enigma, de saber si la descripción distingue los guiños de los tics y los guiños verdades de los guiños fingidos (Geertz, 2003), es decir, no sólo se trata de describir prácticas sino de conocer los significados, la inmersión etnográfica por Internet puede producir una descripción densa y segura, que no sólo diga qué es el guiño sino también qué hace, socialmente hablando (Hine, 2015). Es decir, permite un acercamiento a las prácticas sociales en estos espacios y el análisis de sus significados, relacionados con conexiones, nodos y sistemas red; un punto trascendental para el uso de la etnografía digital, es la validación de

²³ La “práctica” (praxis) en singular representa simplemente un término enfático para describir el conjunto de la acción humana. “Prácticas” es el sentido de la teoría de las prácticas sociales, sin embargo, es otra cosa. Una práctica es un tipo de comportamiento rutinario que consta de varios elementos, interconectados entre sí: formas de actividades corporales, formas de actividad mentales, “cosas” y su uso, un conocimiento de fondo en forma de comprensión, un saber cómo, estado de emoción. (Reckwitz, 2002, citado en González, Luna y Gutiérrez, 2021)

²⁴ Un tratamiento etnográfico de los datos puede permitir un enfoque sobre qué formas comunes de expresión y estructuras de significado se encuentran dentro de este grupo privado en Facebook, además, de que los datos disponibles en línea a menudo son más francos y desinhibidos que los recabados por otros medios (Hine, 2015).

otra forma de investigación que permite el acceso a ciertas cosmovisiones relacionadas con el narcotráfico y los adolescentes y que suelen ser de difícil acceso.

Christine Hine (2015), recupera la etnografía digital como parte de la tecnología usada en la vida cotidiana, y que desarrolla estrategias diferentes a las interacciones cara a cara, entre ellas, los campos de investigación comprendidos más allá de espacios estáticos, es decir, ahora están mediados por conexiones y tiempos no cronológicos, sumado a la importancia de las prácticas dentro de estos y que tienen significados, por lo tanto, es el estudio de “lo que la gente hace” con la tecnología y, una vez que interpretamos el ciberespacio como un lugar en el que se actúa, podemos empezar a estudiar exactamente qué se hace, por qué y en qué términos (Hine, 2004), en esta línea Geertz (2003) señala que la conducta humana es vista como acción simbólica, los actos, acciones y prácticas son signos que evidencian parte de una realidad construida socialmente (Berger y Luckmann, 1968) en espacios *online*. En ese sentido, la etnografía digital ofrece un análisis de datos-conexiones-usuarios y permite explorar las ramificaciones del significado, y ofrece un correctivo importante a la tendencia a tratar los patrones identificados en los datos como reflejos directos de la realidad e imperativos de la acción (Hine, 2015).

¿Por qué hablar de etnografía digital y no en una etnografía virtual? La etnografía digital constituye un método interdisciplinario que retoma enfoques y perspectivas de las prácticas sociales de al menos tres disciplinas, la comunicación, la antropología y las ciencias de la computación. Desde esta perspectiva, es comprensible que la etnografía digital dialogue con marcos teóricos que también se construyen desde una mirada interdisciplinaria para explicar la complejidad de las prácticas y las culturas digitales (Bárcenas y Preza, 2019), en ese sentido, la etnografía digital abre paso al conocimiento de la sociabilidad humana mediada por conexiones realizadas por Internet, la apreciación de nuevas prácticas realizadas entre etnógrafos y población en general. Mientras tanto, la etnografía virtual funciona como un módulo que problematiza el uso de Internet. El estatus de la red como forma de comunicación, como objeto dentro de la vida de las personas y como lugar de establecimiento de comunidades, pervive a través de los usos, interpretados y reinterpretados (Hine, 2004), en este marco, el término virtual deja de lado las prácticas dentro del Internet, los sentidos de pertenencia o comunidad que puedan generarse, a este respecto, rescato que no sólo es el uso

del internet y/o tecnología por sí mismo, sino los actos de las personas y sus significaciones alrededor de los usos en la vida cotidiana.

Podemos hablar de una transición de la etnografía virtual (ponía en duda la existencia de prácticas sociales en Internet) a la etnografía digital (en al que se reconoce que tanto la dimensión *online* como la *offline* construyen una misma realidad) (Bárceñas, 2019), misma que permite centralizar nuestra atención en las prácticas de la vida cotidiana dentro de espacios digitales, Gómez Cruz y Ardèvol, lo llaman teoría de la práctica, tiene el objetivo de comprender la conectividad y el uso de tecnologías mediante un marco teórico que puede unir la relación entre tecnologías y las prácticas que tienen cierta regularidad digital, formando una coalición entre la teoría y los datos proporcionados por las plataformas (Gómez Cruz y Ardèvol, 2013). Las prácticas pueden ser consideradas como entidades reconocibles a través del tiempo y el espacio, y, por lo tanto, presuponen cierto grado de regularidad y repetición que se puede observar y analizar etnográficamente. Por lo tanto, la teoría de la práctica podría convertirse en un puente entre la conceptualización teórica y los datos empíricos, es decir, comprender etnográficamente, lo que la gente dice y hace (Gómez Cruz y Ardèvol, 2013).

En relación con lo anterior, la etnografía digital, contrario a lo que podría pensarse, no es (solamente) una etnografía *online*, sino una forma de hacer investigación que cuestiona, incorpora y se pregunta sobre el rol de lo digital (Gómez Cruz, 2018) en las prácticas rutinarias de las personas; por lo tanto, podemos hablar de una relación entre lo tecnológico y lo social, entre la construcción de tecnologías y prácticas cotidianas (Gómez Cruz, 2006).

¿Por qué hablar de prácticas sociales dentro del ámbito digital? Luciano Floridi (2006), llama *Infoesfera* al conjunto global de la información en donde se producen las diferentes interacciones entre los usuarios. Estas interacciones están produciendo nuevos valores en la sociedad, por lo tanto, se habla de prácticas a la luz de los valores propios de la *Infoesfera* (Pérez, 2020), por ejemplo, nuevas maneras de socializar, de pertenecer y expresar por medio de espacios digitales, no sólo es la computadora, sino las relaciones gestadas y los significados generados en estos espacios producto de acciones rutinarias culturales para hablar de sí mismos y de sus contextos sociales (Moreno, 2020).

Por lo tanto, el método etnográfico digital permite, por un lado, la construcción de un panorama metodológico en función de la construcción del campo en espacios digitales, asimismo el uso de herramientas como la observación, que, en mi caso, permitió la elaboración de notas de campo, guías de observación, el registro de descripciones densas y análisis de las prácticas de las personas a través del contenido compartido y los diálogos generados, formando estructuras de significación. En esta misma línea, Bruno Latour, expone la Teoría del Actor Red (TAR) de la cual destaco tres elementos que ayudan a la comprensión de la sociabilidad dentro de un espacio digital, por un lado, los objetos entendidos como la tecnología, por otro, la acción en relación con dicha tecnología que genera prácticas *online* que tienen significaciones y finalmente la capacidad de agencia inmersa en las personas que usan estos espacios.

- 1) Los objetos como elemento primordial de la interacción entre actor-práctica, estos no son sólo intermediarios pasivos de estas relaciones, sino con frecuencia son mediadores activos, es decir, con el potencial para transformar, como ocurre en la actualidad con la comunicación a través de las redes sociales (Pozas, 2018), destacando que no es el objeto en sí mismo, sino las prácticas relacionadas alrededor de estos.
- 2) La acción relacionada con objetos, se les considera como prácticas, es decir, como cursos de acción estabilizados, como rutinas colectivas dirigidas a producir algo, a lograr un efecto sobre el mundo (Pozas, 2018), se trata, cómo diría Geertz de una estructura de significaciones basada en lo que las personas hacen de manera continua.
- 3) Existe una relación recíproca entre usuario, tecnología y acción, el primero tiene una capacidad de agencia, se apropia, produce y reproduce contenido, impactando de distintas maneras no sólo su vida, sino la de otros usuarios.

Al respecto, Latour habla de una sociología de las asociaciones entre las personas, su entorno y la tecnología, porque justamente la sociedad es la consecuencia de las asociaciones, remarcando la capacidad de agencia de los propios actores. De acuerdo con la Teoría del Actor Red (TAR), hay que seguir a los actores mismos, es decir, tratar de ponerse al día con sus innovaciones, para aprender de ellas en qué se ha convertido la existencia colectiva en

manos de sus actores, qué métodos han elaborado para hacer que todo encaje, sobresaliendo las conexiones que se forman y que producen formas de acción. (Latour, 2008).

Es necesario entender las prácticas de los usuarios como acciones cíclicas que pueden llevar hábitos, costumbres que construyen acciones y significaciones, ambas constituyen un vínculo entre el individuo y la sociedad, en ese sentido, la perspectiva de la etnografía digital asume una dimensión en línea (online) como fuera de línea (offline)²⁵ están integradas en el entramado de diversas prácticas sociales, es decir, existe un *continuum online-offline*, porque ambos espacios se traslapan y se constituyen mutuamente, por lo cual es poco útil seguir distinguiéndolos (Morduchowicz, 2012, Linne, 2016 citado por Pérez, 2020). Mantener esta perspectiva es fundamental aun cuando las técnicas de investigación y el trabajo de campo se realicen únicamente en línea (Bárcenas y Preza, 2019).

Finalmente, Hine señala que el Internet se puede explorar desde dos puntos de vista teóricos: Internet como cultura e Internet como artefacto cultural, en el primero se concibe Internet como un espacio en el que los actores sociales producen y reproducen cultura, relacionada con Internet en sí como con sus temas de interés; el segundo, es el mundo offline, es decir, los escenarios cotidianos en los que los actores sociales sitúan y despliegan los discursos, objetivos y prácticas (Caliandro, 2017), por lo tanto, es necesario conocer como interfiere el Internet en nuestras prácticas, interacciones y sociabilidad, ya que nos apropiamos de estos espacios, vivimos, transitamos y nos transformamos con ellos (Gutiérrez, 2016), puntualizando, la relación entre tecnología, vida cotidiana y estructuras de significado que dan como resultados prácticas sociales.

2.2 Facebook como espacio de sociabilidad

Debido a los ya mencionados cambios tecnológicos, Castells explica la importancia de estas redes de comunicación, mismas que introducen nuevos actores y nuevo contenido al proceso de organización social, formando nuevas sociedades red, en este caso, las redes sociales basadas en conexiones, redes activas, y estructuras sociales, estas últimas entendidas como acuerdos organizativos humanos en relación con la producción, el consumo, la reproducción,

²⁵ Luciano Floridi (2015) en su libro *The onlife manifest being human in a hyperconnected era*, señala que nuestra era se encuentra hiperconectada y se caracteriza por la difuminación entre lo real y lo virtual, así como lo *online* de offline, ya que en los actos cotidianos los sujetos entremezclan estas dimensiones.

la experiencia y el poder expresados mediante una comunicación significativa codificada por la cultura (Castells, 2006), cada actividad humana está organizada en redes globales, ya sea el mercado, ciencia, la tecnología y las propias redes sociodigitales.

Los cambios en la informática fueron el elemento sustancial para la interacción entre usuarios, principalmente con la llegada de la web 2.0 en el año 2000, que propició una forma de conexión que permitió otro tipo de correlación, en ese sentido, las redes sociales generadas desde y por Internet, establecen relaciones entre los individuos y las redes personales se convierten en lo más importante, por eso, cuando hablamos de las redes sociales basadas en Internet nos referimos a un genuino fenómeno social. El deseo de compartir experiencias y la necesidad de pertenencia al grupo provocan esta actividad colectiva. Ponce, señala que las redes sociodigitales son el medio para crear y construir la identidad personal, ya que están compuestas por grupos de personas que comparten intereses en común, tienen lugar encuentros sociales. No sólo nos relacionamos y compartimos con los otros, sino que, además, exponemos abiertamente y en tiempo real nuestro gustos y tendencias, expresando la propia identidad (Ponce, 2012).

En esta misma línea, García subraya que en el espacio digital afloran sentimientos de pertenencia e identidad, se pueden satisfacer las necesidades de expresarse, compartir e interpretar un hecho concreto en relación a un grupo. Allí donde los usuarios puedan expresarse, compartir, encontrarse y socializarse será donde surja su identidad como grupo entorno a una temática concreta (García, 2010 citado en Gallego, 2016). Es por eso que, las redes sociodigitales forman parte de un sistema abierto y en construcción permanente que involucra a conjuntos de personas que se identifican con las mismas necesidades y problemáticas y que se organizan para potenciar sus recursos. Las redes sociales permiten socializar colectivos articulándolos en proyectos comunes y creando espacios interactivos compartidos (García, 2010).

La creación y desarrollo de identidades dentro de las redes sociales es factible por la producción de prácticas sociales que están permeadas de significado en relación con el contexto social, en ese sentido, elegí como red social de análisis Facebook, primero por ser

una de las redes sociodigitales más usadas en México, segundo porque los tipos de relaciones generadas, me permiten un acercamiento con los interlocutores de la investigación sin necesariamente tener que ser parte de la red de amigos. Por otro lado, la creación de grupos en este espacio con temáticas sobre la narcocultura, me ha permitido conocer de cerca la proyección de la *masculinidad narco* en campos digitales.

Por su parte, la Asociación de Internet en México y de *We Are Social* (agencia global en gestión de redes sociales) presentan un informe anual sobre el comportamiento de los usuarios en relación con el Internet, pero específicamente en redes sociales, tomando especial importancia en la relación entre adolescentes y redes sociales como medio de socialización, desarrollo de identidades e incluso de la creación de comunidades adolescentes en espacios digitales, muestran lo siguiente:

Según datos de la Asociación de Internet en México (2021), existen 84.1 millones de internautas en México, lo que representa 72% de la población de seis años o más. El 28.2% de los usuarios de Internet, reportaron conectarse todo el día, y la mitad de ellos, dijo están conectados entre 16-21 horas a través del celular, principal dispositivo para el uso de redes sociales (86.8%) con un porcentaje muy alto, sobre otras actividades, como: enviar/recibir mensajes instantáneos, búsqueda de información, ver películas o series, comprar en línea, etc. La edad del internauta mexicano prolifera entre los 25-34 años (20.2%), sin embargo, la edad entre los 12 a 17 años (14%), muestra un aumento en el uso de redes sociales por adolescentes. La masificación de teléfonos inteligentes y baja en tarifas de banda ancha móvil ha contribuido al aumento en penetración en segmentos de edad de menos de 11 años (Asociación de Internet en México, 2021).

	Top of Mind (Primera Mención)	Share of Mind (Resto de Menciones)	Asistida
Acceder a Redes Sociales	66.1%	77.0%	86.8%
Mensajería instantánea	26.5%	71.7%	83.9%
Enviar y recibir mails	17.8%	36.1%	53.4%
Ver películas/series	15.3%	23.8%	68.2%
Escuchar música/radio	15.1%	23.5%	68.6%
Utilizar mapas	8.8%	15.3%	47.5%
Videoconferencias	7.1%	8.8%	26.6%
Leer/ver contenido relevante	6.3%	7.2%	20.2%
Cursos en línea	6.0%	7.0%	24.8%
Realizar trámites	6.0%	6.9%	25.3%
Crear contenido en páginas	5.1%	8.1%	29.4%
Solicitar transporte	3.4%	4.0%	18.3%
Operaciones bancarias	3.2%	3.4%	16.0%
Comprar bienes en línea	2.6%	3.1%	20.4%

Fuente: Asociación de Internet en México, 2021

Por su parte, *We Are Social*, agencia en gestión de redes sociales, señala que Facebook forma parte de las preferencias de los internautas en México, sumando a que el 92.3 % de mayores de 13 años tienen una cuenta en Facebook. Ahora bien, considerando los resultados emitidos por la Asociación de Internet y por la agencia *We Are Social* se evidencia, no sólo el aumento en la población adolescente sino las horas que pasan en internet y específicamente en redes sociales.



Fuente: We Are Social (2021). *Digital 2021 México*

En Facebook, no sólo se busca contactar con amigos y/o familiares sino con otro tipo de personas que comparten intereses, gustos y aficiones en distintas partes del mundo. De acuerdo con José Van Dijck, en su libro *La cultura de la conectividad. Una historia crítica de las redes sociales*, actualmente, este conjunto de plataformas influye en la interacción humana tanto en el nivel individual como en el comunitario, al tiempo que los mundos *online* y *offline* se muestran cada vez más interpenetrados (Van Dijck, 2016). Compartir fotos de las vacaciones familiares, videos, transmisiones en vivo, forman interacciones sociales con los amigos, pero también entre desconocidos, considerando los algoritmos o sistemas automatizados que van sugiriendo personas que pueden ser afines, es válido entender a las redes sociodigitales como sistemas que facilitan o potencian, dentro de la web, *redes humanas*; es decir, entramados de personas que promueven la interconexión como un valor social. Las ideas, valores y gustos de los individuos son contagiosos, y se esparcen a través de las redes humanas; sin embargo, estas también afectan los modos de hacer y pensar de los individuos que las conforman (Christakis y Fowler, 2009 en Van Dijck, 2016).

Dicho lo anterior, Facebook se ve implicado en la formación de la identidad personal ya que ésta se construye por medio de actos y la manera de relacionarse con el mundo externo y con los demás. Si la identidad se cimienta socialmente a lo largo de la vida cotidiana y en relación con el género, el uso de la red social y sus influencias dentro de la vida social, serán un elemento a considerar dentro de la formación del individuo (Aspini, Sada y Shabot, 2012).

De acuerdo con Sara Gallego, la identidad dentro del mundo *online* comparte muchas aristas con la identidad construida *offline*, por un lado, es esencialmente social, ya que el usuario proyecta una cierta personalidad en la red, elemento que lo reconoce y caracteriza frente a otros; es subjetiva, tanto la percepción del “yo” como del “nosotros” están basadas en la experiencia que personas diferentes construyen y que les permiten reconocerse y, un último elemento a considerar es su dinamismo, ya que se encuentran en cambio y modificación permanente (Gallego, 2016). Culturalmente estas identidades van generando cierto tipo de prácticas particulares dentro del ámbito digital e incorporan al usuario en una colectividad, formando un sentido de pertenencia. Por consiguiente, Facebook es un espacio cotidiano, donde interactúan personas que habitan entornos urbanos y que construyen una identidad con

ciertos referentes culturales, simbólicos, genéricos, mismos que utiliza el usuario para acomodar sus perfiles y conductas dentro del mundo digital y serán los encargados de generar vínculos dentro de un grupo social (Gallego, 2016).

2.3 Mis primeras inmersiones al campo etnográfico

A partir de las explicaciones sobre el uso de internet y las prácticas sociales generadas en estos espacios, hago al lector parte de mis primeros acercamientos dentro de Facebook, en primer lugar, hice un estudio exploratorio con ciertas palabras relacionadas con el narcotráfico expresadas en distintos momentos y por diferentes medios (industria cultural, instituciones gubernamentales), “narcos”, “cárteles”, “crimen organizado”. Aparecieron una serie de videos e imágenes relacionados con el tema, vinculados principalmente con noticias; sin embargo, al revisar la parte de grupos privados y públicos, encontré muchos con temáticas que iban desde una escuela de sicarios, venta de armas y/o drogas, páginas de noticias sobre ataques armados entre cárteles o páginas de sátira, incluso las creaciones de juegos en línea que representan agrupaciones de la delincuencia organizada, Entre el corolario de temas e intereses decidí elegir un grupo privado²⁶ relacionado con la delincuencia organizada en México, que lleva por nombre, “Fiesta en la madriguera”²⁷.

No tenía muy claro, qué quería encontrar o cómo quería relacionarme dentro del grupo privado, tampoco pensé en mi seguridad y envié una solicitud desde mi perfil personal, sin embargo, no fui aceptada, ante dicha negativa, generé un perfil falso, con la intención de entrar al grupo, en el que represento a un adolescente de quince años, después me pareció importante presentar una fotografía con la intención de que otros me conocieran y tuvieran cierta información sobre mí “yo” adolescente. De acuerdo con Goffman, la información acerca de la persona ayuda a definir la situación, permitiendo a los otros saber de antemano

²⁶ Por motivos de seguridad, no mencionaré el nombre del grupo elegido, sin embargo, hago uso de un nombre ficticio para ubicar al lector dentro de mi campo de trabajo etnográfico.

²⁷ *Fiesta en la madriguera* es una novela escrita por Juan Pablo Villalobos en el año 2010, retrata modelos de comportamiento masculinos ceñidos por la narcocultura desde la visión de un niño-varón, mismo que es sometido a mandatos de género relacionados con la extrema violencia influenciado por su familia; en ese sentido, considero que la novela hace una alegoría a la investigación realizada con los miembros del grupo, mismos que persiguen un modelo de *masculinidad narco* muchas de las veces son enganchados por vecinos, conocidos, familiares o utilizan las redes sociales para formar parte de estos grupos, al respecto, el adolescente asimila y recrea la visión que se genera en ese mundo; se reconoce y lo reconocen como miembro; su identidad es creada y modelada a imagen y semejanza de sus colegas (Astorga, 1996 citado en Córdova, 2005).

lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él, así, informados, los otros sabrán cómo actuar a fin de obtener de él una respuesta determinada (Goffman, 1997). Fui aceptado(a), me di cuenta que el grupo “Fiesta en la madriguera” estaba conformado por más de quinientos miembros en su mayoría varones y adolescentes según la información de Facebook y las fotografías presentadas, la portación de armas y capuchas en la cara son características de los miembros según sus fotos de perfil, junto con la exposición de imágenes sobre dinero, camionetas lujosas y mujeres. En ese sentido, se pueden resaltar dos aspectos en la presentación del “yo” en redes sociales, primero, el rol activo de quien desea presentarse a una determinada audiencia; segundo, el manejo de un equipamiento simbólico-expresivo de acuerdo a un ambiente específico de interacción, el cual provee tanto posibilidades como restricciones materiales y sociales (Rueda y Giraldo, 2016).

Existe una relación entre algunos elementos simbólicos relativos con la narcocultura presentes en las fotografías de perfil de todos los miembros y la forma en la que quieren ser vistos y/o considerados por los otros miembros. En ese sentido y de acuerdo con Gómez Cruz, la fotografía tiene una función en la creación de vínculos sociales; la gestión y la presentación de la identidad de manera pública con base en el uso de imágenes, y en última instancia el significado social del objeto fotográfico y su relación con la identidad y la sociabilidad (Gómez Cruz, 2012).

Hago hincapié que estos espacios digitales están caracterizados por su movilidad y cambio constante, incluso la generación de perfiles puede no corresponder con la vida *offline* del usuario, estoy consciente que las fotografías de perfil y el perfil mismo, quizá no correspondan a la imagen de la persona (yo soy el ejemplo). Sin embargo, no busco “verdades”²⁸, me centro en la expresión de prácticas que tiene significados, en este caso,

²⁸ No pretendo comprobar que los perfiles de los miembros del grupo correspondan en los espacios dentro y fuera de línea, me baso en la información que ellos brindan para saber cómo quieren ser identificados. Una vez que crean su propia existencia en Facebook, comienzan a compartir información y a interactuar con otras personas que poseen perfiles similares o distintos, dependiendo el objetivo de la interacción (Gutiérrez, 2016), y la generación de sociabilidad está presente, la idea no es la búsqueda de verdad, entendida como un todo universalizado, según Susana García Salord la verdad no se encuentra “guardada” en los comportamientos de los entrevistados; se encuentra en la dimensión invisible de las prácticas, es decir, en la red de relaciones en las que dichas prácticas ocurren y en las que se construyen (García Salord,s/f), es por eso que me centro en las

relacionados con la *masculinidad narco* proyectada en este campo y que mantiene fundamentos sobre constructos simbólicos del narcotráfico, por lo tanto, mis datos etnográficos recabados son de suma importancia, lo primordial es preguntar ¿por qué existen estos espacios dedicados a representar un modelo de hombre? ¿qué ven los adolescentes en el narcotráfico y qué los sitúa en el grupo “Fiesta en la madriguera”?

2.4 Consideraciones éticas

Antes de continuar con la narrativa sobre mi inmersión en el campo etnográfico, me parece pertinente explicar mis reflexiones éticas, el lector puede preguntarse ¿qué consideraciones se deben ponderar dentro de la etnografía digital? En primera instancia, debo decir que se fueron construyendo a lo largo de la investigación y basadas sobre todo en mi seguridad y las de los usuarios del grupo; una vez dentro, mi primera impresión fue la sensación de ser una espía, por no poder decir quién era y qué hacía ahí y, por otro lado, por “engañar” en cierta medida a los miembros, mostrando un perfil que no corresponde con mi vida *offline*, seguido de un sentimiento de miedo, por no saber con exactitud qué debía esperar del grupo, sin embargo, una vez que consideré el campo etnográfico, me pareció pertinente guardar ciertas restricciones principalmente por motivos de seguridad, Nitzan Shosan, considera que como etnógrafos nos insertamos plenamente en el campo con nuestros interlocutores y, más aún, generalmente lo hacemos solos. Tenemos por lo tanto razones para preocuparnos por nuestra integridad y seguridad física, y por los riesgos que tanto el campo como escenario y nuestros interlocutores mismos pudieran implicar (Shosan, 2015).

No decir mi posición como investigadora me permitió acceder al campo y obtener información que de otra forma no tendría; rescato el concepto de reflexividad señalado por Guber, para recalca el papel del investigador sobre su persona y sus condicionamientos sociales y políticos, particularmente pensando en el género, edad, pertenencia étnica y/o clase social, suelen reconocerse como parte del proceso de conocimientos (Guber, 2011), en primera instancia, ser investigadora-mujer, me impedía acceder al grupo privado y limitaba mis posibilidades de acercamiento a mis interlocutores. Por otro lado, los adelantos tecnológicos sobre geolocalizaciones y/o direcciones de IP (Internet Protocol), mismos que

prácticas y la relación teórica que resulta de ellas, esto no les resta legitimidad a los datos etnográficos recabados dentro del campo.

permiten conocer tu conexión con exactitud ponían en riesgo mi seguridad, por lo que me pareció pertinente ocultar mi identidad, sin embargo, la obtención de los datos etnográficos no pierde su valor.

En ese sentido, la consideración de los datos, aunque pueden estar a la vista de un gran número de personas, el manejo de la privacidad y la confidencialidad de los interlocutores es trascendental, Cora García señala que, en los contextos de investigación en línea, los límites entre lo público y lo privado pueden volverse un poco borrosos. En el ciberespacio, la definición de “espacio público” versus “privado” puede reducirse a una cuestión de accesibilidad (Cora García, 2009), por eso, decidí no mencionar el nombre del grupo donde se realiza el trabajo de campo, sin embargo, me parece importante dar un nombre ficticio al grupo para situar al lector en un lugar.

En esa misma línea, gran parte de mis datos etnográficos provienen de fotografías y/o videos, que no serán presentados de manera explícita, la intención no es perjudicar ni poner en riesgo a ninguno de los miembros del grupo, tampoco a los administradores, incluso, algunas interacciones hechas en el mismo grupo no serán expuestas literalmente para proteger la identidad de los interlocutores, el lector puede preguntarse ¿es ético alterar el contenido de las publicaciones? Mis consideraciones al abordar un tema como el narcotráfico donde se ponen en juego no sólo mi seguridad sino la de los propios miembros del grupo, es pertinente el cambio en algunas publicaciones y comprensible ocultar los nombres de los usuarios, con el objetivo de no ser identificados y de alguna manera verse comprometidos. La idea es que mis acciones como investigadora no perjudiquen de ninguna manera y en ningún sentido a aquellos que forman parte del estudio.

He decidido trabajar bajo una observación NO participante, sin interacción con los usuarios (más adelante explico porque), sólo describo y analizo parte de las prácticas hechas en este espacio y su relación con la tecnología y estructuras de significación, manteniendo bajo resguardo el anonimato, privacidad y seguridad de los miembros, construyendo lo que Allen llama una ética situacional²⁹, porque las propiedades contextuales de todo dispositivo

²⁹ El conocimiento expuesto en esta investigación, da cuenta de las acciones y de las prácticas de un grupo privado en Facebook de manera concreta, sin embargo, los conocimientos presentados no significan que se limiten allí, ya que nos dicen cosas que pueden ser generalizables, o por lo menos sugerentes para entender de

tecnológico nos obligan a situar nuestras decisiones y nuestras respuestas éticas en cada contexto de manera singular, tomando en consideración no sólo a los dispositivos sino también a las personas (Allen, 1996 citada en Estalella y Ardèvol, 2007).

Por último, el objetivo de la investigación no trata de representar de manera negativa o positiva a los miembros del grupo privado, el objetivo es presentar prácticas formadas en Internet llenas de significados y que crean identidad en los miembros dentro de comunidades sociales en espacios digitales.

2.5 Mis decisiones metodológicas dentro del campo etnográfico

Después de haber visitado el campo varias veces, tomé una primera decisión metodológica, el hacerme presente, “hacerme nativo(a)” en el intento de lograr aceptación por parte de los miembros (Gutiérrez, 2016) quería que vieran que estaba interesado(a) en inmiscuirme en las convivencias e interacciones grupales, al principio sólo me jactaba a dar reacciones sobre ciertas publicaciones, que desde mi punto de vista eran las más comentadas entre ellas imagen-texto relacionados con conseguir trabajo, imágenes sobre armas, mujeres, animales exóticos y videos que demostraban las actividades realizadas dentro de la organización delictiva, mismos que no duraban más de un minuto, pero aparentaban una vida aventurera, divertida, jugando con armas y en donde prevalecían hombres con caras ocultas.

Decidí volverme más participativo(a) y hacer publicaciones, subí una noticia que se hizo viral en periódicos de Nuevo Laredo, Tamaulipas, sobre un padre de familia que formaba parte de una agrupación criminal a lado de sus hijos en el año 2019³⁰, inmediatamente tuve reacciones de aprobación entre “likes y me encanta”³¹, poco después, ese mismo día, me contacto un perfil de una adolescente, por la fotografía que aparecía, me mandó un mensaje privado preguntando si deseaba trabajar para ellos, sin decirme a ciencia cierta quiénes eran “ellos”, me hacía preguntas insistentes, entre ellas, si sabía manejar armas, o si quería ser un “sicario”,

otra manera las preguntas que las ciencias sociales suelen hacerse. Al respecto Geertz (1996 citado en Restrepo, 2016) afirmaba que: pequeños hechos hablan de grandes cuestiones. (Restrepo, 2016).

³⁰ <https://www.blogdelnarcomexico.com/2020/11/orguloso-papa-sicario-del-cartel-del.html>

³¹ Son reacciones que Facebook incorporó como formas de interacción entre los usuarios, dando cuenta de la aprobación, aceptación. Vicente Serrano en su libro Fraudebook (2016), comenta que el sentido del botón me gusta tiene gran importancia ya que se envuelve en ella todo un universo tan importante para los humanos como el universo moral. En toda expresión de aprobación hay escondida esa expresión moral y la mayoría de los usuarios esperan esa aprobación y viven más o menos pendientes de ella (Serrano, 2016 citado en Boegeholz, 2019).

al principio no sabía cómo responder, pensaba en la forma adecuada en la que podría responder un adolescente varón de quince años ante tales cuestionamientos dentro de un grupo relacionado con la delincuencia organizada, después de un par de minutos respondí que jamás había trabajado en nada perteneciente al “narco” y que no sabía manejar armas. Sin más, dejó de escribir, en ese momento, decidí que mi participación en el campo sería netamente oculta.

En ese sentido, la segunda decisión metodológica, fue recurrir a la observación NO participante, por mi propia seguridad, este tipo de observación se volvió parte importante de mi conexión entre el campo, mis actores y las prácticas generadas.

Por otro lado, comencé a notar que los grupos eran borrados después de dos o tres meses de estar en Facebook, no obstante, la creación de otros grupos era proporcional a su orden de desaparición, los usuarios y entre ellos yo, buscamos adherirnos nuevamente, nos encontrábamos en diferentes grupos pero con la misma temática, en ese sentido, la decisión de elegir el grupo privado “Fiesta en la madriguera”, se debió específicamente a la perdurabilidad, sumado a que en su mayoría, los miembros están compuestos por adolescentes, y el propio administrador es un adolescente³², mismo que influía en la formas de relación forjadas dentro del grupo, los textos, las imágenes y/o videos están dirigidos a un público en particular: adolescentes varones, en algunos otros la creación y administración corría por cuenta de mujeres, donde los contenidos eran totalmente diferentes, destinados a la configuración de cuerpos femeninos por cirugías estéticas (hospitales, localización de donde podían hacerla) o se mencionaba el tipo de hombre ideal relacionado con el discurso del narcotráfico mediante videos sacados de series o novelas, donde se mostraban hombres aventureros con dinero y poder, la venta de ropa de diseñador y el uso de varios accesorios caracterizaba estos espacios.

Desde esta perspectiva, se podría preguntar el lector, qué tan verosímil es la referencia a las edades a las que me refiero o la identidad y género de los propios administradores, la idea principal al mencionar dichas características es distinguir la existencia de prácticas existentes

³² Según la fotografía de perfil, el administrador de dicho grupo es un adolescente, mismo que interfiere en las formas de sociabilidad dentro del grupo, él puede decidir qué publicaciones pueden ser expuestas y cuáles son dejadas de lado, él acepta a los miembros, en general, maneja las formas de interacción, por otro lado, se generan un tipo de prácticas particulares dentro de los miembros.

y que están siendo legitimadas en dos sentidos: por un lado, la proyección masculina expresada por la narcocultura en espacios digitales y, por otro, la construcción de identidades basadas en estas proyecciones y reforzadas en estas interacciones digitales, la imagen que hoy representa el propio administrador o yo (siendo adolescente) enmarcan un ideal alrededor del imaginario de la *masculinidad narco*. Si bien, muchos adolescentes entran por curiosidad al grupo y no se volverán parte de la delincuencia organizada, salen con presupuestos sobre sus congéneres que abiertamente dicen querer participar bajo la proyección de ser “hombres verdaderos” en el sentido económico y cultural.

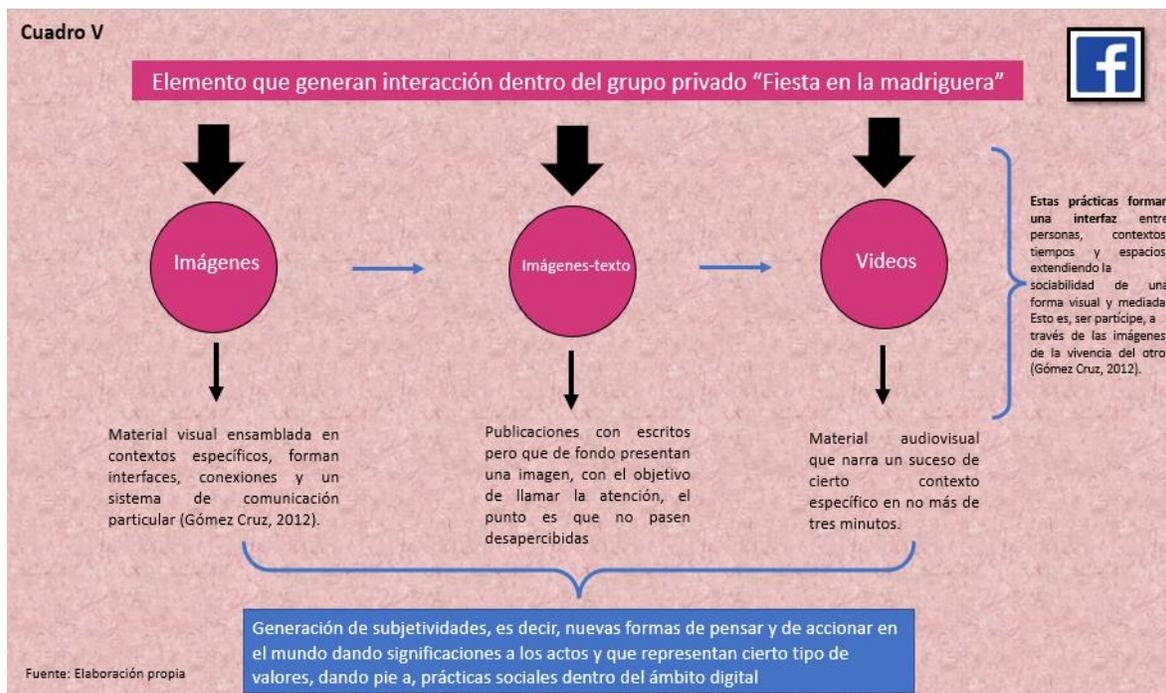
Dicho lo anterior, observé que muchas de las publicaciones que tenían mayor interacción entre los miembros estaban referidas primero a las **imágenes-textos**³³ relacionados con trabajo y adherencia a la organización delictiva y se ponía especial énfasis en la edad de la persona que hacía dichas publicaciones, y por otro lado, el valor de ciertas **imágenes** relacionadas con armas y dinero, la presencia de mujeres posando con hombres cubiertos de la cara y por otro lado, **videos** de no más de un minuto de duración donde se pueden ver hombres encapuchados y armados realizando actividades divertidas o de caridad. Me intrigaban muchas las publicaciones de este tipo y las constantes interacciones que se generaban alrededor de ellas, por lo que decidí centrarme en primera instancia en las imágenes-textos compartidos por los miembros, y por otro lado las imágenes y videos sobre los beneficios de pertenecer a dicha organización, entre ellos ser hombres de éxito, temidos, aventureros y donde la violencia aparece como un elemento sustancial de sobrevivencia y forma de vida (véase cuadro V).

Decidí poner especial atención en las prácticas dentro del grupo entorno de estos tres elementos (imagen-texto producidos por los miembros, imágenes y videos pertenecientes a otras ligas), entendidos como lo que la gente realmente hace y dice, alrededor y a través de tecnologías relacionadas con procesos creativos llevados a cabo por individuos o colectivos con diferentes objetivos (Gómez Cruz y Ardèvol, 2013).

En otras palabras, existe una relación entre las personas y el propio uso de tecnología, creando un espacio social que los usuarios utilizan para convertirse en actores y, como tales, los

³³ Cuando menciono el término imagen-texto, me refiero a las publicaciones con escritos pero que de fondo presentan una imagen, con el objetivo de llamar la atención, el punto es que no pasen desapercibidas.

manejan para experimentar, generar su identidad, en definitiva, construir la propia novela de su existencia única y diferente como ser social. Además, sirven de escenario para mostrar el lugar que ocupa el sujeto en el contexto social, sus deseos, su cultura, su visión del mundo e incluso su sentir (Gallego, 2019).



El método etnográfico digital me permitió trabajar de diversas maneras y hacer varios movimientos en un ir y venir dentro de la investigación, primero en la construcción de campo, es decir, comprenderlo más allá de un espacio geográfico, como un conjunto de relaciones centradas en conexiones (Hine, 2015), segundo, hubo una observación de las prácticas de los miembros del grupo de Facebook "Fiesta en la madriguera", y finalmente, el propio campo se convirtió en el espacio que permitió el diseño del instrumento para la recolección de datos, sumado a la posibilidad de ver más allá del uso de Internet como un medio, sino como un espacio configurado por prácticas e interacciones entre adolescentes varones.

2.6 Construcción de categorías analíticas

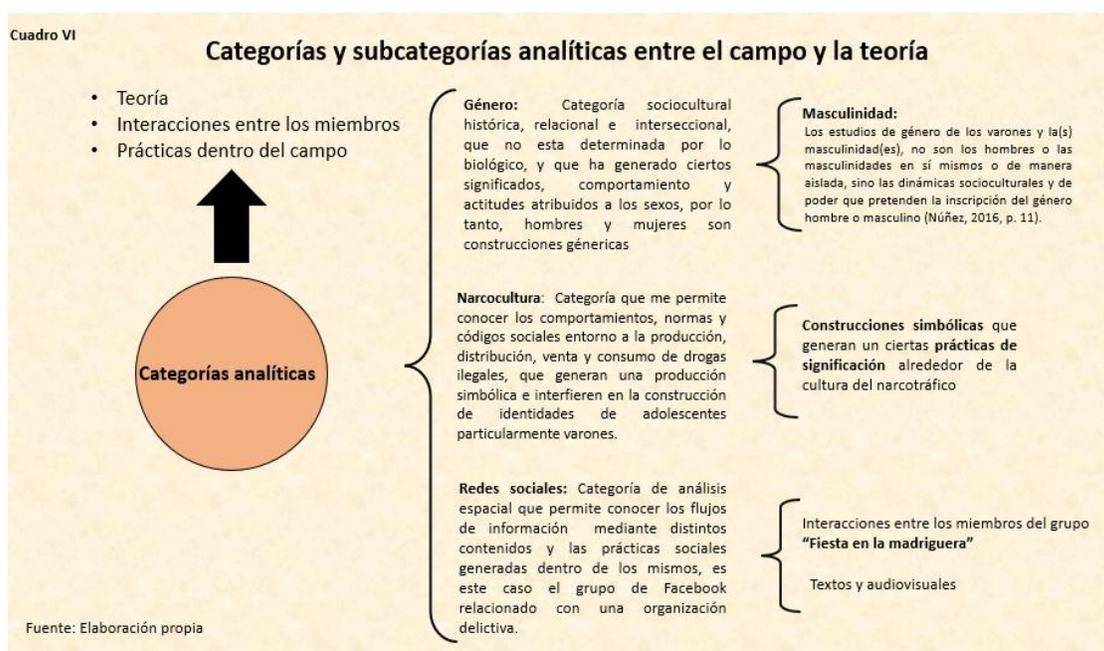
Mis categorías y subcategorías son resultado de la observación de las prácticas generadas en el campo, de las relaciones entre los miembros del grupo, y de la propia teoría.

El género es la primera categoría de análisis (señalada en el capítulo uno), que interfiere en el orden social y es constitutivo de las relaciones social de acuerdo al contexto histórico, es interseccional, señala el comportamiento de hombres y mujeres según estándares regidos por instituciones sociales empezando por la familia, escuela, Estado desarrollando una identidad subjetiva que se internaliza y que se expresa mediante formas de relación con otros, en ese sentido, el género como categoría, me permite el acercamiento a los estudios de hombres y las masculinidades entendidos como construcción genérica y relacional, evidenciando que hay variaciones históricas y culturales tanto de las representaciones como de las relaciones de género construidas y negociadas entre hombres y mujeres (Hernández, 2012). Por consiguiente, las diferencias históricas y culturales han generado ciertos significados atribuidos a los sexos aludiendo a ciertas representaciones e ideologías de género (Hernández, 2012), en el contexto actual la representación de las masculinidad está ligada, en cierta medida y en algunos contextos sociales a una producción cultural del narcotráfico específicamente sobre un modelo de ser hombre expresado por la industria cultural, relacionado con el poder y éxito en relación con la violencia producida sobre y para otros, donde la exhibición y demostración de dicho poder es imprescindible, el dinero y el consumo, el modelo de hombre heteronormativo, rige la *masculinidad narco*. En síntesis, el género como categoría central derivó al acercamiento de la masculinidad.

Mi segunda categoría considera a la narcocultura como una pieza clave, para comprender ciertos comportamientos, valores y normas inculcados por el tráfico ilegal de las drogas, cargadas por signos y símbolos que construyen particulares estructuras de significación, ya sea de manera subjetivas, donde se habla de creencias, valores e ideologías, y, por otro lado, también se habla de formas objetivadas, que tienen que ver con productos de consumo mediático. Por lo tanto, esta categoría, no alude únicamente a los usos y objetivos mercadotécnicos, sino que refiere y denota significaciones profundas y trascendentes, que simbolizan, dan cuenta y representan parte del mundo social y del imaginario colectivo que se ha construido en una sociedad, y que tiene lugar, como datos sígnicos y simbólicos

precisamente del mundo de la vida, en los ámbitos comunes, reales, concretos y tangibles de la población (Córdova, 2005).

Mi tercera categoría se establece en las redes sociales y particularmente Facebook, como una categoría de análisis espacial y donde se expresan interacciones específicas relacionadas con la narcocultura y su proyección de masculinidad, este espacio es usado para forjar relaciones, interacciones y sociabilidad y finalmente identidades dentro de comunidades sociales en espacios digitales, derivado de esta categoría, pude recuperar las interacciones entre los miembros del grupo privado “Fiesta en la madriguera”, y por otro lado, el papel de los textos-imagen, audiovisuales presentados como símbolos de la *masculinidad narco*. (véase cuadro VI)



Estas categorías y subcategorías, me permitieron hacer un filtro sobre publicaciones que no entran dentro de mis objetivos de análisis, por lo tanto, las pude identificar de mejor manera con tres elementos:

1) Distinguir una imagen-texto y/o video que reproduce un discurso de la proyección masculina en el “narcotráfico”, es decir, hombres fuertes, valientes, que se enfrentan a todo tipo de adversidades y salen victoriosos, hombres caracterizados por su heteronormatividad y violencia para con otros expuesta de forma divertida bajo la promesa de riqueza

2) Las expresiones desde la experiencia de los miembros del grupo que genera dicha imagen y/o video (donde regularmente se habla desde su posición dentro de las relaciones sociales de género y se desarrollan memorias hetero/andro/patriarcales)

3) La interacción y diálogo generado entre la comunidad sobre la imagen y/o video formando un sentido de pertenencia donde todos pueden ser parte de la conversación.

Al identificar dichas categorías dentro de campo etnográfico, el objetivo es analizar qué tipo de interacciones se generan entre los miembros, qué se dice y qué es aceptado y legitimado y que va quedando relegado, por ejemplo, me percate que las publicaciones relacionadas con reseñas de noticias sobre algún grupo de la delincuencia organizada no generan reacciones o interacciones, por otro lado, la posición de instituciones gubernamentales es ignorada, y el papel de las imágenes sobre militares y sus reacciones es ausente, ¿por qué los valores militares en torno a la masculinidad no son tomados en cuenta?, es decir, el honor, fuerza, virilidad, el propio uso de armas, son relegados por una *masculinidad narco*. La imagen clásica del militar, con su fijación en combatir y matar, ya no tiene el papel protagonista. (Speck, 1998), considerando que ya no es el simple uso de armas, o la virilidad y la fuerza, sino el empleo de la violencia como espectáculo, donde hay distribución de imágenes en algunos casos violentas que van generando procesos de identificación y aceptación porque son divertidas.

2.7 Descripciones densas

Una vez que formulé mis categorías analíticas fue más sencillo saber qué se quería encontrar dentro del campo y comencé a formular una tipología de los contenidos para filtrar la información de la siguiente manera:

Tipología de contenidos	Acciones hechas por la investigadora
1) Tipos de publicación	Saber si está destinada a una imagen-texto, imagen o video.
2) ¿Quién la publica?	El objetivo es conocer el tipo de persona que hace la publicación para formar cierta información, particularmente de su contenido en el grupo privado de Facebook, la idea no es buscar “verdades” sino estructuras de sentido.
3) ¿Qué tipos de interacción se generan?	Analizar las reacciones del grupo, que diálogos suscita, registro de reacciones, y saber si es legitimada o no dicha publicación.
4) Proyección masculina de ser hombre: <i>masculinidad narco</i>	Finalmente, se afirma (o niega) la constitución de la <i>masculinidad narco</i> mediada por las interacciones generadas donde se legitima un modelo de masculinidad relacionado con la violencia, el consumo, el dinero y expresiones hetero/andro/patriarcales.

Tabla 2. Fuente: Elaboración propia

Señalo que mis descripciones no sólo buscan hacer una narración de las interacciones hechas en el campo etnográfico, la idea fundamental es analizar los lazos entre contexto cultural, económico y la propia tecnología, con el objetivo de mostrar los procesos de apropiación que se generan en la interacción de los usuarios en un *continuum online-offline*.

Los últimos días del mes de noviembre del año 2020, fueron testigos de mi primera incursión en el campo etnográfico “Fiesta en la madriguera”, había montones de publicaciones relacionadas con imágenes-texto, videos y/o imágenes que hacían invitaciones a pertenecer al grupo, generando reacciones y diálogos entre los miembros preguntado cómo acceder o a quién contactar para formar parte del mismo. Durante varios meses observé el tipo de publicaciones que causaban más revuelo y aquellas que eran desechadas; mientras observaba el campo etnográfico, aprendí ciertos códigos, lenguajes, formas de expresión relacionadas con el propio grupo, desde el significado de las palabras “hs” para hacer referencia al trabajo

de halcones, *comander* como aquel líder que mueve la agrupación en delimitado territorio y una lista de usuarios postulados para hacer narcocorridos³⁴ a todo aquel que se lo propusiera.

Ante la diversidad de imágenes, videos y todo tipo de contenido relacionado con la narcocultura, la fabricación de una guía de observación me permitió localizar mis categorías y subcategorías analíticas, tomé en cuenta indicadores numéricos. Es decir, la cantidad de reacciones generadas y los comentarios, que me llevaron a conocer las prácticas cotidianas del grupo, mediante comportamientos mediados por lo reflejado dentro de campo, de manera paralela, identifiqué quiénes publicaban más, sobre qué versaban sus publicaciones y qué impacto tenían dentro de los miembros. Fue así como elegí a tres miembros importantes del grupo que cumplían con la tipología de contenidos, descrita en la tabla de arriba, ellos generaban más interacción dentro del grupo y en cierta medida ejercían poder sobre otros, su tipo de contenido expuesto estaba relacionado con la constitución de la *masculinidad narco* mediada por las interacciones de violencia, consumo, dinero y expresiones hetero/andro/patriarcales.

Guía de observación:

Fecha de la publicación	Impresión de pantalla	Enlace	Indicadores numéricos	Identidad de género	Expresiones de género	Masculinidades
12/09/2021			362 reacciones, 28 comentarios	Esta narrativa audiovisual fue compartida por un miembro del grupo, algunos hombres se encuentran parados, otros hincados y sólo tres están sentados, portando armas de alto calibre, la representación de esta imagen demuestra valerosidad, temeridad, virilidad. Características que añaden a los mandatos de género incluidos en la masculinidades.	La existencia de expresiones de género prevalece, es decir, en la imagen se muestran hombres que se cumplen con las exigencias sociales, en el sentido de la demostración de fuerza, valentía incluso podemos pensar en prácticas simbólicas	la construcción de la propia masculinidad, se evalúa la existencia de una eterna prueba de hombre, dicho examen convoca a edades muy tempranas, suscitando a la edad y al contexto, no obstante, tienen que probarse frente a los demás
06/10/2020			47 reacciones de likes y me encana	Alguno de los miembros del grupo decidió publicar esta imagen, las interacciones surgidas alrededor son de admiración, en algún comentario se lee que están orgullosos de dicho esfuerzo, un comentario refiere a una obra de arte, de este último comentario se desprenden una interacción, un miembro del grupo menciona que los hombres son aquellos con buenos trabajos, pero sobre todo con dinero.	Desde luego, en las interacciones señaladas, se notan expresiones de género en relación con la masculinidad en el ámbito de la proveduría, un "hombre" debe tener trabajo para mantener a la familia, pero no sólo eso	El dinero y su relación con la proveduría y el trabajo son parte trascendental de la identidad masculina, es parte importante de la vida de los hombres
24/03/2021		Imagen	9 likes, de ellos 4 son de varones, 4 de mujeres y 6 veces compartido, decidí tomar en cuenta las reacciones entre géneros con la idea de entender letrinidad en los comportamientos	El usuario varón postea la imagen, no hay comentarios, sin embargo, la interacción suscitada es por medio de reacciones y las veces que se compartió, brevemente legitimidad al trabajo como narcotraficante en relación con el ser hombre. Encontrando una relación entre trabajo y la construcción de ser hombre: por ejemplo la proveduría, y el cumplimiento de estos mandatos de género.		
20/03/2021		Videos	38 mil reacciones, y 1300 comentarios y 3 millones de reproducciones	Cuando me encontré con este video, pensé que pertenecía realmente a un cástel, incluso me sorprendí porque todos mostraban sus caras, sin embargo, al leer las interacciones entre los miembros me di cuenta que es parte de un videoclip, uno de los comentarios de los miembros refiere a unos videos del narcoblog donde todo es fiesta, pero en estos videos existe diversión, otra persona responde al comentario diciendo "que bueno que se divierten", otro menciona que seguro tienen dinero y diversión asociados	Otros miembros, enfatizan el que no se "talen" y enfatizan otro tipo de interacción con un miembro que menciona que "el narco es una mala plaga, ojala los maten pronto", otro miembro menciona que el narco no solamente da empleo a matones sino a mucha gente, alguien más menciona "muy cierto tu comentario", iniciando un sentido de comunidad porque se suman más de 20 comentarios en esa misma fecha.	La existencia de participaciones desde la experiencia se hace presente, un miembro decidió comentar "tu pasado" mencionando que por fortuna sigue vivo, me sabe, recalzo que no fui cobarde pero tenía que salvar a "ellos", alguien responde y dice "cuál es tu vida ahora?"

³⁴ Los narcocorridos son un derivado de la producción cultural entorno al narcotráfico expuesto en canciones donde sobresalen las virtudes de los narcotraficantes en diferentes actividades ligadas al tráfico ilícito de drogas, mostrándolos como hombres fuertes, tenaces, audaces y mostrando la violencia como una de sus principales herramientas para lograr dichas metas.

Seleccioné un video publicado por “usuario#1”³⁵, él es uno de los miembros más activos del grupo “Fiesta en la madriguera”, su fotografía de perfil muestra la mitad del rostro cubierto con un pasamontaña y una mano sujetando un arma, detrás suyo hay un cartel con una mujer en poca ropa, estas formas simbólicas muestran elementos físicos, en este caso el arma, y por otro lado, objetos abstractos (respeto, reconocimiento, valentía), expresando de manera figurada la posibilidad de una construcción de identidad (Hernández, 2018) basada en la *masculinidad narco*, misma que crea expectativas y que idealiza al sujeto a partir de lo que ve y relacionado con sus prácticas rutinarias dentro del grupo.

El video no dura más de veinte segundos, y llamó mi atención por las reacciones generadas y los diálogos en el grupo, dentro de una camioneta en marcha en medio de una carretera, aparece un niño de unos diez años junto con un adolescente ambos sentados en la parte trasera, el primero lleva puesta una gorra que tapa gran parte de su rostro, en las manos porta un arma de alto calibre mientras corea felizmente una canción del rapero El Comando Exclusivo³⁶, mientras tanto, el adolescente a su lado lo observa, este tiene en las manos un radio de comunicación y un arma de alto calibre en las piernas, recuperando lo que menciona Gómez Cruz, no sólo se trata de describir y entender lo que se está representando sino las condiciones que hacen posible ciertas imágenes y/o videos y cómo son entendidas (2012).

En ese sentido, las formas de interacción entre los miembros del grupo comienzan a desarrollarse, primero comentando o reaccionando a dicha publicación con “likes o me encanta”, el video tiene más de veinte mil reproducciones (240 reacciones), en seguida un miembro del grupo comenta “yo quiero ser sicario y mira él”³⁷ otros más apoyan la idea preguntando, sí alguien sabe cómo se pueden integrar, un miembro del grupo comenta que cerca del lugar donde vive hay personas que se dedican a reclutar, da una dirección específica,

³⁵ Con la intención de guiar al lector entre mis descripciones, me parece importante darle un “nombre” a mis interlocutores, pero sobre todo mostrar la existencia de usuarios clave en el proceso de investigación, que me permitieron nuevos hallazgos dentro del trabajo en campo, decidí no darles nombres propios porque podrían encontrarse en cualquier momento dentro de la red de Facebook, aunque estos fueran ficticios, así que están señalados por “usuarios 1, 2, y 3”.

³⁶ Las letras producidas por este cantante están dedicadas a organizaciones criminales en especial a los adolescentes y jóvenes que están dejando de lado el narcocorrido para hablar de un género llamado narcorap, “es música fuerte, lo que hago yo no le cae bien a toda la gente (...), yo canto lo que pasa y no sale en la tele”. Documental en YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=rww3oPtfFnc&t=24s>

³⁷ Parte de los diálogos e interacciones entre los miembros han sido modificados con la intención de que no puedan ser localizados fácilmente y así guardar el anonimato de mis interlocutores.

no obstante, un comentario desata una discusión, “estos no tienen futuro”, en ese momento, los miembros desacreditan el comentario, incluso lo invitan a salir del grupo, después comienzan las justificaciones de las actividades expuestas en el video, muchos mencionan a familiares y conocidos los cuales les “ha ido bien en el jale”, otros mencionan que para tener dinero y éxito la opción es desempeñar trabajos de este tipo.

Este video forma parte de un modelo de masculinidad proporcionado por el narcotráfico desde distintos medios y formas, primero la exaltación de valores entre ellos la valentía que el niño y el adolescente demuestran, sumado o la portación de armas ligada a la (re)afirmación de la masculinidad que pareciera tomar un significado simbólico que va más allá de ser un simple instrumento para la violencia. Se ha sugerido que una de las cualidades de un hombre aceptable es la de ser capaz de intimidar a otros, por lo que poseer un arma resulta particularmente atractivo para cumplir tal propósito (Page, 2009), por otro lado, la consolidación de un estereotipo de adolescente y varón, mediante una representación repetida frecuentemente mediante diversos medios, se construye un consenso sobre un modelo de hombre, estableciendo marcos de referencia y maneras de orientar nuestras percepciones (Acosta, 2014), por consiguiente, lo que proyecta el video es la posibilidad de pertenecer al grupo, a través de una mimesis aristotélica, donde se imita los prototipos de adolescente exitoso y se crea una tendencia emocional a verse en ellos. La reproducción del video en el grupo demuestra las interacciones generadas, los diálogos y disputas con aquellos que no consideran viable estos comportamientos, existe una aceptación de dichos comportamientos y en algunos sentidos son anhelados.

Un segundo video publicado por “usuario#2”, tiene una foto de perfil mostrando una camioneta de lujo, que también forma parte de los elementos simbólicos mencionados anteriormente, el video de no más de treinta segundos, muestra a dos jóvenes con la cara cubierta por un pasamontaña y un arma de alto calibre, uno de ellos trae una gorra y uno más es el encargado de grabar, de fondo suena la canción *La Chona* de los Tucanes de Tijuana, ellos bajan de un auto en movimiento y deciden bailar al compás de la canción con las armas en mano, en un terreno pedregoso y al fondo se pueden apreciar árboles (están en la sierra), ambos comienzan a vitorear el nombre del grupo de la delincuencia organizada al que pertenecen, es un momento de disfrute, risas y baile. El video tiene 506 reacciones donde la

mayoría son “likes y me encanta”, tiene sesenta y tres mil reproducciones y es el video que más interacciones ha suscitado, ¿qué sucede dentro del grupo? Los comentarios giran en torno a la diversión de los protagonistas del video, hacen alusión a vivir la vida con alegría, un comentario más dice “después de ver esto, me gustaría formar parte del grupo”, el diálogo con otra miembro señala “que el trabajo no está peleado con la diversión”, alguien más se suma al diálogo y comenta que “son humanos y tienen derecho a la diversión”, el debate entre los miembros se desata, cuando alguien comenta “estos no son narcos, son sicarios, los narcos no hacen estas tonterías”, a partir de aquí podemos formular varios análisis sobre el imaginario colectivo del modelo proyectado de masculinidad, primero existe una organización de género específica aunque compartan el ejercicio de la dominación masculina, los sicarios son jóvenes que matan por encargo, que hacen todo por ascender a la esfera del narco, viven poco, a gran velocidad y con emoción por el peligro, la idea es vivir al millón y tener éxito rápido, pero otra cosa es la expresión de los patrones, los adultos (Acosta, 2014), que tienen una vida ostentosa, exagerada, desproporcionada y cargada de símbolos que buscan dar estatus y legitimar la violencia, es el lujo desmesurado y el exceso (Acosta, 2014), otro miembro del grupo, comenta que “empezar desde abajo está bien, porque después viene la recompensa”.

Dicho lo anterior, la existencia de la proyección masculina dentro de los grupos delincuenciales está sustentada en relaciones de poder y los miembros del propio grupo son conscientes.

Por otro lado, también se desarrolla la idea de la violencia vista como diversión, una especie de glamurización o como dice Valencia y Sepúlveda una fascinación de la violencia, principalmente porque la distribución, producción y consumo de imágenes violentas en redes socio digitales de alguna manera la glorifica, es vista incluso como práctica cultural aceptada y normalizada, podríamos hablar de procesos de adoctrinamiento audiovisual. (Valencia y Sepúlveda, 2016), que se vuelven deseos, por parte de aquellos que miran, en ese sentido, los miembros del grupo de Facebook habitan este espacio y las interacciones generadas en tiempo pasado o presente, se materializan en textos, imágenes, audios (Bárceñas y Preza, 2019).

En ese sentido, dentro del grupo suelen presentarse en mayor medida, imágenes-texto, las llamó así porque sí bien, se encuentra un texto escrito de fondo presenta alguna imagen con el objetivo de ser más llamativa, este tipo de publicación suele tener pocas reacciones dentro de la plataforma pero suscita varios comentarios entre los miembros y es la práctica más recurrente dentro del grupo, con letras grandes y con una imagen de fondo muchas veces predeterminada por Facebook, se leen los siguientes textos: “Tengo 17 años y busco trabajo”, “Hola, busco trabajo tengo 15”, “Busco trabajo, tengo 12 años (menciona su localización)” “Quiero formar parte del cártel, y estoy dispuesto a todo” “Tengo 15 y estoy dispuesto a lo que sea” “¿Sabes si es difícil entrar?, quiero dejar de ser pobre”, todas estas publicaciones son hechas por adolescentes varones y las interacciones generadas son de aceptación, algunos miembros comentan que pueden conseguir contactos y otros miembros responden interesados, otros más aconsejan desde la experiencia diciendo “se empieza desde abajo, yo me formé con ellos y ahora tengo todo lo que quiero”, otros más comentan, “yo quiero ser sicario quiero un *chingo* de dinero para que no me falte nada”, la respuesta a este comentario es inmediata “si tienes ganas y eres hombre de verdad, *jálale*” otro más responde “la palabra y la lealtad son fundamentos que pocos llevamos”.

Estas prácticas tienen varios puntos de análisis uno de ellos enmarcado dentro del mercado neoliberal que hablamos en el capítulo uno, en primera instancia la relación masculinidad/trabajo, este último es considerado como un núcleo de construcción de identidades masculinas, el trabajo legitima a los hombres como tales: los que mantienen o proveen a la familia y con ello adquieren reconocimiento social no sólo de las mujeres, sino también de sus congéneres (Hernández, 2016), sin embargo, no sólo se trata de trabajar sino en qué se trabaja, en la medida en que el cuerpo sufra más dolores, lesiones, heridas es más respetado, en ese sentido, cuando la mayoría de adolescentes inscriben la búsqueda de trabajo cumplen los mandatos de género sumado a la valoración del trabajo por lo que se hace. Por su parte, Valencia señala que el narcotráfico reinterpreta el concepto de trabajo, dado que enlaza con transversalidades como hiperconsumismo y reafirmación individual, al mismo tiempo que preserva su obediencia a las demandas de género hechas a los varones, cristalizadas por medio del trabajo, transformando al sujeto económicamente aceptable y lo

reafirma en las narrativas del género que posicionan a los varones como machos proveedores y refuerzan su virilidad a través del ejercicio activo de la violencia (Valencia, 2016)

Por otro lado, la proyección de masculinidad expuesta por el narcotráfico de hombre exitoso, con dinero, ostentoso se encuentra dentro del imaginario colectivo de los adolescentes y lo expresan cuando escriben “deseo dejar de ser pobre” “tener un *chingo* de dinero”, demostrando que la filtración de esta producción cultural, influye en la vida social de las personas, llegando a ser un modelo cultural que rige socialmente, imponiendo prácticas, y no solo eso, cuanto más mejoran las condiciones materiales generales, más se intensifica la subjetivación-psicologización de la pobreza. En la sociedad de hiperconsumo, la situación de precariedad económica no engendra sólo a gran escala nuevas vivencias de privaciones materiales también propaga sufrimiento moral, la vergüenza de ser diferente, la autodepreciación de los individuos (Pratt, 2002 citado en Valencia, 2016), por lo tanto, la imposibilidad de consumirlo todo, genera frustraciones y anhelos de querer no sólo bienes materiales, sino enlazados con el poder.

Finalmente, otro tipo de prácticas tienen que ver con las imágenes compartidas dentro del grupo, las propaganda o flyer que tienen el objetivo de invitar a los miembros del grupo a participar dentro de la organización delincriminal, las reacciones son 280 entre “likes y me encanta”, regularme se resaltan la iniciales del grupo de la delincuencia organizada y se puntualiza que “no importa la edad o experiencia, sólo que tengas pantalones para cumplir tu palabra, estar consciente del trabajo que se realiza, se expone el sueldo a ganar y siempre se deja subrayado “ojo chavales de *huevos*”, después de este tipo de publicaciones las interacciones no tardan mucho en presentarse, con un “yo mero, te mando mi número” “estoy interesado” “estoy dispuesto a todo”, otro más comenta, “yo fui parte de esta organización y sí sale el varo”, “los que trabajamos en esto somos parte del pueblo”, los comentarios giran alrededor de buscar un contacto y los miembros siempre piden que sean “reales”, es decir, la existencia fuera de línea de dichas relaciones. Valencia (2016) señala que el hecho de convertir en ídolos a uno o varios criminales tiene sus bases en la intención de que tanto los desfavorecidos como la sociedad en general busquen una filiación identitaria con ellos, la glorificación de la cultura criminal se instaura como un nuevo nicho de mercado para la producción y el consumo, puesto que actúa instaurando modas, lo peligroso de esto es que,

se abren las puertas a estas subjetividades como algo deseable; sin embargo, no se muestran sus consecuencias distópicas en el plano de lo real.

Podemos decir, que compartir este tipo de publicaciones genera prácticas relacionadas con anhelos de pertenencia no sólo digitalmente, la búsqueda constante fuera de línea está presente la mayor parte del tiempo, sin embargo, estas prácticas continuas a nivel digital forman una comunidad social, ya sea por medio del rescate de las experiencias expuestas por algunos miembros y los intereses en común de formar parte de algún grupo delincencial.

Para finalizar este capítulo debo puntualizar que la construcción de mi propio campo mediado por las conexiones e interacciones de los miembros del grupo, así como la creación de mis descripciones densas, me permitió la identificación de prácticas mismas que no sólo se presentan en lo que observamos directamente de manera digital, sino, también, en la experiencia subjetiva y en los sentidos y significados que construimos sobre éstas. (Hine, 2015 citado en Bárcenas y Preza, 2019). Es decir, Internet es un artefacto cultural y las actividades en línea adquieren significado en la medida en que se interpretan dentro de otras actividades (online y offline), y donde el contexto social es preponderante (Hine, 2015), los actos en Internet tienen significados que son expuestos desde la experiencia de los miembros del grupo, muchas de las veces compartida, y que crea una identidad particular.

Capítulo 3. ¡Cállese y mejor póngase a estudiar que un cuerno de chivo pesa más que un lápiz!³⁸

Tras el primer intercambio de palabras me percaté que eso no era un juego de niños. Al preguntarles quiénes eran ellos, el más parlanchín lo dijo sin tapujos: somos halcones. El niño sigiloso se comunicaba por radio utilizando códigos cifrados que permitían intuir que se estaba decidiendo nuestra situación y la palabra final la tenían quienes se encontraban del otro lado de la comunicación. Finalmente, uno de los niños regresó para informar que no nos pasaría nada. Entonces pudimos conversar. Les pregunté si estudiaban y respondieron que no, ya habían desertado de la secundaria y les gustaba hacer lo que hacían como halcones... Uno de ellos no mostraba ningún tipo de duda sobre lo que deseaba ser y hacer en la vida. Su único objetivo era convertirse en sicario y chingarse a la bola de putos que mataron a su hermano. **(Fragmento de la experiencia vivida por José Manuel Valenzuela Arce en práctica de campo en Nuevo Laredo, Tamaulipas)³⁹**

Este capítulo muestra los hallazgos obtenidos por parte de la etnografía digital junto con mis descripciones densas, subrayando el contexto económico y la construcción de símbolos alrededor de la narcocultura destacando el marco teórico conceptual para dar cuenta de la construcción de identidades en adolescentes-varones en campos digitales, creando comunidades en estos espacios, así como sentidos de identidad, pertenencia y arraigo.

Retomo mis categorías analíticas, señaladas en el capítulo dos, para enumerar los hallazgos, divididos en tres ejes fundamentales: **1)** los relacionados con el género y la(s) masculinidad(es) evidenciando los procesos sociales, históricos, tecnológicos y culturales que intervienen en ciertas etapas de la vida y de lo qué significa ser varón y adolescente, **2)** la narcocultura, categoría que me permitió conocer los imaginarios colectivos, construcciones simbólicas y elementos sustanciales que idealizan y/o forman ciertas ilusiones genericas entorno a la pertenencia de grupos delincuenciales con el objetivo de tener una vida económicamente mejor, representar respeto de otros mediante el terror y la legitimación de una masculinidad aceptada por la posible “inexistencia” de otras vías de sobrevivencia. Finalmente, **3)** la categoría de redes sociales, me permitió hacer un análisis espacial para conocer no sólo los flujos de información, imágenes y/o videos explicados en mis descripciones densas, sino que hizo hincapié en las prácticas rutinarias de los propios

38

³⁹ Valenzuela, J. M. (2019). *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*. Costa Rica: Editorial UCR.

miembros en relación con las construcciones simbólicas generadas por el narcotráfico, evidenciando que dentro de estos espacios también se generan afectos y emociones.

3.1 Género/Masculinidad

He puntualizado que nos construimos como sujeto de género de manera interseccional, la mediación de contextos culturales específicos, como la clase, etnia, territorio y/o comunidad influyen en la construcción de género, evidenciando una interrelación entre estructuras sociales y prácticas. Recuperando a Connell, especifica que la masculinidad es un lugar en las relaciones de género, pero también son prácticas que sitúan tanto a hombres como mujeres en un contexto particular (Connell, 2003). En ese sentido, hablamos de “lugares” y “prácticas” que también son rescatadas por la teoría de la performatividad de Butler, y que da cuenta de un discurso sobre la noción de masculinidad -depende del momento y el contexto histórico- actúa como una ideología y como un conjunto de construcciones normativas que condiciona las relaciones, las actitudes y los comportamientos de hombres y mujeres, y jerarquiza la relación entre ambos (Zamora, 2017).

A través de la investigación se ha señalado la adherencia de algunos adolescentes varones a grupos delincuenciales principalmente por el factor económico, mismo que interviene en los mandatos de género donde los varones son vistos como proveedores principales dentro del ámbito familiar. Sin embargo, el discurso sobre el cual descansa el prestigio social y reconocimiento también es latente, si bien comprendemos, que la narcocultura tienen un universo particular, un sistema de valores a partir de ciertas premisas donde se destaca el honor, valentía, lealtad, etc., (Sánchez, 2009), es importante ser respetados, en tanto, se reconoce su existencia (está puede expresarse en *continuum online-offline*) se forja una demanda pura de un sujeto que se impone a costa de la negación del otro (Zubillaga, 2007).

De acuerdo con Zubillaga, existe una forma de respeto relacionada con la necesidad de ser aceptado y reconocido por los otros miembros de la banda de pares y miembros de la comunidad (Zubillaga, 2007), este tipo de interacciones también se encuentra en los espacios digitales, particularmente en el grupo “Fiesta en la madriguera”, la inserción en estos lugares genera un sentido de pertenencia, un sentido del nosotros. Dentro del grupo, la demanda de respeto se acompaña de la concesión y reconocimiento de la simetría, de la igualdad de condiciones entre los miembros (Zubillaga, 2007) en el entendido que todos están de acuerdo

con las prácticas digitales que se realizan y que incluso se comporten las mismas ideas y comportamientos.

Podemos hablar de una relación directa entre la narcocultura y los valores predominantes de una masculinidad heteronormativa y androcéntrica como elementos centrales de reconocimiento, particularmente dentro de los adolescentes en condiciones precarias. Por eso refuerzo el concepto de *masculinidad narco*, entendido como categoría con normas sexuales y de género, que de una u otra forma condicionan qué y quién será reconocible y qué y quién no. Dicho en palabras de Butler, la performatividad de género y la precariedad, están atadas por las diferentes formas en que los sujetos acaban siendo elegibles para el reconocimiento; ser un sujeto requiere en primer lugar cumplir con ciertas normas que gobiernan el reconocimiento y, por tanto, el no cumplimiento pone en cuestión la viabilidad de la propia vida (Butler, 2009). Por tanto, afirmaré, que las normas, valores y modelos propagados culturalmente sobre la masculinidad y el narcotráfico expresados en el grupo de Facebook, actúan e intervienen en la construcción identitaria de los adolescentes varones, con el objetivo de entrar en los cánones de género y ser reconocidos. Dice Butler, que la performatividad tiene que ver con quién puede ser producido como sujeto reconocible, un sujeto que está viviendo; sin embargo, muchas (de las) veces la vida precaria caracterizada por aquellas vidas que no están calificadas como reconocibles, legibles o dignas de protección, buscan formar parte del mundo social (Butler, 2009).

Enfatizo mi reflexión sobre el concepto de performatividad del género y que Butler señala como la reiteración estilizada de actos. El “yo” con un género constante revelará entonces estar organizado por actos reiterados que desean acercarse al ideal de una base sustancial de identidad (Butler, 2007). En ese sentido, se entiende la performatividad como actos, prácticas y normas que se repiten una y otra vez, incluso se refuerzan bajo el marco de dominación masculina heterosexual obligatoria (Nazareno, 2015). En relación con eso, hablo de un performance de la masculinidad dentro del modelo expresado por la narcocultura, basado en acciones simbólicas y expresivas que involucran un proceso comunicativo entre quien los realiza y quien recibe el mensaje. (Del Monte, 2014:117 cita en Olvera, 2016), mediante prácticas y expresiones corporales que caen en un dispositivo de sexo-género (Butler, 2007).

De acuerdo con Cruz, las prácticas performáticas de la masculinidad, son prácticas sociales de violencia que se materializan en el cuerpo de los jóvenes y denotan riesgo, avasallamiento, provocación, intimidación y agresión (Cruz, 2014 citado en Núñez, 2019), estas acciones se hacen de forma repetida hasta naturalizarlas y ponderarlas como la *esencia* de la masculinidad contemporánea. (Valencia, 2020).

Dicho lo anterior, aseguro que desde el interior del narcotráfico se generan subjetividades masculinas que están ancladas en las normas de género masculino hegemónicas, que articulan expresiones entendidas como masculinas para comportarse y moverse, además de la indiferencia ante el peligro, el menosprecio a lo femenino y la violencia como herramienta principal (Valencia, 2020). Este modelo de ser hombre es aspiracional, alrededor de este se han creado mundos de significaciones, que parecen alcanzables, porque forman parte de la historia de muchos, el mensaje de

Ahora bien, no se trata de caer en esencialismos y decir “todos los adolescentes son violentos” y/o “la masculinidad es violenta”; sin embargo, en la mayoría de las sociedades se esperan ciertos códigos y mandatos ligados al género y existen experiencias subjetivas en torno al hecho de ser hombre y/o mujer culturalmente, y es importante rescatar que de acuerdo a los escenarios históricos y geográficos los atributos que van de la mano de la masculinidad se han concebido de manera más o menos diferente. Es la manifestación de lo masculino lo que se transforma según la cultura, pero no la caracterización de la masculinidad en sí (Ávila, 2019); en otras palabras, el modelo de hombre proyectado por la narcocultura es una expresión de masculinidad que retoma y recompone elementos del mismo repertorio que considera lo socialmente esperado por los hombres heterosexuales (Ávila, 2019).

Con base en el trabajo de campo realizado y los planteamientos teóricos de género que constituyen los estudios acerca de los hombres y las masculinidades, es posible concebir a la narcocultura como un campo de fuerza de ideología y práctica, en donde se gestan interacciones influidas por la estructura de género y, entre ellas, disputas por significar las nociones de ser hombre, mujer y otras identidades sexo genéricas (Núñez, 2019), mediante construcciones simbólicas que arrojan una producción de significados y sentidos en un *continuum online-offline*; dentro del campo expresado por la narcocultura, se visualiza la jerarquía de la dominación en relación con la masculinidad.

De acuerdo con Minello, la dominación masculina es ejercida, estructuralmente, por todos los hombres. Esto no significa que no haya dentro del género masculino una estructura jerárquica (Minello, 2002), no se puede pensar a todas las personas del narcotráfico de manera uniforme, dependerá mucho de estatus y el lugar que ocupen dentro de la jerarquía del narco. Unos pocos vivirán el lujo, mientras que muchos otros añoran llegar a tal punto (León, 2019); estos últimos son los adolescentes que componen el grupo, dentro de la construcción de significados en el mundo narco y su masculinidad, internalizan los procesos a seguir para formar parte del modelo de *masculinidad narco*: halcones, vendedores de droga, sicarios, cobradores de piso, secuestradores. Estos forman el proletariado narco, mayoritariamente, viven poco, a gran velocidad, y con emoción por el peligro, son los adolescentes producto de la narcocultura (Acosta, 2014), provienen de los estratos sociales más bajos, ellos (re)significan cada etapa y tienen la aspiración de “quiero ser, quiero tener, necesito tener”, lo interesante radica en la apropiación simbólica que se establece. El deseo de ocupar un lugar en el mundo en el que prima el valor monetario y el reconocimiento de otros mediante el temor (Acosta, 2014).

La internalización de las demandas de consumo exigidas por el sistema económico actual y el discurso heteropatriarcal sí generan una identidad particular (Valencia, 2012), suele ser conseguida por medio del narcotráfico y su producción cultural, donde la violencia extrema es la herramienta esencial para ocupar un lugar, ser reconocido y existir frente a otros.

En ese sentido, existe una pretensión de ocupar un lugar en el mundo vinculado con una vida poco cuidada, cosificada y poco valorada, asociada inminentemente con la economía neoliberal, por su parte, la necropolítica es el concepto que ayuda a entender la cosificación del ser humano propia del capitalismo, que explora las formas mediante las cuales las fuerzas económicas e ideológicas del mundo moderno mercantilizan y reifican el cuerpo: se estudia de qué manera éste se convierte en una mercancía más, susceptible de ser desechada, las personas son reducidas a un conjunto de fuerzas de producción fácilmente sustituibles (Mbembe, 2006).

En relación con lo anterior, el biopoder, desde la noción foucaultiana, es el poder estatal sobre el cuerpo mediante un régimen de control de natalidad. Sin embargo, cuando se habla de necropoder, se puntualiza el derecho de matar, el poder difuso, y no siempre exclusivamente

estatal; inserta la economía de la muerte, en sus relaciones de producción y poder, por lo tanto, los regímenes políticos actuales obedecen al esquema de hacer morir y dejar vivir (Mbembe, 2006). Para la necropolítica, los adolescentes varones y su cuerpo son fundamentales, puesto que éste se concibe como mercancía principal, su cuidado, su conservación, su libertad, su integridad se nos ofrecen como productos, es una mercancía rentabilizable, donde se tiende a desacralizar el cuerpo, tanto el ajeno (para poder comercializar con él a manera de mercancía de intercambio o con su muerte como objeto de trabajo) como el propio; apostar y renunciar a éste adhiriéndose a una lógica kamikaze que indudablemente los llevará a la destrucción corporal y la pérdida de la propia vida, como un precio a pagar, indefectiblemente, dentro de la lógica del enriquecimiento (Valencia, 2010).

En esta misma línea, rescato el concepto de desechabilidad masculina, acuñado por Ernesto Hernández, que refiere a la manera en que un sistema estatal violento provoca la muerte de los varones por la nula importancia que se les brinda y por algunas actividades de riesgo, en este caso el modelo de masculinidad proyectado por la narcocultura: *masculinidad narco*, que empodera, pero al mismo tiempo la sumerge en riesgos inconcebibles para otros hombres (Hernández, s/f). (véase imagen 1)

El honor, el respeto y la necesidad de supervivencia son los motores de una masculinidad comprometida con su propia explotación, la manifestación de una hombría que no se raja es la herramienta de trabajo para el narco, se usa para construir una identidad apropiada para el *jale*. El narcotráfico y el crimen organizado han creado un tipo de masculinidad que es homogénea: tener mujeres, dinero, poder y ser violento, es imperativo de una forma de ser hombre; sin embargo, también corresponde a una vida poco cuidada y valorada, desechable. (Hernández, s/f). De



acuerdo con Benno De Keijzer, el ser varón puede observarse como factor de riesgo, envuelto en la triada de la violencia señalada por Kaufman (1989) los varones podrían hacer daño a mujeres, entre los mismos hombres, pero particularmente así mismos, todo con el fin de demostrar una masculinidad violenta como sinónimo de poder y dominio, particularmente los adolescentes varones y el grupo de pares, necesitan mostrar que “ya poseen” los atributos socialmente exigidos de la masculinidad. En este marco y retomando a Guillermo Rivera, se habla de una masculinidad aprendida, relacionada con los procesos de socialización y la forma en la que se aprende a ser hombre:

En la medida en que la construcción del ser hombre se entiende como un proceso socio-cultural, es que se sugiere que, al ser aprendida, la masculinidad también puede enseñarse de otra forma. Como un proceso de aprendizaje permanente que permite resignificar y depurar elementos culturales que definen nuestra forma de ser (Rivera, 2015).

Los procesos socio-culturales definen, en gran medida, la manera de relación con los otros; en ese sentido, las redes sociales son usadas como una forma de presentación dentro de la vida diaria, incluida la violencia producida de diferentes maneras por el narcotráfico, la exhibición pública constante de esos atributos en relación con la masculinidad y las expectativas de comportamiento que muchas de las veces ponen en riesgo la vida, la salud y la integridad (Núñez, 2005), es importante que la exhibición, ya no sólo sea con las personas cara a cara, sino que se recurre a las redes sociales, como medio de difusión de la masculina a través de una serie de pruebas, por las cuales se espera reconocimiento.

El estudio de las masculinidades en su relación con la violencia y el narcotráfico proyectan la desechabilidad de los cuerpos masculinos, especialmente de adolescentes en condiciones precarias y que introyectaron los mandatos de género para *hacerse hombres* con el objetivo de reconocimiento de otros. Esta representación es transmitida por redes sociales, Facebook es utilizado como plataforma para estas demostraciones, además de que se encuentran con otros grupos de adolescentes que, en diferentes latitudes, espacios, barrios y comunidades, buscan lo mismo, conocer grupo delincuenciales, trabajar para ellos, con dos objetivos claros, conseguir estabilidad económica y respeto (véase imagen 2) aunque la vida sea corta.



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 2

En este collage de imágenes, podemos ver algunas de las publicaciones realizadas por los miembros del grupo, particularmente siguen una misma línea, la búsqueda de trabajo dentro de los cárteles, el objetivo es investigar contactos “fiables”, incluso también se mencionan otro tipo de labores relacionados con la industria narco: como el hecho de hacer corridos para otros, estas imágenes muestran la búsqueda de pertenencia a la comunidad incluso de una manera un poco más personal, al pedir números telefónicos para estar en constante comunicación. Finalmente, las imágenes forman parte de las prácticas cotidianas de demostración.

Los adolescentes varones son utilizados como carne de cañón en el *continuum online-offline* dentro de la narcocultura, primero son usados como mano de obra barata y reclutados por grupos de Facebook (véase, imagen 3), donde se les promete cierta cantidad de dinero, vivienda, lujos y joyas, segundo, el uso de redes sociales por los adolescentes hace factible las publicaciones continuas de un “narcomundo” lleno de fantasías en cuanto a la generación inmediata de algunos placeres y deseos, y finalmente, (re)configuran una forma de masculinidad que infunde miedo, terror y un modelo a seguir.



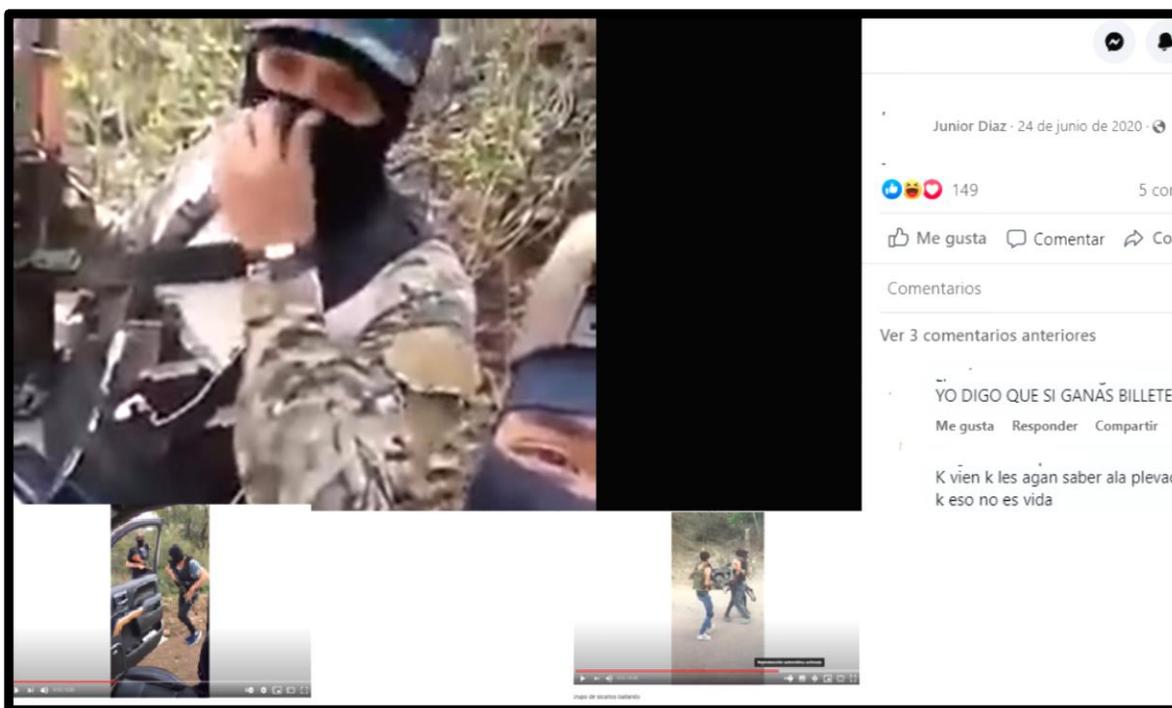
Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 3

Estas imágenes-texto forman parte de los avisos diarios dentro del grupo, en todos observamos ofertas de trabajo para los adolescentes, incluso en alguno se especifica edad para formar parte del cártel, mismo que oscila entre los 10 y 17 años, además de la exposición de sueldos en puestos específicos, destacando habilidades como: la masculinidad fuerte, aventurera y sin miedo como una característica esencial para formar parte del grupo. Estas publicaciones son las que generan más interacción entre los miembros, el objetivo es formar parte del grupo.

Visto lo anterior, aseguro que la *masculinidad narco* es la representación a seguir y está caracterizada por la violencia expuesta no solo de manera física, incluso digitalmente, cohesiona a los miembros del grupo de Facebook, construyendo una identidad relacionada con los valores, símbolos y comportamientos expuestos por la narcocultura, destacando el papel de la *espectacularización* de la muerte en las formas más crueles (véase imagen 4), este hecho tiene un lugar central dentro del grupo, existe un gusto por la violencia y la destrucción,

el deseo de matar y/o ver morir al otro por no cumplir con los mandatos del modelo de hombre imperante.

Existe una relación entre el proyecto de masculinidad producido por la narcocultura por diferentes industrias culturales; sin embargo, el papel de las redes sociales es fundamental para enganchar a la población objetivo: los adolescentes-varones. Las redes sociales son el puente de enlace entre la realidad social violenta y las prácticas de significación en estos espacios, que también generan identidades y pertenencia, afectos y comunidad. La visualización de imágenes y videos dentro del grupo, intensifican la proyección de masculinidad expuesta por la narcocultura, misma que influye en el imaginario colectivo de los miembros, el uso de redes sociales ayuda a la exhibición no sólo de riquezas, sino de la formación de cómo *hacerse hombre*, la narcocultura tiene su mayor potencial de difusión por Internet, en especial en la circulación de imágenes y videos.



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 4

Estos videos son publicados en el grupo (también se encuentran en YouTube) y representan de manera rápida (el video más largo es de dos minutos) la glorificación de la violencia dentro de la delincuencia organizada, por medio de risas, bailes con armas y disparos al aire se muestra un ambiente divertido, aventurero y al mismo tiempo permite la construcción de prestigio y respeto frente a los demás incluidas las redes sociales; los comentarios surgidos recaen en la economía y en el dinero que posiblemente se pueda ganar siendo afortunados de pertenecer.

En cuentas de Instagram y Facebook, se suben fotografías donde se puede analizar las representaciones del performance de poder, en los videos de YouTube, nadie puede detener la proliferación de los narcocorridos o el narcorap, con imágenes explícitas, encontradas en videos profesionales o amateur (León, 2019). Estos últimos videos son los que tienen mayor difusión dentro del grupo, las actividades de los integrantes de los cárteles son grabadas, ya sea dando despensas a comunidades (véase imagen 5), enfrentamientos con militares y/o masacres, torturas y muertes, estas imágenes y/o videos venden identidades, ya que muestran los elementos necesarios para enlistarse dentro de proyecto de masculinidad y entonces se va aprendiendo; por otro lado, y de acuerdo con Alejandra León, es importante la edad de la audiencia, para los cuales son representados estos performances de poder, a hombres y mujeres jóvenes que ven en la narcocultura un modo de vida, donde el éxito total sería llegar a ser un gran capo (León, 2019).



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 5

A manera de síntesis, destaco el papel de las prácticas audiovisuales en estos escenarios tecnológicos que van produciendo determinadas subjetividades, Sibilia menciona que “usar palabras o imágenes es actuar: gracias a ellas podemos crear universos y con ellas construimos subjetividades, nutriendo el mundo con un rico acervo de significaciones, el flujo de imágenes en la red da sentido a nuevas prácticas de exhibición de la intimidad (Sibilia, 2009), que al menos en relación con la narcocultura muestran fantasías engañosas, que hablan de intimidades inventadas que se deben hacer públicas y visibles.

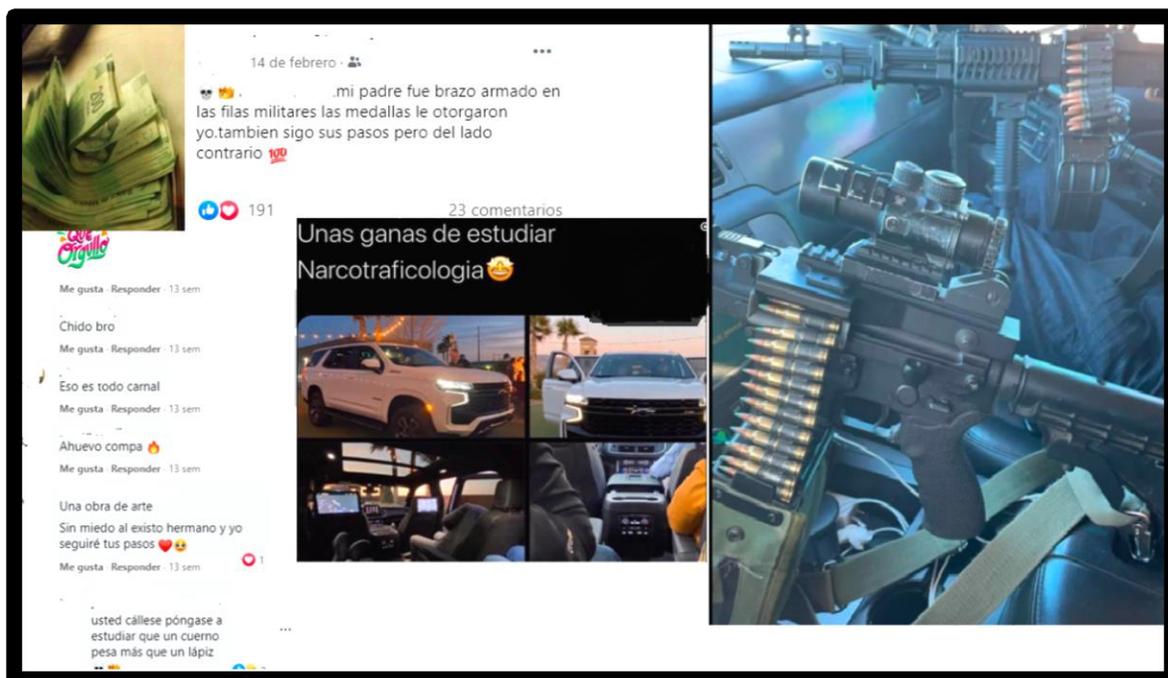
3.2 Narcocultura

La categoría de narcocultura me permitió conocer los procesos de significación transmitidos a las prácticas relacionadas con el narcotráfico como actividad ilegal en el trasiego de drogas, destacando, por un lado, el despilfarro, la opulencia, la transgresión, el incumplimiento de la norma, mandatos heteropatriarcales entre hombres y mujeres, estos modos de ver y vivir la vida, inciden en un proyecto particular de construir una realidad que se interioriza y acepta no sólo a nivel geográfico y local (Ovalle, 2005), también en el ámbito digital. Estas prácticas y acciones se enuncian como parte de un itinerario que cumplir en cierto grupo de adolescentes varones, con particular interés en formar parte de estos grupos con alguna curiosidad en saber qué contenidos se pueden encontrar en estos lugares, manifestando un *continuum online-offline*.

Los narcos han venido a jugar parte del papel del Estado y han dado respuesta a demandas de las comunidades en materia de vivienda, espacio público, educación, recreación y diversión, economía, ascenso social, entre otras. De esta forma el “narcomundo” ha podido cristalizar el discurso legitimador de sus acciones al presentarse socialmente como “gente comprometida con el desarrollo regional” y que no sólo se vale de prácticas paternalistas, también existen mecanismos de alto contenido simbólico con los cuales estos grupos comunican su existencia y persistencia como proyecto de inclusión y como forma de vida (Ovalle, 2005), incluso representando en contenidos *online*, la formación de estos grupos y la pertenencia a los mismos incluye a esos adolescentes, quienes se sienten atraídos por los contenidos, símbolos, signos, emblemas, etc.

Este contenido simbólico, en términos de Geertz, genera estructuras de significación que son transmitidos históricamente por la influencia de los contextos sociales, políticos y económicos, y se expresan mediante códigos sociales, reglas, normas, valores y comportamientos. En síntesis, “somos individuos guiados por esquemas culturales y por sistemas de significación históricamente creados en virtud de los cuales formamos, ordenamos, sustentamos y dirigimos nuestras vidas. Y los esquemas culturales no son generales, sino específicos, existen nociones particulares acerca de lo que significa ser hombre y/o mujer de acuerdo al contexto” (Geertz, 2003).

Dentro del grupo de Facebook, pude distinguir la expresión de la violencia producida por el narcotráfico mediante sus formas simbólicas manifestadas no sólo por las acciones, donde la imagen del narcotraficante tiene un carácter violento predominando cierto tipo dominio y poder sobre otros y castigando a los miembros que no comparten dichas visiones, haciendo una alegoría a las acciones *offline*; también resalto la existencia de algunos modos de comportamiento, basados en el estereotipo del narco, propiciado por los mensajes de la industria cultural, misma que tiene un papel importante en la construcción de subjetividades, destacando prácticas de consumo entre comidas, ropa, dinero, drogas, alcohol, mujeres, autos, armas (Ovalle, 2005). Estas demostraciones se convierten en estructuras de significación socialmente establecidas que orientan la acción, en este caso, de cierto grupo de adolescentes varones y los convierten en modelos a seguir. (véase imagen 6)



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 6

En estas imágenes podemos ver algunas de las concepciones simbólicas producidas por la narcocultura, entre armas, autos y dinero se va produciendo significados que se expresan en los comentarios expuestos, en los cuales se busca seguir los mismos pasos de aquellos que son vistos como modelos a seguir

En consecuencia y de acuerdo con Giménez (2005), lo simbólico recubre el vasto conjunto de los procesos sociales de significación y comunicación; en ese sentido, las formas simbólicas expuestas por la narcocultura, por un lado, forman una dimensión constitutiva de

las prácticas sociales, ninguna organización delictiva podría concebirse sin esta dimensión simbólica, y por otro lado, estos sistemas simbólicos son utilizados como un instrumentos de ordenamiento de la cultura del narcotráfico propiciando estándares subjetivos (“modelos de”), es decir, existen patrones de conducta interiorizados por las miembros del grupo de Facebook y por otro lado, estas se expresan en las orientaciones de la acción (“modelos para”), o dicho de otra forma, la narcocultura es actuada y vivida desde el punto de vista de los actores y de sus prácticas dentro del grupo (Giménez, 2007)

Bajo este esquema, las formas simbólicas se interiorizan en el imaginario colectivo, ayudados por las industrias culturales, cine, música, televisión, radio, incluyendo las nuevas tecnologías de la información, misma que permite un incremento en la producción cultural, particularmente en redes sociales. Las imágenes y videos relacionados con la narcocultura toman un papel trascendental en la producción de significados al menos en los adolescentes varones y configuran un conjunto de prácticas sociales alrededor de dicho fenómeno, mismas que son aceptadas y en algunos casos se vuelven punta de lanza para querer adherirse a grupos delictivos fuera de línea. (véase imagen 7).

En ese sentido, la narcocultura despliega un mundo imaginario, forjado a partir de una proyección creativa intrínseca a la imaginación, integrado por un depósito de leyendas, mitos o figuras



Particularmente, considero que está publicación legítima los grupos de Facebook como instrumento para la anexión a grupos delincuenciales. Expone el testimonio de un adolescente, que, como muchos, hizo contacto con alguien por esta red y resultó ser un éxito, incluso señala que muchos de los miembros, perfiles y grupos pueden ser falsos, sin embargo, brinda confiabilidad a los integrantes de la agrupación analizada por que él sí puedo incorporarse.

Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 7

nacidas del despliegue de la fantasía. Es una parte fundamental en la conformación de la significación de lo real (Carretero, 2004), interviene en los comportamientos y sensibilidades de los sujetos sociales, se encuentra en el exterior en prácticas y discursos y se expresa en producciones de sentido, que orientan y dirigen toda la vida de los individuos que constituyen una sociedad (Agudelo, 2011).

De acuerdo con lo anterior, se puede decir que, en la sociedad del México contemporáneo y particularmente los adolescentes varones y sus prácticas culturales en el ámbito digital dentro del campo analizado, representa un espacio de libertad y de inclusión relacionado con la narcocultura, por medio de formas simbólicas externas e internas, que inciden en la construcción de identidad, de ideas, acciones y hasta motivantes que influyen en sus prácticas cotidianas y la manera en la construyen la realidad (Hernández, 2018). Estas formas simbólicas internas, pueden ser comprendidas desde el concepto de *habitus de* Bourdieu, ya que permite una articulación entre lo individual y lo social, las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas. Al mismo tiempo permite comprender que ambas formas, lejos de ser ajenas entre sí y de excluirse recíprocamente, constituyen más bien dos estados de la realidad, que se asientan y se inscriben, a la vez e indisolublemente, en los cuerpos y en las cosas. Formando un sistema de disposiciones para actuar, percibir, sentir y pensar de cierta manera, interiorizado e incorporado por los individuos, el *habitus* se manifiesta en sentido práctico, es decir, por la aptitud para moverse, actuar y orientarse según la posición ocupada en el espacio social (Bourdieu, 1980 citado en Giménez, 2002).

Una consideración trascendental acerca del origen del *habitus*, es que se asocia con dos procesos diferentes y que se han remarcado a lo largo de esta investigación: por un lado, la inculcación cultural y por otro, la incorporación de determinadas condiciones de existencia. La inculcación supone una acción pedagógica efectuada dentro de un espacio institucional (familiar o escolar) (Giménez, 2002), si bien, he señalado el papel trascendental del proceso de aprendizaje sobre la masculinidad como un *deber ser* por parte de la familia en los sujetos biológicamente machos y/o socialmente hombres; la incorporación, en cambio, remite a la idea de una interiorización, por parte de los sujetos, de las regularidades inscritas en sus condiciones de existencia, ambos procesos, si bien distintos, estarían recíprocamente relacionados entre sí. Debido al hecho de que cada institución ejerce su poder de inculcación

a través de la mediación de condiciones de existencia específicas (Giménez, 2002). Esas condiciones específicas, están plasmadas en el mercado neoliberal existente, en las condiciones de violencia extremas y hago especial hincapié en el desarrollo tecnológico y el universo de redes sociales, en este sentido, puedo entrelazar una relación directa con la Teoría del Actor Red expuesta por Bruno Latour, centrada en la relación entre los usos sobre la tecnología; es decir, qué hacen las personas con ella, los objetos como elemento entre la interacción actor-práctica y la eminente relación recíproca entre usuarios, tecnología y acción que conforma una sociología de las asociaciones, hablando no de esencias o sustancias sino de entramados de relaciones, ensamblajes, mediaciones o asociaciones donde existen agentes, todos los cuales podrían actuar (Larrión, 2018); es decir, existe una capacidad actuante, en este caso, los usuarios adolescentes miembros del grupo, no sólo reciben la información, sino que hacen uso de ella, exponen sus puntos de vista y reaccionan a aquellos usuarios que no se encuentran dentro de la norma de la *masculinidad narco*.

Finalmente, se afirma la existencia de esquemas de comportamiento producto del narcotráfico junto con sus construcciones simbólicas; en ese sentido, hablamos de un dispositivo de género que produce cierto tipo de hombres y mujeres⁴⁰ con particulares comportamientos y valores hetero/masculino/patriarcales (Núñez y Espinoza, 2017).

El mercado neoliberal impera con las ideas de consumo, riqueza y poder como sinónimo de prestigio, estatus social y respeto (Hernández 2018). De acuerdo con Maihold y Sauter (2012) la cultura del narco es producto de la modernidad capitalista: capital, máquinas y consumo, el cumplimiento popular del sueño del mercado neoliberal: ¡consumirás y serás libre! Asimismo, es premoderna: moral de compadrazgos y también es postmoderna: vivir el momento, consumir al máximo.

Si bien, las industrias culturales han sido trascendentales para promover ciertos tipos de modelos de masculinidad y feminidad en relación con el narco, es indudable el papel de las

⁴⁰ El carácter marcadamente androcéntrico de la narcocultura no significa que las mujeres están ausentes. Ellas son un elemento fundamental, aunque secundario, en el horizonte de la propuesta ideológica que entra la cultura del narco. Así, las mujeres se convierten en testigos fundamentales para la construcción de los sujetos masculinos/heterosexuales, pero no como sujetos, sino como aquellos objetos necesarios donde contrastar la masculinidad que exige el narcotráfico a sus integrantes. Por tanto, ellas han de ser y aparecer siempre hiperfemeninas en sus cuerpos; se les reduce a la calidad de objetos sexuales intercambiables, y en último término, desechables (Núñez y Espinoza, 2017) En ese mundo, las mujeres no son más que “trofeos” para presumir y descartar con posterioridad (Mondaca, 2015 citada en Núñez y Espinoza, 2017).

redes sociales como elemento de publicidad. Tienen una función comunicativa que permite llegar a poblaciones jóvenes con el objetivo de promover, conocer y aspirar a formar parte de cualquier grupo delictivo con la consigna “todo vale por salir de pobre, una afirmación pública de que para qué se es rico si no es para lucirlo y exhibirlo” (Rincón, 2012 citado en Maihold y Sauter, 2012). La narcocultura despierta aspiraciones para salir de situaciones precarias o bien para lograr respeto y estatus social; se acepta el “pacto fáustico” del dame un poder inimaginable, la posesión de millones de dólares, de autos y las residencias y las hembras superapetecibles y la felicidad de ver el temblor y el terror a mi alrededor y yo me resigno a morir joven, a pasar los últimos instantes sometido a las peores vejaciones (Monsiváis, 2004, citado en Maihold y Sauter, 2012).

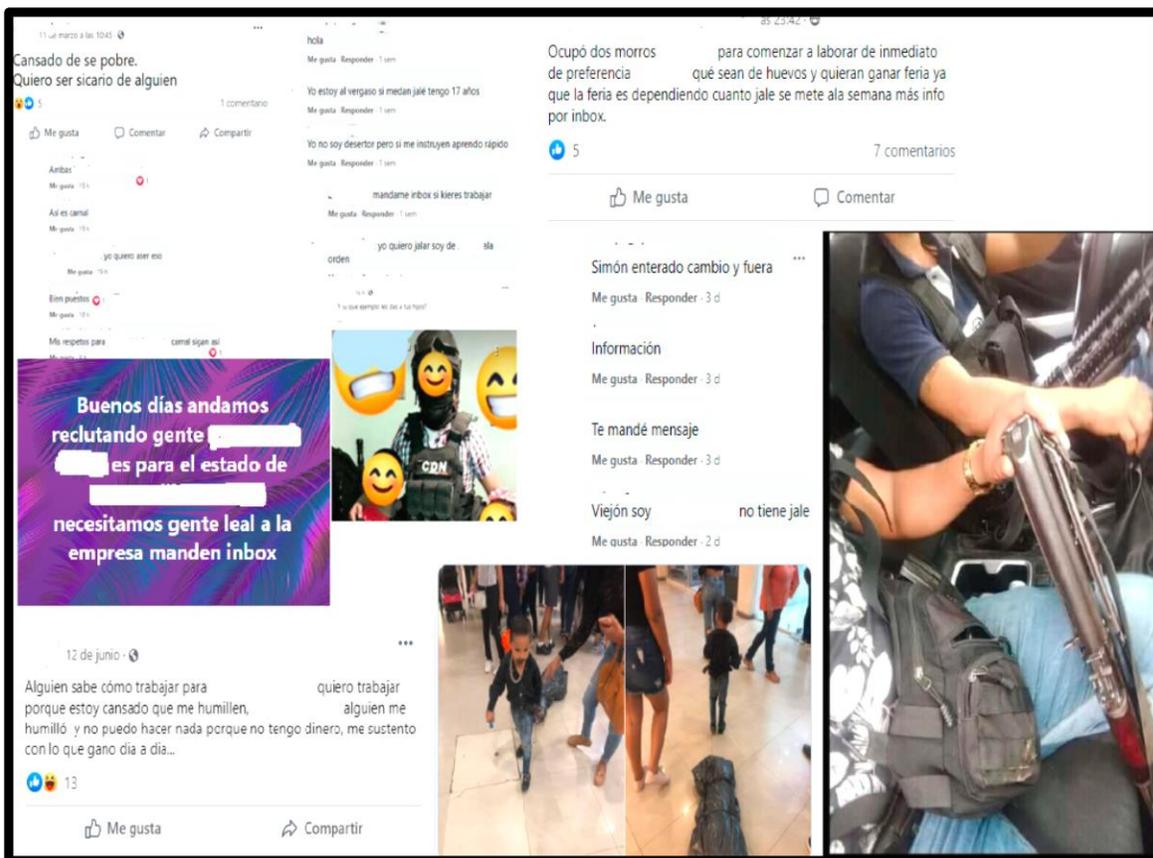
Las redes sociales, muestran mediante imágenes y/o videos los “beneficios” de formar parte del narco: dinero, autos, joyas y mujeres, la herramienta para dichos objetivos, la violencia extrema, que se torna divertida, festiva y graciosa, tanto que es necesario visualizarla, exhibirla, porque cualquiera puede aspirar a formar parte de estos grupos de manera *online* y después se concreta de forma *offline*.

3.3 Redes sociales

A través de esta última categoría: redes sociales y particularmente el grupo privado “Fiesta en la madriguera”, la figura del administrador fue un parteaguas en las formas de interacción, cuando el grupo está manejado por hombres y específicamente como es el caso, adolescentes, las publicaciones, interacciones y prácticas van en otro orden, se exaltan los valores dominantes expuestos por la narcocultura en cuanto a la proyección masculina, como tener una personalidad poderosa, portar armar o ser un *chingón* (Barragán, 2015), así como mostrar mediante diferentes medios (imágenes y/o videos) fuerza, valentía, pero sobre todo, estar dispuestos a vivir y ser parte de un ambiente de violencia que caracteriza a la masculinidad misma que es pregonada y la convierte en un modelo en cual se puede erigir, dada la precarización económica, creando así una cultura de reificación del crimen (Valencia, 2016) (véase imagen 8).

Resalto que, si bien, NO todos los adolescentes miembros del grupo simpatizan con las publicaciones, existen cierta curiosidad que los hace inmiscuirse dentro del grupo y considerar lo que piensan y expresan sus congéneres. De acuerdo con Valenzuela Arce, la

pertenencia, membresía, participación y adscripción de los adolescentes en grupos remite a un abanico amplio de opciones en las cuales se debe reconocer que los grupos poseen una organización definida de manera implícita con reglas del juego y formas de participación (Valenzuela, 2009 citado en León Olvera, 2016). En los campos *online* surge exactamente de un modo similar dicha organización, la existencia de líderes que manejan el grupo, códigos entre los mismos y relaciones de poder en un *continuum online-offline* que se muestra representado mediante ciertas expectativas de vida, ligadas al mundo de los lujos y placeres con visiones de consumo y hetero/andro/patriarcales.



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 8

En este collage de imágenes, se muestran comentarios relacionados con la precarización económica y el deseo de tener para tener estabilidad y ascenso social, por otro lado, existe una aspiración de pertenencia a estos grupos para dejar de recibir “humillaciones”, dando por sentado, el respeto que se configura en estos espacios, además la muestra de armas constates e imágenes “aprobadas” por el grupo para este tipo de actividades, particularmente, se muestra un disfraz de “sicario” en un niño y un papá con sus hijos.

De acuerdo con Lilian Ovalle la cultura del narcotráfico permite entender un conjunto de acontecimientos vinculados a la acción humana, por los cuales circulan modos de apropiarse y vivir determinadas realidades sociales alrededor de la comercialización de drogas ilegales; uno de los elementos más importante de la cultura del narcotráfico es el proyecto de fantasía social de inclusión que genera (Ovalle, 2005), desde una promesa de riqueza, lujos, mujeres, joyas y poder, hasta mejores posiciones en la escala social.

Lo que desde el lenguaje se podría denominar fantasías sociales corresponde al hecho de que, en ellas, cada sujeto puede ocupar lugares sociales distintos a los que tiene por su posición y condición de clase. Un resultado social de la fantasía como mecanismo ideológico es que parece que no impone nada; es decir, no hay reglas y/o disposiciones clasificadoras, que se constituyen al margen de la autonomía de los sujetos. Desde esta posición, es posible entender por qué participamos tan “simplemente” de ellas y por qué las “obedecemos” (Scribano, 2008); las fantasías expuestas por la narcocultura en relación con los adolescentes-varones, disfrazan la idea de *hacerse hombre* en relación a contextos violentos, en ese sentido, un componente importante de la fantasía es que todos el mundo se puede colgar, enganchar, participar en ella; y debido a que en tanto sujetos somos una pluralidad, podemos “colgarnos” en y desde cualquier lugar. Cuando el sujeto se “engancha”, o se “prende” de alguno de los componentes de una fantasía social, lo que está haciendo es depositar la construcción identitaria y de posibilidad de reconocimiento en el otro (Scribano, 2008).

Dicho lo anterior, la construcción de identidad de este grupo de adolescentes-varones se basa en la fantasía social creada alrededor de la narcocultura, misma que les hace considerar pertenecer no sólo al grupo *online* sino *offline*, entrando en lo que Bourdieu denomina la *Illusio*, es decir, la idea imperante de considerar que “el estar dentro de ese campo merece la pena”; en otras palabras, aceptar lo que acontece dentro de ese campo social determinado y que tiene sentido, ya que sus apuestas son importantes y dignas de ser emprendidas.

Otro de los hallazgos enfrascado en el ámbito de redes sociales se encuentra en el papel de las imágenes y su relación directa con el modelo de masculinidad proyectado por la narcocultura; desde el punto de vista de Gómez Cruz tienen dos objetivos importantes: por un lado, es una forma de vigilancia y, por ende, de control, en contraposición con la idea del uso de la imagen como representación y por lo tanto, como una forma de empoderamiento

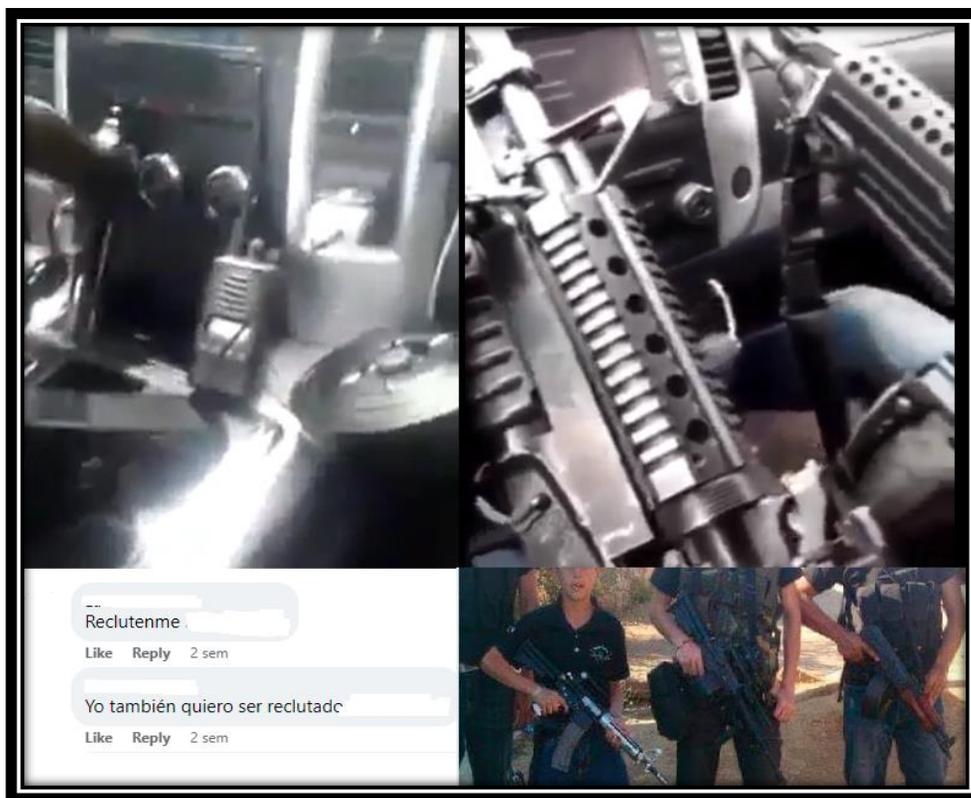
para determinados colectivos, formando una dialéctica entre un control impuesto y un empoderamiento personal (2012). Es decir, existe una nueva forma de control de la subjetividad en los adolescentes varones al menos en el campo analizado, sumado al tiempo y al número de veces que puede ser vista, por lo tanto, no hay marcos sociotemporales definidos.

Un segundo componente, es que la imagen nunca es una realidad sencilla, pues está llena de contenido silencioso, donde sólo cabe la interpretación de quién juega el rol del espectador, por lo tanto, la imagen no es exclusividad de lo visible, ya que detrás de cada imagen publicada existe una intención, una historia, un pensamiento y las distintas interpretaciones que le darán los muchos espectadores que podrán observarla (Rancière, 2011 citado por Boegeholz, 2019). Estas interpretaciones son generadas desde sus esquemas cognitivos, ideologías, mentalidades, actitudes, creencias junto con el *stock* de conocimientos propios (Giménez, 2007) incluyendo sus experiencias cotidianas y el entorno en el que se desenvuelven, constituyen formas internalizadas de la narcocultura, resultantes de la interiorización selectiva y jerarquizada de pautas de significado por parte de los miembros del grupo (Giménez, 2007).

Las imágenes y videos descritos anteriormente, demuestran una configuración de la *masculinidad narco*, por medio de la portación de armas, que como bien mencionaba, tiene una significación simbólica como “hombre” con virilidad, fuerza, valentía, agresividad, pero sobre todo violencia, esta última aprendida en ciertos contextos y vinculada a proceso de socialización identificado como un comportamiento a seguir por parte de la masculinidad, como una adquisición genérica, en ese sentido y de acuerdo con Fonseca (2015), la personalidad del individuo no está relacionada únicamente con la información personal ingresada en su perfil, sino que también el tipo de comentarios que realiza y las imágenes que publica. Generalmente, los adolescentes publican imágenes que saben serán del gusto de los demás contactos, con la finalidad de sentirse aceptados socialmente (Fonseca, 2015 citado por Boegeholz, 2019).

En esta misma línea, indico un tercer hallazgo relacionado con la identidad dentro de espacios digitales y particularmente dentro del grupo privado “Fiesta en la madriguera”; en el capítulo uno, expongo la concepción de la identidad como una serie de características y/o rasgos que

reconocen al sujeto frente a los demás, proceso que proviene principalmente del exterior, donde interviene la cultura, la familia, el Estado, etc. Dicho de otra forma, la identidad también se puede definir como la construcción del sentido del ser, ya que es la manera en que las personas tienen para definirse ellas mismas (Boegeholz, 2019). En ese sentido, dentro de las redes sociales, los propios usuarios construyen y expresan su “yo” publicando características de sí mismos y agregando y compartiendo su actividad en Internet, misma que busca en la mirada de los otros la conformación de la propia existencia (Serrano-Puche, 2013). Dentro de “Fiesta en la madriguera” existen elementos que los caracterizan sobre otros grupos con la misma temática, es común que la presentación de los miembros se enrole con imágenes relacionadas con la narcocultura, desde armas, radios de comunicación, dinero en grandes cantidades, alcohol, mujeres, autos de lujo, joyas, animales exóticos (véase imagen 9), etc.,



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 9

Las imágenes permanentes de armas como elementos simbólicos de hombre dominantes son aceptables, además de que se normaliza utilizar la violencia como herramienta de sobrevivencia, pero también de prestigio, la idea de poder, genera en los miembros del grupo un modelo.

Junto con esa información dada inicialmente al crear su perfil, los miembros del grupo continúan expresando su identidad por medio de su actividad *online*, ofreciendo un “performance” de sus gustos y aficiones, recomendación de enlaces, actualizaciones de estado, comentarios, interacciones con los otros miembros (Serrano-Puche, 2013), que regularmente giran en torno a los beneficios “fantasiosos” de formar parte de un grupo delincinencial. Se asegura entonces que, las peculiaridades del entorno digital, donde no se produce un encuentro cara a cara ni necesariamente la simultaneidad temporal, potencian la capacidad de la persona de presentar su identidad de manera controlada y selectiva, pudiendo decidir qué, cómo, cuánto y cuándo revelar su “yo”. Al presentarse a sí mismo, el individuo define la situación comunicativa, escogiendo una “máscara” que se ajuste al contexto de la interacción y a las impresiones que quiere causar en los demás (Serrano-Puche, 2013).

Otro punto a destacar se refiere al papel de la violencia dentro del grupo, la cual es visualizada de dos rubros diferentes: 1) Forma de control, por medio de comentarios a publicaciones que externalizan la pertenencia a grupos delincinenciales como una forma de trabajo, como una forma de vida y/o como una manera de ascender a ciertas posiciones sociales, algunos usuarios exponen su inconformidad ante dichas posturas, estos inmediatamente son atacados y sacados del grupo, en primera instancia, el control comienza con la persona al mando del grupo (el administrador), seguido de los usuarios(#1,#2), mencionados en el capítulo dos, estos ataques estaban centrados en la “denigración” de la masculinidad hegemónica, al mencionar “*estos no son hombres de verdad*”, “*no saben lo que quieren*” “*son unos putos*”, estos insultos violentos comenzaron a ser parte de lenguajes rutinarios, incluso creando códigos de comportamiento y en tal sentido, debían acatarse o bien, quedar expulsados, aseguro que dentro del grupo se transmiten valores y creencias compartidas en relación con un proyecto de masculinidad, cuando el espacio colectivo es puesto en duda o se percibe vulnerable por intervenciones de nuevos usuarios o participantes en conflicto (Zires, 2014), se anulan y borran esos otros, dejando en claro que si no cumples con el ideal masculino entonces no sirves, eres desechable para los otros (Hernández, 2003).

¿Cómo analizar dichas frases? Los estudios de los hombres han planteado que la sexualidad constituye un ámbito importante de la construcción de la masculinidad, de tal forma que ser un “hombre de verdad” se evidencia a través de la heterosexualidad, la conquista de mujeres

y, sobre todo, mediante la reproducción (Viveros Vigoya, Olavarría, 2001 en Hernández 2012), al mencionarse la palabra “*putos*” se cuestiona la hombría o al menos la demerita, Gayle Rubín, mencionó hace tiempo, que la manera de validar nuestras sexualidades se había enmarcado bajo esencialismos de la heterosexualidad (1989), aquellos que no entren bajo esa norma que incluye otro tipo de calificativos y atributos, entre ellos el poder, dominio, virilidad, potencia sexual (características comunes en los comentarios expuestos), valentía, fortaleza, honor, todos ellos valores culturales a los cuales los hombres deben acceder y mantener para ser verdaderos hombres (Jiménez, 2003) han quedado expulsados, al menos, del grupo, transgrediendo en cierto sentido su masculinidad.

2) Por otro lado, la violencia y su exhibición digital expresada de forma divertida y graciosa. Dentro del grupo proliferan particularmente videos en tono festivo sobre lo que significa pertenecer a cierto grupo delincuencia, entre bailes, risas, cantos y fiestas acompañados de música popular⁴¹, armas largas, camionetas, muestran estilos de vida que parecen ser disfrutables, puntualizando de nueva cuenta, las fantasías sociales difundidas por la narcocultura, estas representan un impacto en aquellos que miran y reproducen el video las veces necesarias, hablamos de la existencia de una seducción visual que se apropia de los afectos y apela a los códigos de emotividad e identificación, en la medida que crea un simulacro de comunidad extensa enraizada en los valores del capitalismo gore y su culto a la violencia como herramienta de control, de trabajo y de filiación social (Valencia y Sepúlveda, 2016), incluso de diversión. Desde el punto de vista de Alejandra León (2019) se habla de un *narcomarketing*, entendido como una gestión comercial de los cárteles, donde su publicidad se puede dividir en dos campañas: la del hedonismo y la del terror. Esto con el fin de permanecer siendo empresas vigentes, donde captarán clientela y empleados. Por eso, las redes sociales son fundamentales para dichas promociones, propagando el discurso de responsabilidad social, de coerción, de aspiración donde el *narco* es una forma de salir adelante en el mundo capitalista (León, 2019) además de la (re)afirmación de un modelo de masculinidad debido a dichas prácticas.

⁴¹ Particularmente los narcocorridos y/o canciones que reflejan realidades sociales de los lugares donde el narcotráfico se vive más cercanamente, a la vez que reflejan el sentir de la población con respecto a lo que estos conflictos generan (Tiznado, 2017).

En las redes sociales existen posts que se suben a diarios de las imágenes, videos, o memes que circulan en distintas plataformas, ya sea de uso más global como Facebook, Twitter, Instagram o algo más local como el Blog del Narco. Vemos que la elaboración de esta publicidad es especializada o no especializada, con la capacidad de contratar publicistas o con la manufactura propia de una narcomanta escrita a mano y con mala ortografía, o también están las *selfies*, esa creación de la autoimagen, de lo que cada persona quiere mostrar. Es probable que, en las acciones realizadas, no se piense de manera explícita como una estrategia de marketing, pero sí como una forma de visibilizar su ejercicio de poder. Los discursos pueden ir desde el miedo y control, atracción, lujos y consumo. (León Olvera, 2019).

Es importante mencionar que el *narcomarketing* más allá de una estrategia de venta, es entendido como un medio de publicidad, al menos dentro de redes sociales y particularmente en Facebook, que ayuda a demostrar un tipo de vida aventurero, poco cuidado, con la convicción de estabilidad económica pero también con la demostración de hombres valientes incluso en algunos casos altruistas en comunidades que en el imaginario colectivo ejemplifica un modelo de hombre a seguir.

Dentro del grupo se rescatan varios vídeos difundidos en otras plataformas como el Blog del Narco. No obstante, el objetivo es demostrar códigos relacionados con el narcotráfico y la pertenencia al mismo en donde se infunde terror, los comentarios son de aceptación y de legitimidad, ante imágenes que proyectan castigos hacia otros de manera divertida; estos correctivos hieren y matan literalmente con la justificación de no cumplir con los cánones forjados dentro de la *masculinidad narco*, entre ellos, ser soplón⁴², traicionar al grupo, ser capturado por los contrarios. De acuerdo con Andrade Valdivia, el terror es una forma de violencia tanto directa como indirecta, su forma de producirse es en primera instancia, a partir de agresiones y actos de violencia directa; en segunda instancia, su forma de reproducirse en una forma de violencia indirecta es a través de los medios masivos de comunicación, así como en imágenes de la violencia expuesta ante la población que van

⁴² Ser un soplón, constituye la antítesis de los códigos de silencio y discreción forjados en la narcocultura, mismos que deben respetarse y cumplirse (al igual que la honestidad y la honradez) so pena de pagar con la vida sin importar negar los hechos: el negocio tiene reglas, y es de hombres acatarlas (Hernández, 2012).

generando un imaginario social basado en la violencia (Andrade, 2020). Es necesario recalcar que la campaña de terror, genera elementos de otro tipo de admiración y simbolización, para ser un elemento de consumo en una sociedad que ha normalizado la violencia, esta forma de consumir imágenes, se puede atribuir al constante bombardeo de contenidos visuales, donde ante nuestros ojos, desfilan cuerpos que terminan por ser desconocidos al ser consumidos día con día (León Olvera, 2019).

En la opinión de Sayak Valencia y Katia Sepúlveda, la glorificación de la violencia contemporánea es una práctica cultural y de consumo, la cual se apropia de varios niveles de la subjetividad transmitidos por redes sociales, en donde se rentabiliza el trabajo de la muerte, caracterizada por el régimen neoliberal, mediante imágenes y/o videos donde se exaltan clanes, grupos o fuerzas que desafían y desestabilizan el orden de las cosas con una particularidad, y es la distribución de perspectivas heteropatriarcales, misóginas y la incitación a vivir de manera extrema y acelerada (Valencia y Sepúlveda, 2016), donde el papel de los cuerpos es importante para la demostración de cierto tipo de crueldad que suelen exponerse en grados distintos para ser vistos por la población por diferentes medios, y donde es posible reconocer que se ha perdido cierta sensibilidad y junto con ella, la capacidad de indignación (Antón y Damiano, 2010 citado en Andrade, 2020) Se puede decir que la violencia se normaliza, pues al ser utilizada como campaña de promoción, todas esas ejecuciones, cuerpos y tiroteos, pasan a un segundo plano, o ni si siquiera logramos significarlos de tantas imágenes iguales o parecidas que vemos. La narcocultura, al ser el resultado de las dinámicas capitalistas que rigen el mercado, genera un tipo de vida y productos, se genera un deseo de consumo y posesión (León Olvera, 2019).

Un análisis fundamental de este tipo de violencia dentro del grupo, en términos de Scheper-Huges y Bourgois, trata de resaltar un continuo de tres procesos violentos que son imperceptibles a simple vista (2009), sin embargo, suelen estar presentes en las violencias cotidianas *online* y *offline*, por un lado, existe una violencia estructural, moldeada por instituciones gubernamentales, en este caso presentada dentro del territorio por el uso de fuerzas armadas para “salvaguardar” la seguridad de los ciudadanos, dando como resultado una polarización entre “buenos y malos”. Innegablemente el adversario se encuentra dentro del crimen organizado y su combate es por medios violentos; en esta misma línea, la

importancia del mercado neoliberal y las prácticas de subsistencia. Estos discursos y prácticas son mostrados dentro del grupo mediante las imágenes y/o videos, el papel del hombre militar caracterizado por combatir y proteger a la población en general no tiene importancia, ese “patriótico-defensivo” ha quedado relegado dentro del orden jerárquico de las masculinidades. La imagen tradicional de la masculinidad militarizada ha dejado de ser funcional incluso para el propio ejército. La imagen clásica del militar, con su fijación en combatir y matar, ya no tiene el papel protagonista en unos ejércitos altamente tecnológicos y con un amplio reparto de funciones (Speck,1998), sumando los abusos constantes de poder y violaciones a derechos humanos (véase imagen 10)



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 10

Este texto representa la búsqueda de justicia por un adolescente de 13 años que fue violentado por autoridades estatales, la confianza y credibilidad la deposita en los grupos delincuenciales.

Los abusos de poder por parte de militares y policías no son un tema menor dentro del grupo, el imaginario colectivo que impregna es la búsqueda de justicia, misma que no se encuentra en las instituciones gubernamentales, sino en los grupos delictivos que en algún momento ayudaron a la reactivación de economías locales, construcción de escuelas, repartición de despensas a grupos vulnerables, entre otros tipos de apoyos; estas acciones han construido

simbolismos entre la población, enarbolando, en cierta medida a los grupos delictivos y formando un arquetipo de héroe⁴³, protector de los pobres que proviene del mismo lugar y dispuesto a ayudar.

Por otro lado, y retomando el continuo de violencia señalado por Scheper-Huges y Bourgois, existe una violencia simbólica que se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador cuando no dispone, para imaginarla o para imaginarse a sí mismo de otro modo (Bourdieu, 1998). Es así como las lógicas neoliberales de consumo existentes crean una idea normalizada de que para alcanzar algún bien material o escalar dentro del ámbito social, el uso de la violencia y su relación con la *masculinidad narco* son herramientas que puede ser utilizadas en beneficio; dentro del grupo existe una normalización en las formas de actuar, de las prácticas y comentarios en relación con lo anterior (véase imagen 11).



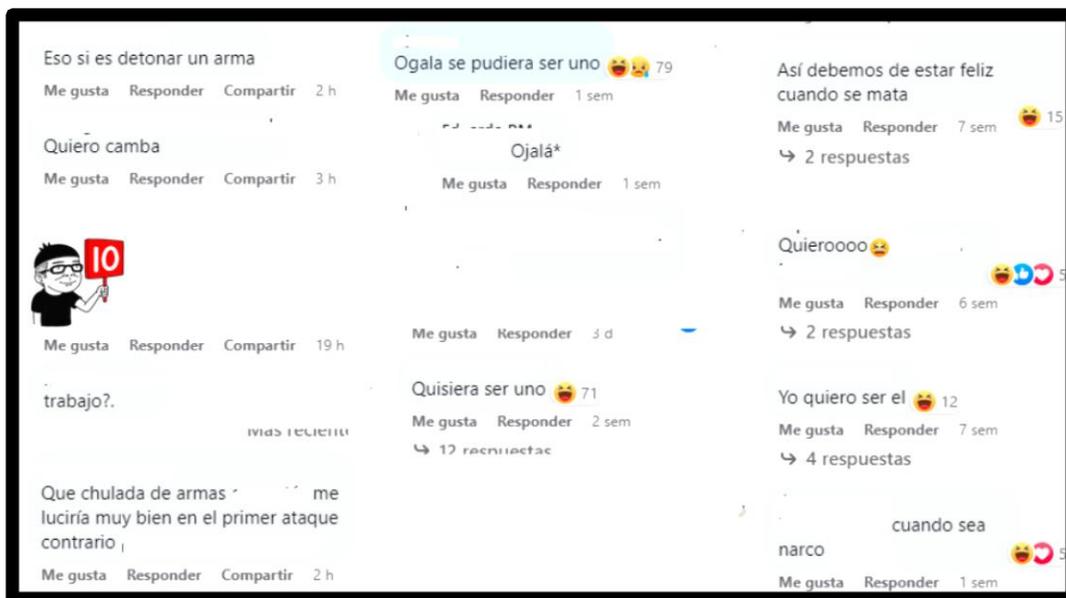
Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 11

Los comentarios del grupo se dividen en dos temas que van interrelaciones, por un lado, la búsqueda de trabajo para dejar de “ser pobre” y, por otro lado, el constante enganche para formar parte de las filas del grupo.

⁴³ El modelo de héroe-narco, es altanero y prepotente, caracterizado por vivir en un lugar sumamente pobre y personifica el sueño de superación económica (Acosta, 2014), sumado, a la legendaria generosidad al pueblo que lo vio nacer. Los medios por los que va consiguiendo su fortuna no son importantes, el objetivo es tener, poseer y acumular.

Es importante mencionar que las mínimas condiciones sociales y económicas de ciertos grupos poblacionales, incluso su nula inclusión dentro de sectores económicos legales, hace que busquen formas alternas de subsistencia con el lema “no queda de otra”. Muchos de los adolescentes del grupo, mencionan los escenarios económicos como elemento trascendental para buscar adherirse al grupo, con la frase “quiero dejar de ser pobre”; se refleja, por un lado, la búsqueda de economías subterráneas como menciona Bourgois, como forma de sobrevivencia, asimismo, como de respeto y reconocimiento entre el género masculino.

Finalmente, en el continuo, aparece la violencia cotidiana o normalizada para resaltar la *indiferencia ante las brutalidades institucionalizadas* (Scheper-Huges y Bourgois, 2009), en este espacio contemplamos la normalización de la muerte vista en el grupo como un espectáculo, divertida y graciosa. En un video de no más de treinta segundos, se muestran, bailes, risas entre altercados con grupos contrarios, el resultado inevitable: muertes, asesinatos, el medio por el que son perpetradas, armas, artefactos militares, tanques, el video, tiene más de un millón de reproducciones. La mayoría de los comentarios glorifican dichos actos, incluso se inspiran para querer formar parte del grupo delincencial (véase imagen 12).



Fuente: Grupo de Facebook. Imagen 12

Este collage refleja la glorificación de la muerte, mediante el uso de armas y el modelo de *masculinidad narco* al que se aspira, con la frase “quisiera ser uno”.

La identificación de estos procesos de violencia (estructural, simbólica, cotidiana) dentro del grupo, permite visibilizar un continuo impregnado de poder que se permean jerárquicamente unas sobre otras al mismo tiempo, que se traslapan horizontalmente, reproduciéndose no sólo a sí mismas sino también a las estructuras políticas de desigualdad que las fomentan y las impulsan. Enfocar estas tres categorías de violencia que no son visibles de inmediato, permite demostrar los vínculos entre las manifestaciones y formas específicas de violencia virtualmente infinitas que uno encuentra en la vida cotidiana y a la largo de la historia (Scheper-Huges y Bourgois, 2009).

A manera de síntesis, la proyección de una masculinidad (re)producida por la narcocultura, genera un modelo de hombre expresado particularmente en estos ámbitos digitales y caracterizado por resaltar vínculos sociales heteronormativos, el uso de la violencia no sólo como herramienta para cumplir dichos mandatos, sino como una forma de relación que permite incluso ascender socialmente de manera divertida. Por otro lado, el consumo también se hace presente, entre carros, joyas y demás elementos materiales como sinónimo de prestigio. La violencia y las prácticas delictivas, vistas dentro del grupo, son presentadas como estrategias al alcance de todos. El narcotráfico está impregnado de una educación consumista, que le lleva a hacer uso de la violencia como herramienta para satisfacer y para afirmarse como sujeto pertinente, en tanto que participa de un nivel adquisitivo que legitima su existencia y lo transforma en un sujeto económicamente aceptable y lo reafirma en las narrativas del género que posicionan a los varones como proveedores y refuerza su virilidad a través del ejercicio de la violencia (Valencia, 2010).

Finalmente, uno de los hallazgos presentados en este espacio digital, está relacionado con el sentido de comunidad, construido desde la dimensión del lenguaje, las prácticas realizadas entre los miembros del grupo, actualización de estados, interacción con otros, discusiones, así como la creación de códigos y normas implícitas que crean sociabilidad, en ese sentido, Hine menciona que el agente de cambio no es la tecnología en sí misma, sino los usos y la construcción de sentido alrededor de ella (Hine, 2004).

Si bien, el término comunidad es entendido como una organización en la que existen lazos entre los miembros y donde proliferan códigos y valores compartidos con intereses en común, que al mismo tiempo fungen en la creación de identidad de los miembros y los

diferencian de otros, concibo elementos de dicho término en este espacio digital, caracterizado principalmente por redes de comunicación influenciados por el proceso tecnológico, histórico, económico y cultural de nuestro país. Castells lo llama sociedades red, ya que persisten conexiones en torno a Internet que permiten incluso dar cuenta de ciertos tipos de comportamiento de acuerdo a su uso y construcciones de sentido; por lo tanto, las comunidades digitales, pueden ser entendidas como redes electrónicas autodefinidas de comunicación interactiva, organizadas en torno a un interés y propósito compartido (Castells, 1997). Generan, por lo tanto, una comunicación particular, basada en un tipo de escritura, oralidad y lo audio-visual, esta fusión, transforma no solamente la comunicación, sino la cultura y en ellas, como corolarios, las identidades (Martínez, 2006).

Manuel Castells explica desde varios enfoques las nuevas formas de sociabilidad producidas por el uso de Internet, destaca a William Mitchell (académico en Ciencias de la Computación), mismo que ha sostenido que están surgiendo *online* nuevas formas de socialización y nuevas formas de vida urbanas adaptadas a su nuevo entorno tecnológicos, incluso retoma a Sherry Turkle, quien mostró que, en efecto, los usuarios desempeñaban papeles y construyen identidades *online*. Pero eso se crea un sentimiento de comunidad y probablemente de producción de algún placer a personas que necesitan comunicación y autoexpresión (Castells, 1997).

También existe la otra cara de la moneda, que versa sobre el discurso de la deshumanización de las relaciones sociales producidas por las computadoras y el Internet y, por otro lado, la poca sociabilidad de las personas y miembros del hogar en relaciones cara a cara (Castells, 1997). Sin embargo, de acuerdo con Hine, el uso del Internet está formado parte de la vida cotidiana de las personas, si bien, no es un espejo directo de la realidad, existe como un objeto cultural múltiple y variable. Los usuarios desarrollan un sentido de lo que es sensato y ordinario hacer con Internet, de acuerdo con una diversa gama de influencias: observamos y aprendemos de quienes nos rodean, recibimos ideas de los medios sobre para qué sirve Internet, y observamos el comportamiento de los demás en las diversas plataformas que usamos en línea, adaptando nuestro comportamiento para que encaje con las convenciones y posibilidades de cada plataforma. Estos factores introducen sesgos y restricciones en el tipo de vida cotidiana reflejada en Internet: hasta cierto punto, actúa como un espejo del

mundo cotidiano fuera de línea, pero es un espejo distorsionador que no refleja todo lo que hay en el mundo fuera de línea, pero retrata preferentemente unos aspectos sobre otros, y lo mismo ocurre, por supuesto, con los entornos cara a cara (Hine, 2015).

La existencia de nuevos anclajes de comunidad y sociabilidad están presentes dentro de las redes sociales, especialmente en el grupo “Fiesta en la madriguera”, las normas y valores que se gestan, brindan identidad porque se comparten ciertos intereses e imaginarios colectivos, sentirse parte del grupo significa estar de acuerdo con una visión específica respecto a la proyección masculina, en ese sentido, se orienta cierto comportamiento que contiene los símbolos y códigos expuesto por la narcocultura y que logran que este grupo social se identifique y replique la información o se congratulen por conocerla (Andrade, Flores y Pablo, 2020). Los miembros del grupo son actores activos, su participación demuestra la posibilidad de intervención en cualquier conversación, por lo tanto, son creadores de agencia, sin embargo, es necesario recalcar que las intervenciones se encuentran bajo el modelo de masculinidad expresado por la narcocultura y su aceptación. Por eso, las interacciones dentro de las comunidades digitales, están relacionada con los códigos y/o representaciones sociales, que se expresan en los relatos de comentarios y prácticas rutinarias que proceden de la cultura imperante y de los hechos sociales externos manteniendo dinámicas organizadas, formando núcleos de cohesión, solidarias y de confianza (Abascal, 2015 citado en Andrade, Flores y Pablo, 2020).

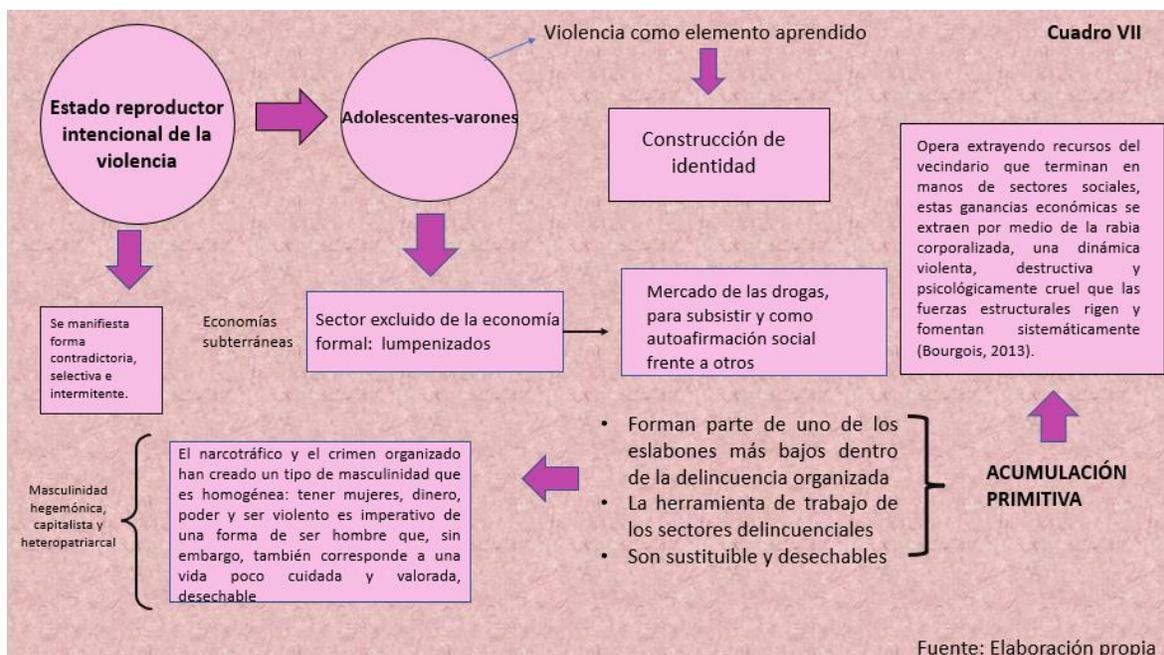
Por último, se puede afirmar que, en estos espacios digitales, existe una cultura en relación con el narcotráfico que organiza y controla la cosmovisión del grupo de adolescentes, a partir del capital cognitivo que ellos tienen, o bien, de las habilidades aprendidas en el medio en el que viven, de las experiencias vividas, de la memoria histórica, de las creencias míticas producidas por la industria cultural, que al final, crean representaciones colectivas y procesos de significación relacionados con un modelo de masculinidad. En ese marco, la narcocultura en espacio digitales sí forma modelos de comportamiento, esquemas de conocimiento, incluso genera una visión del mundo; por lo tanto, las ideas, creencias, símbolos y mitos no sólo son potencias y valores cognitivos, sino también son fuerzas de enlace y cohesión social (Morín, 1989) que generan comunidad y confianza entre los miembros.

Quiero terminar este último capítulo matizando uno de los hallazgos primordiales de la investigación, por un lado, la violencia producida por el narcotráfico y su relación con los jóvenes varones como parte de los mecanismos estatales y económicos para generar ganancias y ocupar un sector de la población aparentemente excluido, pero que está contemplado para este tipo de actividades; es decir, las violencias creadas por el mercado explican la destrucción física de los habitantes de ciertos contextos marginalizados que se ven obligados a sobresalir en dinámicas violentas. La destrucción y el sacrificio cognitivo de los habitantes pobres genera ganancias fuera de la comunidad para sectores más privilegiados (Bourgois, Montero, Hart y Karandinos, 2013).

La disposición de los jóvenes varones para dar la vida y el cuerpo dentro del mercado de las drogas es parte de una forma de sobrevivencia y como mencionaba líneas arriba, parte del respeto que se busca dentro de estos ámbitos, estas acciones inciden en la conformación de subjetividades y se van internalizando. Bourgois puntualiza que tener un habitus de peleador furibundo es una cualidad que favorece el éxito. El tráfico de las drogas extrae capital de las habilidades que adquieren los jóvenes carismáticos para las peleas de puños, los tiroteos y el despliegue de amenazas agresivas (Bourgois, Montero, Hart y Karandinos, 2013). Dicho lo anterior, los adolescentes varones son la herramienta de trabajo de los sectores delincuenciales, son sustituibles y desechables y forman parte de uno de los eslabones más bajos dentro de la delincuencia organizada. Sin embargo, tiene un papel trascendental: la perpetración de actos violentos hacia grupos rivales, por un lado, ayuda en la ampliación de territorios y paralelamente en la producción de miedo y terror, por otro, generan un modelo a seguir dentro de la masculinidad exitosa relacionada con el narcotráfico, y finalmente, ese grupo de expulsados del sistema económico *intencionalmente* forma parte de la mano de obra en el crimen organizado.

Grandes cantidades de dinero son generadas gracias a la relación entre los que generan ganancias como modo de supervivencia y otros sólo las acumulan. Bourgois llama a esto acumulación primitiva, misma que opera extrayendo recursos del vecindario que terminan en manos de sectores sociales acomodados, entre ellos abogados, jueces, compañías contratistas que construyen cárceles (...) Para todos estos sectores sociales, estas ganancias

económicas se extraen por medio de la rabia corporalizada, una dinámica violenta, destructiva y psicológicamente cruel que las fuerzas estructurales rigen y fomentan sistemáticamente (Bourgois, Montero, Hart y Karandinos, 2013) (véase cuadro VII)



La violencia cotidiana de las que somos observadores directos y en algunos casos partícipes desecha cuerpos de manera violenta, pero al mismo tiempo los recluta; el mercado de las drogas nunca pierde y perfecciona técnicas del cuerpo violentas: agresividad en la postura, habilidad con los puños, furia disociativa (Bourgois, Montero, Hart y Karandinos, 2013). Finalmente, la violencia producida por el mercado de las drogas beneficia por un lado al Estado y a las economías de ciertas instituciones y/o personas, por otro, perpetua un ejercicio de la violencia cruel y sanguinaria que penetra incluso en el sentido común de lo que se considera valioso dentro de la familia, las amistades y sirve como un ancla para las subjetividades *lumpenizadas* carentes de opciones reproductivas estables (Bourgois, Montero, Hart y Karandinos, 2013).

Conclusiones

A pesar de la insoslayable presencia social de la narcocultura, conocemos poco sobre los códigos desde los cuales se define. El complejo entramado del narcomundo permanece cercano y distante. El primero, en la medida en que somos testigos de sus efectos devastadores, expresados en muerte e inseguridad. Por otro lado, se nos hace lejano y distante, por la misteriosa aura que lo rodea. La difuminación de la cultura del miedo construye creencias populares que aconsejan que lo mejor es no estar enterados, no ver, no oír, no hablar.

José Manuel Valenzuela Arce. Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México

Hace dos años comenzaba este largo, desafiante, a veces turbulento y al mismo tiempo encantador proceso de investigación. Recuerdo una de las primeras interrogantes surgidas al inicio del posgrado tenía que ver con ¿qué era masculinidad? cuestión que se formuló muchas veces dentro de las clases. A través de varios autores y autoras mencionados en esta investigación, comencé a conocer diferentes enunciaciones, éstas iban más allá de la sola descripción de lo que hacen los hombres, mientras unos hablaban de procesos sociales, otros de normas y prácticas dentro de las relaciones de género, algunos más, sobre aprendizajes de género (Amuchástegui, 2001; Connell, 2003; Núñez, 2016), otros conversaban desde los enfoques esencialistas donde se exponía la relación entre el sujeto y el nacimiento (biológico) y la respuesta de un comportamiento determinado, siendo socializados de acuerdo a la genitalidad.

Me pareció importante empezar a definir qué era la masculinidad ya que es el origen de dicha investigación, pero ¿cómo hacerlo con un cúmulo de definiciones, enfoques y perspectivas? Decidí formar una propia enunciación, basada en los autores leídos, pero sobre todo en lo encontrado en mi trabajo de campo etnográfico, por lo tanto, tomé en cuenta los procesos históricos como cimiento de la construcción normativa de género (mercado neoliberal), por otro lado, los procesos de aprendizaje social y cultural (narcocultura), además de destacar el cambio tecnológico, representado en el uso de redes sociales centrándome en Facebook.

En este trabajo y desde la perspectiva de los adolescentes-varones estudiados, la masculinidad es considerada como la valoración por la pertenencia a grupos delictivos relacionados con el tráfico de drogas ilegales, la “valentía”, pero sobre todo la violencia con

la que se está dispuesto a defender al grupo es sinónimo de “hombre verdadero”. Estas características influyen en el imaginario cultural de los adolescentes, dando pie, a la consideración de un nuevo estatus social, económico y cultural, que habla de un hiperconsumo, exceso, exhibición y uso de redes sociales, pero también habla de una vida poco cuidada y valorada, esto es la *masculinidad narco*.

El narco permite pequeñas felicidades capitalistas en relación con los varones: imagina progreso: libertad; promete el confort del tiempo libre, las mujeres, el entretenimiento y la figuración social. Toda ley se puede comprar, todo es válido para ascender socialmente, la felicidad es ahora, el éxito hay que mostrarlo vía el consumo (y evidenciarlo por redes sociales, el objetivo es comunicar lo bien que le está yendo en la vida); la ley es buena si me sirve, el consumo es el motivador de poder, la moral es justificatoria porque *no tenemos otra opción para estar en el mundo* (Rincón,2013).

Bajo los principios de la masculinidad antes mencionada, la temeridad, la valentía y el poder son imprescindibles para el trabajo dentro del crimen organizado, convirtiendo en ídolos a aquellos que lo logran; esto tiene sus bases en la intención de que tanto los desfavorecidos como la sociedad en general busquen una filiación identitaria con ellos, la glorificación de la cultura criminal se instaura como un nuevo nicho de mercado para la producción y el consumo usado por las redes sociales y actúa instaurando modas, lo peligroso de esto es que, se abren las puertas a estas subjetividades como algo deseable (Valencia, 2016).

Es necesario mencionar que los factores económicos influyen de forma directa en los ingresos de los adolescentes sobre que pueden o no tener, por otro lado, los factores políticos e institucionales relacionados con deficiencias en el sistema de educación y políticas públicas que redireccionen otro tipo de asistencias sociales (Reinserta s/f), ante dichas deficiencias, la industria cultural y la expresión mostrada de las organizaciones delictivas suelen dar pie a modelos a seguir para conseguir lo que no se tiene y así abrir camino en el mundo.

Retomando el objetivo general de la presente investigación, la influencia de los procesos históricos, económicos, culturales y sociales intervienen en las formas de socialización relacionadas con el género, por lo tanto, se encuentran en constante cambio y permiten comprender que los hombres (y también mujeres) se encuentran en un sistema de ideologías, identidades y relaciones androcéntricas y heterosexistas, que son nuestra actual herencia cultural (Núñez, 2016). En ese marco, las disputas entre diversos grupos relacionados con el crimen organizado han generado nuevas formas de socialización en todo el país, nuevas formas de aprendizaje dentro de la comunidad y la familia sobre lo que significa ser hombre o ser mujer; la violencia es el común denominador entre los géneros, finalmente es la que permite la relación entre individuo y grupos ilegales, en ese sentido, la violencia no sólo está “allí afuera”- en forma de episodios que la gente reporta, en el orden objetivo de las cosas barriales- sino también “aquí adentro”-bajo la forma de disposiciones subjetivas (Auyero y Berti, 2013), que al final, forman parte de los modelos de acción.

La proyección de la masculinidad propiciada por la narcocultura, sí genera nuevas subjetividades alrededor de los adolescentes-varones, crea construcciones simbólicas de cómo debería ejercerse una masculinidad aceptada, valorada y legitimada por otros, además de que estas expresiones no sólo se dan en los espacios de interacción cara a cara, la existencia de espacios digitales permite la demostración de este tipo de masculinidad crea expectativas en otros adolescentes-varones, que si bien, conocen dicho fenómeno por distintos medios, ahora se vuelve más cercano cuando es posible encontrarlo en Facebook, mediante páginas y grupos privados, mismos que expresan, de manera “fantástica”, las “bondades” de aceptar y seguir con ese tipo de masculinidad, convirtiendo todo en parte del espectáculo, donde la violencia es la herramienta esencial.

Ahora bien, otro de los objetivos de la investigación, era no representar de manera negativa o positiva a los miembros del grupo privado, más bien, se buscaba evidenciar las prácticas formadas en Internet llenas de significados influenciadas por el contexto sociocultural, no se buscó considerar a los adolescentes-varones como responsables de su inmersión a estos grupos o verlos como víctimas de los sistemas estructurales, la idea primordial es mostrar

que existen nuevas formas en la conformación de identidades que tienen que ver con espacios digitales y finalmente estos mantienen relación con el mercado neoliberal y el propio Estado.

Me parece pertinente mencionar el papel del Estado dentro del fenómeno, ya que existen mecanismos estatales y económicos que necesitan generar ganancias y ocupan de manera *intencional* a este sector de la población que “aparentemente está excluido”, sin embargo, implícitamente se encuentra contemplado para este tipo de actividades, no existe una debilidad del Estado, sino una colusión entre poder de policía y criminalidad. En otras palabras, más que un fracaso del Estado, estamos frente a una activa constelación de intereses cuyo resultado es la promoción de la violencia, existen conexiones, usualmente clandestina, entre actores estatales y perpetradores de la violencia (Auyero y Berti, 2013). En esta misma línea de ganancias económicas, se entiende el concepto de acumulación primitiva señalado por Bourgois, que opera extrayendo recursos de los sectores sociales marginalizados, entre ellos, la fuerza de trabajo por medio de dinámicas de violencia y rabia corporalizada y el negocio cae en manos de sectores sociales acomodados (Bourgois, Montero, Hart y Karandinos, 2013).

La reflexión está dirigida a comprender que no se nace siendo hombre, sino que se aprende a serlo, mediante los procesos de aprendizaje cultural. Existen condiciones que generan una trayectoria que va moldeando las prácticas aprendidas y de la conciencia que se desarrolla sobre las mismas, así como la vigilancia colectiva que se puede ir resignificando al intentar nombrarse y al acompañarse en el proceso de verse en perspectiva (Figuroa, 2010). El narcotráfico constituye actualmente uno de los elementos más importantes en la formación de diversos ámbitos que participan en la definición de las trayectorias de vida, y de muerte, de millones de seres humanos, disponer de trabajos serios que permitan analizar la inserción de los adolescentes en estos grupos digitales formó parte de los objetivos de esta investigación, conocer la construcción de subjetividades, el imaginario colectivo y sus prácticas digitales en un grupo, permitió, de primera mano, conocer los motivos reiterados para su ingreso, entre los que destacan las condiciones económicas, el capital social, relacionado con aquellas personas que crecen en ambientes permeados por el narcomundo (Valenzuela, 2002), y finalmente el respeto, ganado mediante el miedo.

La proyección de masculinidad relacionada con la narcocultura, no proviene de conductas desviadas, anormales o patológicas, más bien, son el resultado de la segregación extrema, la exhibición digital de la narcocultura y de la exclusión de la fuerza laboral influenciadas por la situación y la cultura imperante.

Dedo puntualizar que el uso de redes sociales, en este caso, Facebook, es usado como herramientas para la demostración de poder expuesta por narcocultura, muchas de las veces sirven para enganchar a los adolescentes-varones que particularmente pertenecen a grupos con estas temáticas, ya que hacen promoción de los cárteles, propagando un discurso de fantasías, diversión y ascenso económico/social. Este análisis visibiliza las estrategias que tienen los cárteles mexicanos para el crecimiento de sus empresas, como cualquier otra empresa inserta en el engranaje capitalista neoliberal gore de hiperconsumo, dando pie a la publicidad narco (Valencia, 2016 citado en León Olvera, 2019).

Por otro lado, la etnografía digital ayudo a generar un acercamiento frente al contexto de violencia generado en los últimos años, ya que las prácticas de campo son cada vez más limitadas, existen grandes espacios del territorio nacional inaccesibles, intransitables (García, 2016) que podrían poner en riesgo a los investigadores junto con los interlocutores. Por otro lado, sirvió como puente metodológico en la comprensión de la producción de significados y las prácticas cotidianas en internet en relación con el fenómeno estudiado.

En ese sentido, la identificación progresiva de las conexiones entre la teoría, las prácticas y el uso del propio Internet, dio como resultado la comprensión de significaciones, la construcción del campo etnográfico y la construcción de categorías que permitieron hacer un análisis exhaustivo de esta investigación. Por otra parte, se hace referencia a la creación de consideraciones éticas⁴⁴ de acuerdo con el curso de la investigación; en ese sentido, mi papel como investigadora que realiza etnografía digital, fue versátil⁴⁵, lo cual permitió explorar

⁴⁴ La ética se convierte en un proceso reflexivo constante más que una postura previa que se deba establecer de antemano, y esto puede ser particularmente cierto en las complejas condiciones de conexión y visibilidad que prevalecen en torno a las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (Hine, 2015).

⁴⁵ La etnografía por Internet puede ser últimamente agnóstica acerca de estas caracterizaciones públicas de las tecnologías que estudiamos, sin embargo, también se propone explorar la naturaleza de las tecnologías a medida

cómo el fenómeno del narcotráfico en contextos *online* adquiere otros significados: los adolescentes-varones generan sociabilidad y sentidos de comunidad, aceptando las prácticas en sus propios términos como algo que tiene sentido para ellos y adoptando un enfoque exploratorio para descubrir cómo tiene sentido y con qué (Hine, 2015).

El mundo contemporáneo y el uso de la tecnología se encuentran en constante ascenso, los entornos digitales ya forman parte de nuestra vida cotidiana y prometen ser aún más indispensables, es importante considerar con este tipo de investigaciones que las prácticas y acciones realizadas por Internet contienen procesos de significación para aquellos que las realizan, en estos espacios se generan identidades, comunidades y sentidos de pertenencia. Internet es un sitio cultural, en ese marco, uno de los principales desafíos contemporáneos en relación con la etnografía por Internet es aprender a seguir tomando en serio el mundo real como un lugar donde Internet se interpreta y cobra sentido de formas muy diversas e inesperadas (Hine, 2015).

Finalmente, esta investigación consideró los procesos históricos, económicos, sociales y culturales actuales, para dar cuenta de la construcción de la masculinidad relacionada con el narcotráfico, las acciones, hábitos y formas están relacionadas con las estructuras dentro de las cuales nos movemos, siendo parte de la internalización de nuestras subjetividades. Si bien, la investigación considera a los adolescentes-varones que, influenciados por las diversas estructuras, junto con las construcciones de significado y la tecnología han decidido edificar una *masculinidad narco*, podríamos preguntarnos para próximas investigaciones ¿qué sucede con aquellos adolescentes-varones, que aun viviendo en esas condiciones estructurales deciden no constituir una masculinidad basada en los principios que pregona la narcocultura?

que adquieren significado en nuestras creencias, acciones y aspiraciones, así como en nuestras mundanas, prácticas cotidianas (Hine, 2015).

Bibliografía

- Acosta, L. E. (2014). Narcoestética: la estética de la acumulación. *Multidisciplina*, 19, 108-124.
- Agudelo, P. A. (2011). (Des)hilvanar el sentido/los juegos de Penélope. Una revisión del concepto imaginario y sus implicaciones sociales. *Uni/pluri/versidad*, 11(3), 1-18.
- Alarcón Gil, C. (2021). Mercados ilegales, tráfico de drogas y seguridad pública: la acumulación social de la violencia en México. (Tesis de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Relaciones Internacionales) México. UNAM
- Almansa, A., Fonseca, O. y Castillo, A. (2012). Redes sociales y jóvenes. Uso de Facebook en la juventud colombiana y española. *Revista Científica de Educación*, 40(20), 127-135.
- Amuchástegui, A. (2001). La navaja de dos filos: una reflexión de la investigación y el trabajo sobre hombres y masculinidades en México. *Revista de Estudios de Género. La ventana*, 14, 102-125.
- Andrade, A. (2020). ¿Cómo se construye el terror social narco-estatal en México? (2010-2014). *Revista Latinoamericana, Estudios de la Paz y el Conflicto*, 2(3), 114-130.
- Andrade. P., Flores, R. y Pablo, M. (2020). Comportamiento de las comunidades digitales en Twitter durante las elecciones México 2018. *Revista de Comunicación*, 19(1), 19-36. <https://www.redalyc.org/journal/5894/589466333002/html/>
- Alonso Meneses, G. (2018). La cópula del capitalismo con la tecnología. Globalización económica, e-TIC, jóvenes y nuevas configuraciones socioculturales. En G. Alonso Meneses (coord.). *Jóvenes, dispositivos electrónicos e (hiper) comunicación digital: usos y efectos socioculturales de las e-TIC*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte
- Anderson, P. (2003). *Neoliberalismo y balance provisorio*. En E. Sader y P. Gentili (eds.). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp.11-18) Buenos Aires, Argentina: CLACSO.
- Asociación de Internet en México (2021). <https://www.asociaciondeinternet.mx/>

- Aspani, S., Sada, M. y Shabot, R. (2012). Facebook y vida cotidiana. *Revista Alternativas en psicología*, 26(27), 1-8. <https://alternativas.me/9-agosto-septiembre-2012/12-9-facebook-y-vida-cotidiana>
- Astorga, A (1995). *Mitología del narcotraficante en México*. México: Plaza y Valdés
- Astorga, A. (2016). *El siglo de las drogas. Del porfiriato al nuevo milenio*. México: Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.
- Ávila, A. (2019). El performance de la masculinidad: ¿acción o actuación? *Xihmai*, 14 (28), 97-120.
- Bárcenas, K. (2019). Etnografía digital: un método para analizar el fenómeno religioso en Internet. En H. Suárez, K. Bárcenas Baraja y C. Delgado Molina (coords.). *Estudiar el fenómeno religioso hoy: caminos metodológicos* (pp. 285-313). México: Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM.
- Bárcenas, K. y Preza, N. (2019). Desafío de la etnografía digital en el trabajo de campo onlife. *Virtualis*, 10(18), 134-151
- Badinter, E. (1993). *XY. La identidad masculina*. España: Editorial Alianza
- Barragán, A. (2015). *Por el recorrido de la vida y la muerte: identidad y aprendizajes social de jóvenes sicarios en Sonora*. (Tesis de Maestría. México: El Colegio de Sonora).
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu
- Boegeholz, R-A. (2019). *Facebook y su influencia en la construcción de identidad, autoestima y vida afectiva. Análisis del caso de estudiantes de primer año de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile*. (Tesis de maestría en Comunicación, Valdivia, Chile).
- Borón, A. (2003). La sociedad civil después del diluvio neoliberal. En E. Sader y P. Gentili (eds.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social* (pp.26-50) Buenos Aires, Argentina: CLACSO
- Bourdieu, P. (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- Bourgois, P. (2009). Treinta años de retrospectiva etnográfica sobre la violencia en las Américas. En J, López García, S. Bastos y M. Camus (eds.), *Guatemala: violencias desbordadas*. Universidad de Córdoba.

- Bourgois, P., Montero, F., Hart, L. y Karandinos, G. (2013). Habitus furibundo en el gueto estadounidense. *Espacio abierto*, 22(2), 201-220. <https://www.redalyc.org/pdf/122/12226914002.pdf>
- Burin, M. y Meler, I. (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(3), 321-336.
- CNDH. (2019). Estudio niñas, niños y adolescentes víctimas del crimen organizado en México. México: Comisión Nacional de los Derechos Humanos, Universidad Nacional Autónoma de México
- Caliandro, A. (2017). Digital methods for ethnography: Analytical concepts for ethnographers exploring social media environments. *Journal of Contemporary Ethnography*, 47(5), 1–28. <http://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0891241617702960>
- Calvento, M. (2006). Fundamentos teóricos del neoliberalismo: su vinculación con las temáticas sociales y sus efectos en América Latina. *Revista de ciencias Sociales, Convergencia*, 41, 41-59. <http://www.scielo.org.mx/pdf/conver/v13n41/v13n41a2.pdf>
- Carretero, A. E. (2004). La relevancia sociológica de lo imaginario en la cultura actual. *Nómadas*, 9, 1-9.
- Carrizales, C. A. (2021). *Legitimación de la violencia machista en páginas antifeministas en Facebook. Discursos patriarcales y reaccionarios en Amores Antifeministas y El Búnker Antifeminista*. (Tesis de maestría en comunicación, UNAM)
- Castells, M. (2009). *Comunicación y poder*. Madrid: Alianza Editorial
- Civila, S., Romero, L. y Aguedad, I. (2020). El lenguaje como creador de realidades y opinión pública: análisis crítico a la luz del actual sistema mediático. *Revista de Ciencias Sociales*, 67, 1-19. <https://www.redalyc.org/journal/509/50963078008/50963078008.pdf>
- Connell, R.W. (2003). *Masculinidades*. México: UNAM.

- Cora García, A. (2009). Ethnographic approaches to the Internet and computer-mediated communication. *Journal of Contemporary Ethnography*, 38(1), 52-84.
- Corona, G. (2019). Breve historia de la guerra contra el narcotráfico y la regulación de cannabis en México. Documento de Trabajo No. 33. https://politicadedrogas.org/documentos/20211015_154948_20190509_100848_ct_33_breve_historia.pdf
- Córdova, R. N. (2005). *La narcocultura en Sinaloa: simbología, trasgresión y medios de comunicación*. (Tesis de doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM)
- Cruz, S. (2014). Violencia y jóvenes: pandilla e identidad masculina en Ciudad Juárez. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(4), 613-637.
- Cruz, R. J. (2020). Heteronormatividad y diversidad sexual en la formación del profesorado: estudio etnográfico en una escuela normal de la Ciudad de México. *Diálogos sobre la Educación*, 11(21).
- Rosen, J. y Zepeda, R. (2015). La guerra contra el narcotráfico en México: una guerra perdida. *Revista Reflexiones*, 94(1), 153-168.
- Dávila, O. (2004). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última Década*, 12, 21.
- De Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En E. Tuñón (coord.). *Género y salud en el sureste de México*. México: ECOSUR.
- Domínguez, F. y López, R. (2015). Uso de las redes sociales digitales entre los jóvenes universitarios en México. Hacia la construcción de un estado del conocimiento (2004-2014). *Revista de Comunicación*, 14, 1-22
- Domínguez, H. (2015). *Nación criminal: Narrativas del crimen organizado y el estado mexicano*. México. Ariel.
- Encuesta Nacional de Adicciones (2011). México: Gobierno Federal. http://www.conadic.salud.gob.mx/pdfs/ENA_2011_DROGAS_ILICITAS_.pdf
- Escalante, F. (2011). Homicidios 2008-2009. La muerte tiene permiso. *Revista Nexos*. <https://www.nexos.com.mx/?p=14089>
- Escobotado, A. (1989). *Historia general de las drogas*. Madrid: Alianza Editorial

- Floridi, L (2015) *The onlife manifesto. Being human in a hyperconnected era*. Springer Open.
- Garraiga, C. (2011). Recorrido del concepto de género en la historia del psicoanálisis y sus implicaciones clínicas, *BROCAR*, 35, 177-155.
- García, L. F. (2016). Jóvenes y violencia en el contexto mexicano contemporáneo. Entrevista a Marcela Meneses Reyes. *Revista NuestrAmérica*, 4(8), 31-42.
- García Salord, S. (s/f). Algunas dificultades recurrentes en el uso y análisis de la entrevista en la investigación cualitativa. *Educación Superior*, 4, 1-9.
- Gelvis, J. (2017). La mimesis aristotélica y platónica en la poesía contemporánea. *IGNIS*, 1-7.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. España: Editorial Gedisa.
- Giménez, G. (1981). *Poder, Estado y discurso. Perspectivas sociológicas y semiológicas del discurso político-jurídico*. México, UNAM
- Giménez, G. (2002). Introducción a la sociología de Pierre Bourdieu. *Colección Pedagógica Universitaria*, 37-38, 1-11.
- Giménez, G. (2005). *Teoría y análisis de la cultura. Volumen I*. México: Colección Intersecciones
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Goffman, E. (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Argentina: Amorrortu
- Gómez Cruz, E. (2012). *De la cultura Kodak a la imagen en red. Una etnografía sobre fotografía digital*. Barcelona: Editorial UOC.
- Gómez Cruz, E. y Ardèvol, E. (2013). Ethography and the field in media(ted) studies: A practice theory approach. *Westminster Papers*, 9(3), 27-46.
- Gómez Cruz, E. (2018). Etnografía celular: una propuesta emergente de etnografía digital. *Virtualis*, 8(16).
- Gonzáles, J. y Fernández, D. (2009). Masculinidad y violencia: aproximaciones desde el universo del deporte. *Educación Superior*, 35, 123-136. <https://www.scielo.br/j/er/a/VvdLPKgFm3VBg5kbgcj8ggH/?format=pdf&lang=es>

- González, B., Luna, M. y Gutiérrez, L. (2021). Lectura y escritura como prácticas onlife: un estudio etnográfico digital entre los universitarios. *Ciencia y Educación*, 5(3), 39-59.
- Gutiérrez, A. P. (2016). Etnografía móvil: una posibilidad metodológica para el análisis de las identidades de género en Facebook. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género*, 2(4), 26-45.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. España: Akal.
- Hernández, O. (2012). *Masculinidades en Tamaulipas. Una historia antropológica*. México: Plaza y Valdés Editores.
- Hernández, O. (2016). Trabajo y construcción de masculinidades en el norte de México. *Frontera Norte*, 28(55), 183-189.
- Hernández, D. A. (2018). Formas simbólicas y procesos ideológicos de la narcocultura: un acercamiento al mundo narco con jóvenes de Tepic, Nayarit. *Criminalidades, violencias, opresiones y seguridad pública*, 8, 227-252.
- Hernández, E. (s/f). VII Congreso AMEGH. Violencia en las masculinidades sobre el suicidio y el halconeo: la desechabilidad masculina
- Jiménez, M. L. (2003). *Dando voz a los varones. Sexualidad, reproducción y paternidad de algunos mexicanos*. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/ UNAM
- Jiménez, E. (2014). Mujeres, narco y violencia: resultado de una guerra fallida. *Región y Sociedad*, 4, 101-128.
- Hine, C. (2004). *Etnografía digital*. Barcelona: Editorial UOC
- Hine, C. (2015). *Ethnography for the Internet: Embedded, Embodied and Everyday*. Londres: Bloomsbury
- Infobae (2020). Redim estimó en 30 mil los niños y adolescentes cooptados por el crimen organizado. <https://www.infobae.com/america/mexico/2020/03/06/redim-estimo-en-30-mil-los-ninos-y-adolescentes-cooptados-por-el-crimen-organizado/>
- Infobae (2022). Mapa del narco en México: dónde operan los principales cárteles, según el congreso de EEUU. <https://www.infobae.com/america/mexico/2022/06/16/mapa-del-narco-en-mexico-donde-operan-los-principales-carteles-segun-el-congreso-de-eeuu/>

- Kaufman, M. (1989). *Hombres placer, poder y cambio*. República Dominicana: Centro de Investigación para la Acción Femenina
- Karczmarczyk, P. (2013). La ruptura epistemológica de Bachelard a Bailar y Pêcheux. *Estudios de Epistemología*, 10, 9.33. https://memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7329/pr.7329.pdf
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp. 49-62). Chile: FLACSO
- Larrión, J. (2018). Teoría del actor-red. Síntesis y evaluación de la deriva postsocial de Bruno Latour. *Revista Española de Sociología*, 28(2), 323-241
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial
- León Olvera, A. (2016). *El movimiento alterado en la ciudad de Querétaro. El performance de una masculinidad juvenil en la narcocultura*. (Tesis de maestría) Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México.
- León Olvera, A. (2019). *La feminidad buchona: performatividad, corporalidad y relaciones de poder en la narcocultura mexicana*. (Tesis de doctorado en Estudios culturales, Tijuana, Colegio de la Frontera Norte).
- López, E. (2011). Historia de las drogas en México, en E. López Betancourt, *Drogas: entre el derecho y el drama*, (pp.107-132). Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces
- López, M. (2018). *Hacerse hombres cabales. Masculinidades entre tojolabales* México: CIESAS
- Lorente, M. (2006). *Masculinidad y violencia: implicaciones y explicaciones*. Ponencia
- Martínez, B. (2006). *Homo Digitalis: Etnografía de la cibercultura*. Colombia: Universidad de los Andes.
- Marzano, M. (2007). *La muerte como espectáculo. La difusión de la violencia en Internet y sus implicaciones éticas*. México: Tusquets Editores
- Mbembe, A. (2006). *Necropolítica seguido de sobre el gobierno privado indirecto*. Editorial Melusina

- Mead, M. (1973). *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*. Barcelona: Editorial LAIA
- Meneses, M. (2020). La violencia como mecanismo de resolución de conflictos en entornos urbano-populares. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 41(161), 26-46.
- Millett, K. (1970). *Política sexual*. España: Ediciones Cátedra
- Minello, N. (2002). Masculinidades: un concepto en construcción. *Nueva Antropología*, 18(61), 11-30. <https://www.redalyc.org/pdf/159/15906101.pdf>
- Minello, N. (2002). Los estudios de masculinidad. *Estudios Sociológicos*, 20(60), 715-732.
- Mondaca, A. (2018). La fenomenología de la narcocultura y su universo simbólico. *Graffylia*, 16(27), 73-89- 73-89
- Moon, C. y Treviño, J. (2021). ¿Cómo procesa la población mexicana la guerra contra las drogas? Nexos. <https://eljuegodelacorte.nexos.com.mx/como-procesa-la-poblacion-mexicana-la-guerra-contra-las-drogas-estigma-y-negacion/>
- Morales, C. (2011). La guerra contra el narcotráfico en México. Debilidad del Estado orden local y fracaso de una estrategia. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 50, 1-35. <https://www.redalyc.org/pdf/4959/495950246005.pdf>
- Morales, C. (2011). El fracaso de una estrategia: una crítica a la guerra contra el narcotráfico en México, sus justificaciones y efectos. *Revista Coyuntura*, 231.
- Nazareno, F. (2015). La noción de performatividad en el pensamiento de Judith Butler: queerness, precariedad y sus proyecciones. *Estudios Avanzados*, 24, 1-14.
- Norzagaray, M. D. (2010). *El narcotráfico en México, desde el discurso oficial. Un análisis de los sexenios comprendidos en el periodo 1988-2009*. (Tesis de maestría en Ciencias Sociales en FLACSO). México.
- Núñez, L. M. (2005). Género y conducta infractora: las y los menores infractores en Hermosillo, Sonora, México. *Estudios Sociales*, 13(26), 86-115. <https://www.redalyc.org/pdf/417/41702604.pdf>
- Núñez, G. (2016). Los estudios de género de los hombres y las masculinidades. *Culturales*, 4(1), 9-31.

- Núñez, G. (2017). El mal ejemplo: masculinidad, homofobia y narcocultura en México. *El Cotidiano*, 202, 45-58.
- Núñez, G. y Espinoza, C.E. (2017). El narcotráfico como dispositivo de poder sexogenérico: crimen organizado, masculinidad y teoría queer. *Estudios de Género*, 3(5), 90-128. <http://www.scielo.org.mx/pdf/riegcm/v3n5/2395-9185-riegcm-3-05-00090.pdf>
- OPS. Organización Panamericana de la Salud. (2019). Masculinidades y salud en la región de las Américas. Washington: Organización Mundial de la Salud
- Ornelas, J. (2000). La ciudad bajo el neoliberalismo. *Papeles de población*, 6(23), 45-69. <http://www.scielo.org.mx/pdf/pp/v6n23/v6n23a4.pdf>
- Ovalle, L. (2005). Las fronteras de la narcocultura. En *La frontera interpretada. Procesos culturales en la frontera noroeste de México*. (pp. 117-150). México: UABC
- Page, E. (2009). Hombres, masculinidad y armas de fuego ¿podemos romper el vínculo? Red de Mujeres de IANSA
- Parrini, R. (2007). *Panópticos y laberintos. Subjetivación, deseo y corporalidad en una cárcel de hombres*. México. El Colegio de México.
- Parrini, R. (2012). ¿Existe la masculinidad? Sobre un dispositivo de saber/poder. *Las disidentes*. <https://lasdisidentes.com/2012/02/01/existe-la-masculinidad-sobre-un-dispositivo-de-saberpoder/>
- Ponce, I. (2012). Redes sociales. Observatorio Tecnológico. <http://recursostic.educacion.es/observatorio/web/eu/internet/web-20/1043-redes-sociales?start=1>
- Pozas, M. A. (2018). En busca del actor en la teoría del actor red. En S. Tonkonoff (ed.). *Pensar lo social. Pluralismo teórico en América Latina*. CLACSO
- Prieto, A. (2007). Las aventuras del prefijo narco. La narcoliteratura. *Centro Virtual Cervantes*.
- Quindeau, I. (2016). La atribución (asignación) del sexo/género como mensaje enigmático. *Apres*, 2, 1-18.
- Ramírez, M. A. (2003). *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México: Plaza y Valdés.

- Reinserta (s/f). *Niñas, niños y adolescentes reclutados por la delincuencia organizada*. Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional.
- Red por los Derechos de la Infancia en México. (2011). *Infancia y conflicto armado en México. Informe alternativo sobre protocolo facultativo de la convención sobre los derechos del niño relativo a la participación de niños en los conflictos armas*. México: Infancia cuenta
- Red por los Derechos de la Infancia en México. (2021). *Reclutamiento y utilización de niñas, niños y adolescentes por grupos delictivos. Análisis desde las políticas públicas y la legislación*. México: Embajada de la República Federal de Alemania, Ciudad de México.
- Reguillo, R. (2012). De las violencias: caligrafía y gramática del horror. *Desacatos*, 40, 33-46.
- Restrepo, E. (2016). El proceso de investigación etnográfica. Consideraciones éticas. *Etnografías Contemporáneas*, 1(1), 162-179.
- Reyes, H., Larrañaga, M. y Valencia, J. F. (2015). La representación social del narcotraficante en jóvenes sinaloenses. *Región y Sociedad*, 29, 69-88.
- Rich, A. (1980). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *Revista d'Estudis Feministes*, 10, 15-42.
- Rincón, O. (2013). Todos llevamos un narco adentro. Un ensayo sobre la narco/cultura/telenovela como modo de entrada a la modernidad. *MATRIZES*, 7(2), 1-33.
- Rivera, G. (2015). *Masculinidad aprendida: factores intrincados para la transmisión del VIH entre hombres de la Ciudad de México*. (Tesis de maestría en Ciencias Políticas y Sociales, UNAM).
- Rocha, T. y Lozano, I. (comps). (2016). *Debates y reflexiones en torno a las masculinidades: analizando los caminos hacia la igualdad de género*. México: UNAM.
- Romero Sotelo, M. E. (2016). *Los orígenes del neoliberalismo en México. La escuela austriaca*. México: Universidad Nacional Autónoma de México

- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En C. Vance, *Placer y peligro: explorando la sexualidad femenina* (pp.113-190). Madrid: Revolución
- Segato, R. (2018). *Contra-pedagogías de la crueldad*. Buenos Aires, Argentina: Prometeo Libros.
- Sartori, G. (1996). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Santander, P. (2011). ¿Por qué y cómo hacer análisis de discurso? *Cinta Moebio*, 41, 207-224. <https://scielo.conicyt.cl/pdf/cmoebio/n41/art06.pdf>
- Scott, J. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En J. Amelang y M. Nash (eds.); *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea* (265-302).
- Scribano, A. (2008). Fantasmas y fantasías sociales: notas para un homenaje a T.W. Adorno desde Argentina. *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 2(2), 87-97.
- Serrano-Puche, J. (2013). *La expresión de la identidad en la sociedad digital: una aproximación teórica a las redes sociales*. Congreso Internacional Comunicación y Sociedad.
- Speck, A. (1998). Militarismo y masculinidad. *Internacional de Resistentes a la guerra*. <https://wri-irg.org/es/story/1998/militarismo-y-masculinidad>
- Scheper-Hughes, N. y Bourgois, P. (2004). Introduction: Making sense of violence. En *Violence in war and peace: An Anthology*. Oxford: Blackwell Press
- Shosan, N. (2015). Más allá de la empatía: La escritura etnográfica de lo desagradable. *Nueva Antropología*, 28 (83), 147-162.
- Tapias, H. y Pérez, C. (2020). Apuntes para una historia del método etnográfico en las antropologías del mundo. En P. Páramo (ed.) *La investigación en Ciencias Sociales. La historia del método y su filosofía*. Lemoine Editores
- Tena, O. (2010). Estudiar la masculinidad ¿para qué? En N. Blazquez, M. Ríos y F. Flores (eds.). *La investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*. CEIICH, UNAM.
- Valencia, S. (2010). *Capitalismo Gore*. España: Melusina

- Valencia, S. (2012). Capitalismo gore y necropolítica en México contemporáneo. *Relaciones Internacionales*, 19, 83-102.
- Valencia, S. (2020). *Capitalismo gore: narcomáquina y performance de género*. Observatorio móvil
- Valencia, S. y Sepúlveda, K. (2016). Del fascinante fascismo a la fascinante violencia: Psico/Bio/Necro/Política y mercado gore. *Revista de pensamiento, crítica y estudios latinoamericanos*, 14, 75-95.
- Valenzuela, J. M. (2002). *Jefe de jefes. Corrido y narcocultura en México*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, J. M. (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Valenzuela, J. M. (2019). *Trazos de sangre y fuego. Bionecropolítica y juvenicidio en América Latina*. Costa Rica: Editorial UCR
- Van Dijck, J. (2016). *La cultura de la conectividad. Una historia crítica de las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Van Dijk, T. (1999). El análisis crítico del discurso. *Anthropos*, 186, 23-36.
- Van Dijk, T. (2009). *Discurso y poder*. España: Gedisa
- Villatoro, C. (2012). Aspectos socioculturales e imágenes del narcotráfico. *Imagonautas*, 3(1), 56-75
- Vindicación de los derechos de la mujer (1792). Selección de fragmentos claves del texto fundamental de la autora feminista Mary Wollstonecraft, traducción que Carmen Martínez Gimeno hizo para la editorial Cátedra-instituto de la Mujer, dentro de la colección "Feminismos clásicos", edición de Isabel Burdiel.
- We Are Social (2021) Digital report. El informe sobre las tendencias digitales, redes sociales y Mobile. <https://wearesocial.com/es/blog/2021/01/digital-report-2021-el-informe-sobre-las-tendencias-digitales-redes-sociales-y-mobile/>
- Zamora, L. (2017). *El género de la "guerra contra el narcotráfico" en México. Masculinidades, poder y violencia(s) contra las mujeres*. (Tesis de maestría, Universidad Autónoma de Barcelona)
- Zepeda, R. (2020). ¿El neoliberalismo causa violencia en México?, *Revista Nexos*. <https://economia.nexos.com.mx/?p=3061>

- Zires, M. (2014). Violencia, redes sociales y procesos de subjetivación política. El caso de #verfollow en Veracruz, México. *Argumentos*, 27(75), 119-144.
- Zubillaga, V. (2007). Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre los jóvenes de vida violenta de barrios en Caracas. *Espacios Abierto*, 16(3), 577-608.